

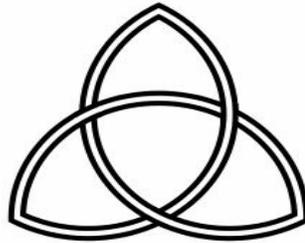


romance histórico

Por el **amor**
de una
Hechicera

ISABELLA ABAD

Isabella Abad



**POR EL AMOR DE
UNA HECHICERA**

Diseño de portada:

STEFANÍA GIL

La Taguara Design (coverdesigneditorial@gmail.com)

©Todos los derechos registrados.

**Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio,
electrónico o no.**

**Los personajes de esta novela son de ficción, cualquier similitud con
la realidad, actual o histórica, es mera coincidencia.**

Isabella Abad, diciembre 2018

El más poderoso hechizo para
ser amado es amar.

Baltasar Gracián

Prólogo.

Davina miró hacia atrás, con terror, mientras azuzaba al caballo para que cabalgara más rápido. La inminencia de la tragedia la había hecho pisotear su temor a las bestias de cuatro patas y su cuerpo, sin experiencia en montar, se sacudía sobre el lomo del corcel. La noche era tan oscura como un tizón y eso era de agradecer a los Espíritus del bosque que, conscientes del peligro que corría su médium, habían venido en su ayuda.

El caballo, habituado al galope e inmune a la torpeza de su jinete, avanzaba a paso vivo, esquivando ramas y tupidos matorrales. El ruido de su trote era absorbido por el colchón de hierba que tapizaba el sendero. La mujer volvió a observar sobre su hombro y el resplandor de las fogatas la estremeció. El humo y la gritería aún eran audibles para ella, que acababa de escapar de milagro de una Aberdeen enardecida y conmovida por los juicios y ejecuciones de más de treinta de sus mujeres más extrañas, acusadas vilmente de brujería, arrancadas sus confesiones a fuerza de torturas inimaginables.

Las conocía casi a todas. Al ser una mujer bendecida con la sabiduría natural, a muchas había curado, provisto de hierbas o sanado de algún mal. Entre las víctimas se contaban varias ancianas, más culpables de demencia o soledad que de brujería, algunas viudas y solteras jóvenes. ¿Su culpa? Ser difíciles de arredrar o sujetar por sus comunidades y por las convenciones y ataduras que imponía su rol de mujer: parir, trabajar y callar. Habían sido juzgadas, ahorcadas y quemadas mientras la multitud rugía y saciaba sus ansias de sangre.

Le dolían los huesos, cada músculo de su cuerpo desgastado por el trabajo y las adversidades. A sus cincuenta años, era una anciana sin

horizontes ni esperanza, dejando atrás a los suyos. «Los Grant ya no son los tuyos, Davina», murmuró entre dientes. Habían permitido y avalado que mataran a sus hermanas. Dejaron que los prebostes hicieran y deshicieran sobre las vidas de los más frágiles de su clan. Habían olvidado las heridas sanadas, las pociones de amor, las buenas nuevas de los Espíritus entregadas con cariño. Cuando nadie más quedaba por perseguir o culpar, habían vuelto hacia ella sus rostros y pensamientos, haciéndola objeto de interés para los cazadores de brujas, sabuesos de lo extraño o incomprensible para la religión. Ese había sido el momento de escapar.

Apenas lo había logrado. Todavía le resultaba difícil de creer cómo la furia de los cazadores de brujas la había ignorado tanto tiempo. «No es tan difícil, en realidad», pensó. Sus remedios sencillos pero efectivos para sanar los dolores del Conde de Farquarson le habían conseguido su favor, que ahora se pagaba con el caballo que la guiaba lejos de su tierra.

El gemido del pequeño bulto que sostenía sobre la montura, atado a sí por el manto, sobresaltó al animal y volvió a Davina al mundo físico. Acarició la grupa del caballo con una mano y con la otra al pequeño rostro que asomaba del plaid. La redonda faz de su nieta la observaba desde la enormidad de sus ojitos claros, imposibles de percibir en la oscuridad para alguien menos avezado en las tinieblas de la noche. Ella sí veía.

Esta era la razón de su mayor desvelo, la pequeña Isobel, de apenas un año. Por ella y su protección se atrevía Davina a marchar hacia lo desconocido y dejar atrás el clan y las tierras que la habían visto nacer y vivir, por tantos soles y lunas. Hacía honor a la promesa que había hecho a su hija Rhona de que cuidaría a su pequeña, en medio de los jadeos y gemidos de dolor. Había muerto presa de una enfermedad que sus conocimientos, plegarias y hierbas no habían podido someter. Su niña había sido siempre frágil y dulce. Fue esa cualidad de su carácter la que la había condenado a

caer en las garras del primogénito del Conde Farquharson. Con él se habían ido su virginidad, su inocencia y su alegría. Apenas había sido un juguete de diversión para él y cuando volvió a su casa, los amorosos brazos de Davina recibieron la máscara de lo que había sido una muchacha feliz. El gran señor la ignoró de forma cruel, despreciando además la semilla que era clara en su vientre.

Razón poderosa para entender la ayuda que el Conde le dio para escapar, además de las medicinas, era esa niña; el remordimiento, si es que los hombres poderosos como él lo sentían. Permanecer impasible mientras mataban al único sostén de su nieta, que, aunque desechada era su sangre, parecía demasiada maldad para ser perdonada por el Cielo. Probablemente fue por eso que mandó a su palafrenero con el negro corcel y la invitación para marcharse de sus tierras, cuando aún había tiempo.

Murmuró una añeja canción en el gaélico más antiguo y arrulló a la pequeña, a la vez que hostigaba al caballo para continuar. No podía perder tiempo, las sombras de la noche debían proteger su retirada. Para cuando el día despuntara tenían que encontrarse lejos, muy lejos. Dirigió su mirada hacia donde sabía que el castillo reinaba desde las alturas. El casual movimiento de las nubes descubrió la luna, que por unos instantes brilló sobre la oscura estructura, símbolo del poder absoluto del Conde.

Maldijo a quienes la obligaban al destierro, con el odio y la angustia, el temor y la desesperación de una condenada. Entonces se obligó a calmarse y recordó su misión. Isobel crecería y viviría libre y feliz, así tuviera que mudarse al mismo corazón de las Tierras Altas. Así sería.

Capítulo 1.

—¡Vamos, Lyle! ¡Mueve tus piernas! ¿O es que tus sueños nocturnos con la molinera te han quitado fuerza? —gritó Glenn, con impaciencia.

Sus hermanos, Ewan y el mencionado Lyle, se batían a duelo de espadas en un entrenamiento semanal que se había vuelto rutina en el castillo de los Campbell. Lyle, el más pequeño de los tres, bufó con rabia y se distrajo para responder a la pulla de su hermano mayor. Ese fue el momento que aprovechó Ewan para atropellar y quitarle su arma, arrojándolo luego al suelo, fangoso por las lluvias de los últimos días.

—¡Ahí tienes, muerde el polvo, maldito inglés! — se burló, mientras el adolescente Lyle se levantaba adolorido, sobándose la cadera.

Su rostro aniñado y pecoso hacía que destacaran sus ojos verdes, coronados por una mata de rizos castaños.

—¡No es justo, Glenn me distrajo! —se quejó mirando a su hermano mayor con rencor, azuzado por la risa de este.

—No te quejes tanto, Lyle. Debes estar atento a la pelea. ¿Acaso crees que tu enemigo va a jugar limpio? No nos enfrentamos con caballeros, apréndelo de una vez. Sean los ingleses o los MacDowell, van a usar triquiñuelas para derrotarte. Tienes que entenderlo y prevenirlo.

—Estoy mejorando—gruñó.

Ewan asintió y sonrió. Era el hermano del medio y sin dudar el más medido, cabeza pensante de una familia cuyo corazón valiente era Glenn.

—Lo estás haciendo bien, Lyle. En unos años podrás luchar contra el mejor de los MacDowell y lo derrotarás.

Esto mejoró el ánimo del menor, que enfundó su espada, sonriendo al rubicundo Ewan.

—Tampoco lo haces mal tú. Esa barriga tuya no te impide moverte—dijo con picardía, lo que provocó la rápida persecución y la lucha cuerpo a cuerpo de ambos en el polvoriento patio, bajo la mirada divertida del mayor.

Glenn era el laird del clan Campbell, honor que había tomado apenas a sus dieciséis años, hacía de eso ya diez, cuando su padre había muerto, herido por una flecha cobarde disparada por el enemigo de todas las horas, Blair MacDowell.

Gordon Campbell había sido un gran líder y un padre ejemplar, enseñado a su hijo mayor todo lo que sabía de la vida, la lucha y el clan. Eso era lo que Glenn trataba de hacer ahora: educar y ayudar a que sus hermanos fueran hombres de honor y se defendieran a sí mismos y a los suyos.

Glenn destacaba por su presencia física. De gran altura, su ancho pecho y espalda inspiraban los suspiros de las jóvenes de todos los estratos, viudas y solteras por igual. La camisa blanca anudada al cuello y de mangas anchas no lograba disimular la musculatura poderosa, que también se apreciaba en las piernas que emergían del kilt. El cabello llegaba a los hombros, una mata castaña oscura que marcaba la diferencia con sus hermanos, quienes lo tenían más claro. Su rostro, de mandíbula cuadrada y de labios gruesos bien delineados, eran el deleite de sus varias amantes. Los ojos, intensos y negros, se moderaban al mirar a los de su clan, aunque se volvían lanzas para enfrentar a sus adversarios. Todo él destilaba energía y poder.

Ajustó el broche que sostenía el manto, el plaid tradicional que caía desde un hombro y se plegaba alrededor de su cadera para formar el kilt, sostenido por el cinturón de cuero. Se volvió, dejando atrás a sus hermanos, y caminó unos cuantos metros, para trepar con agilidad por la escalera de piedra, dirigiéndose a uno de los puestos de observación del castillo. Oteó el horizonte, celoso de su reducto y desconfiado de sus enemigos, los odiados MacDowell.

El castillo de los Campbell se elevaba orgulloso en una pequeña isla sobre un lago, inexpugnable por cualquier sitio excepto el sendero que conducía hasta él desde tierra firme, camino que era custodiado por guardias armados y alertas el día entero. Décadas atrás, Gordon, el padre, había hecho limpiar y desbrozar una parte del bosque para garantizar plena visión de los enemigos si estos osaban presentarse, cosa que dudaba.

A lo lejos, al norte de donde Glenn miraba, la cadena montañosa de las Cairngorms ofrecía una imagen sin igual: rojos, ocre, amarillos y verdes se desplegaban en un paisaje espectacular y se unían al blanco de la nieve en los picos y al azul del cielo que ese día brillaba. La mirada distraída del laird pasaba por alto las maravillas para concentrarse en la actividad humana, campesinos que iban y venían con su producción, prestos al intercambio, hombres a caballo, todos conocidos y miembros del clan.

Resopló calmando sus nervios, alterados desde hacía días por las noticias de los robos y expoliaciones que los suyos estaban sufriendo en sus campos, sus animales robados y algunas cosechas quemadas. Parecía que la osadía de los MacDowell no cesaba. ¿Es que habían olvidado la lección sufrida semanas antes? Contenía sus deseos de organizar a sus hombres e ir por ellos y arrasarlos; eso solo podía interpretarse como gesto de guerra abierta y declarada.

El rey Jacobo I imponía condiciones duras desde su cómodo sillón inglés y parecía que olvidaba sus tierras escocesas, pero esto eran patrañas. Los nobles que lo habían rodeado desde que era un monarca más humilde, cuando solo reinaba las tierras escocesas como Jacobo VI, lo habían seguido una vez que había asumido el trono inglés y gozaban de su favor y esto significaba que los MacDowell tenían sostén en la Corte. Bastarían unos susurros maledicentes en las orejas de los lameculos del Rey, para que al clan Campbell no le fuera nada bien. Esto a pesar de su título y las tierras que

poseían, que no eran pocas. Glenn sabía que su postura tan irreductible, el no ceder a las presiones que cada tanto aparecían en forma de impuestos extras o muestras de genuflexión, hacían que su nombre no fuera bien considerado.

No era cosa que le importara, por cierto. Prefería una y mil veces vivir así y conservar el honor. No como esa lacra de Blair MacDowell, siempre presto a beneficiarse de los favores de los favoritos del Rey y este mismo, pisoteando su autonomía en el proceso.

Suspiró y miró al frente una vez más, para luego decidirse por una cabalgata. Recorrería sus tierras procurando tranquilizar a sus arrendatarios y asegurarse que seguían siendo fieles. Les agradecería verlo en persona y escuchar que, como siempre, los Campbell respondían y escuchaban a los suyos. Entró a la zona de caballerizas y se sintió más animado. Amaba los corceles y allí mismo estaba su caballo, el Belcebú, tan negro como la noche y rápido como un viento de tormenta. El animal bufó y lo saludó con un toque de su testuz cuando lo palmeó en el lomo. Estaba ya preparado para una buena carrera.

Montó con una agilidad sorprendente para alguien de su tamaño y ni siquiera tuvo que mover las riendas para que el caballo emprendiera el galope que los alejó de inmediato del castillo, rumbo a las tierras de labranza. Jinete y caballo parecían uno solo, Glenn apenas balanceándose a pesar de la velocidad del corcel que volaba sobre el sendero angosto, sus largas crines flotando y sus narices resoplando hinchidas.

El aire de la mañana era fresco y el aroma del brezo se extendía con una suavidad y delicadeza poco común. Al poco rato sus nervios se habían quietado, un poco por la carrera y otro por el hilo de pensamientos más racionales. Era un líder justo, un laird equilibrado y lo sabía. Siempre atento a los suyos, protegiéndolos y ayudándolos sin sangrar su economía. Lo respetaban y no era por temor, aunque no ignoraba que su actitud, cuando

furioso o en batalla, podía causar pavor. Manejaba con igual talento la espada y la lanza y contaba en su historial, que no promovía ni del que alardeaba, con varios enemigos derrotados. No le complacía matar o herir, pero su vida y la de su clan prevalecían por encima de cualquier otra.

Visitó y habló con varios, llevándoles consuelo, aliento y la promesa de que los resarciría. Se alegraban de su presencia y no perdieron oportunidad de presentar quejas y pedidos. Luego de un buen rato, se encaminó al río. Sus aguas oscuras corrían rápidas y ruidosas, alertando que, metros más adelante, estaban los saltos y la cascada. Desmontó y se sentó sobre una roca, sosteniendo las riendas mientras Belcebú bebía, para luego soltarlas y permitir que comiera la hierba fresca. No se iría, era tan leal como un perro.

Otra preocupación que lo rondaba y le hacía proferir maldiciones era la enconada decisión de su madre de encontrarle esposa. No cejaba en su intento de mostrar interés en cualquier muchacha casadera de clanes vecinos que estuviera al alcance, sin importarle cuánto le pidiese que dejara de hacerlo. Era una mujer de cuidado su madre Ailsa, en ocasiones sacándolo de las casillas. Bien estaba que eso no era difícil de lograr, su defecto más notorio era que su ira se disparaba rápido, muchas veces sin consecuencias o impacto para los otros. Solía encerrarse en sí mismo cuando ocurría y no podía controlarlo, y entonces el terrible guerrero parecía un niño enfurruñado, como reían y se burlaban sus hermanos menores.

El resoplido nervioso del caballo lo alertó y se incorporó al instante. El animal miraba hacia el bosque y le pareció ver una sombra que se movía, por lo que se dirigió en persecución de la huidiza imagen, con celeridad, al amparo de los árboles y con la mano en su espada. El bosque caledonio de altos pinos separados entre sí no ofrecía un escondite claro, pero la alfombra de hierbas le permitía avanzar sin ser detectado.

Pudo ver mejor al acercarse y se percató de que lo que parecía una

sombra, era en realidad una muchacha, que caminaba casi como si no pisara el suelo, liviana como una pluma al viento, tal fue su primera impresión. Al llegar a un claro del bosque, él se acomodó detrás de un enorme árbol para observar sin ser visto. Era una total desconocida, casi como una aparición. No podía distinguir su rostro, solo la mata de cabello de un intenso dorado que brillaba al reflejar los rayos del sol que se colaban por las altas copas. Vestía una falda burda y gris y una capa del mismo material cubría su espalda.

La vio inclinarse y él también lo hizo. Sus manos eran tan blancas como la nieve y exploraban el suelo seleccionando hierbas y setas, abundantes por las recientes lluvias, y las colocaba en una canasta. Cuando se volvió hacia él, ignorante de su presencia, contuvo la respiración. Era la mujer más bella que hubiera visto jamás y eso era evidente a pesar de la pobreza de sus ropas. Una faz ovalada, de frente ancha, sobre la que caía un bucle rebelde, una nariz casi cincelada y unos labios rosas y turgentes que lo atrajeron como a un sediento una laguna, todos rasgos que lo dejaron totalmente embobado.

Era una aparición increíble y si no fuera un total incrédulo, hubiera jurado que esta era un hada del bosque. La quietud del urogallo y de la perdiz, tímidos y escurridizos animales que siempre huían del contacto humano y, sin embargo, ahora comían despreocupados cerca de la mujer, estuvieron a un tris de convencerlo de que estaba en presencia de una criatura mágica.

Glenn bajó la vista y apreció que la capa se sostenía con un lazo que caía sobre la camisa blanca, que dejaba entrever unos senos turgentes y medianos. Entonces ella se incorporó y su silueta se mostró entera. Era de mediana estatura, con una cintura pequeña y caderas rotundas.

¿Quién era esa ninfa que paseaba su belleza sin percatarse, con la naturalidad del que no sabe que la tiene y que la naturaleza le pertenece? Estaba tan estupefacto que la pulsión de saber lo incitó a la acción y esto lo hizo descubrirse y adelantarse, quebrando el momento y dándole un susto de

muerte. Ella abrió sus ojos con terror y soltó la canasta, a la vez que retrocedía varios pasos y miraba en derredor buscando una salida.

—¡No debes temer! —dijo él, rogando que su repentina aparición no la hiciera correr o desvanecerse—. No te haré daño.

Los ojos de la joven, un cielo de verano, lo miraron con recelo. Lo evaluaba y medía; la chispa del miedo aún no se desvanecía en ellos. Le provocó ternura y deseos de protección, además de otro sentimiento que no pudo interpretar.

—Tranquila, no te lastimaré—continuó, con tono firme pero amigable, mientras que se acercaba con lentitud—. ¿Quién eres?

Ella lo observó, sin pronunciar palabra, evaluando que hacer.

—Soy Glenn Campbell y estas son mis tierras. En ellas cualquier alma bienaventurada tiene refugio. Te pregunto una vez más, ¿quién eres tú?

No quiso sonar altisonante, aunque sus propios oídos le recriminaron la pose de señor. Ella se removió nerviosa y retorció sus manos, sus pequeños dientes mordiendo el labio inferior.

—Buen señor, le pido me perdone. Mi intromisión es desafortunada—Su voz era suave y algo baja—. Quise explorar el lugar y mis pasos me trajeron acá. Es todo tan bello que perdí la noción de dónde estaba, le ruego me disculpe.

—¿Vives por aquí? Conozco a todos en la zona, nunca te había visto.

La miraba con fijeza, buscando un gesto, una actitud, algo que le diera una pista de quien era esa enigmática muchacha

—Yo... Vivo lejos, he venido a visitar a unos familiares río abajo.

—¿En la casa de Sam Campbell?

Vio que su rostro se iluminaba.

—Sí, con él.

—Pues eres muy bienvenida—indicó, más tranquilo de saber que ella era

real y se hospedaba en sus tierras—. Espero te estés sintiendo a gusto y disfrutando de la hospitalidad de mi clan.

—Así es, señor.

—Glenn. ¿Y tu nombre?

—Isobel—ella se veía apurada—. Ya debo irme y no lo quiero distraer.

—Te acompaño—le señaló—. Una joven sola puede ser objeto de desmanes.

Su rostro se oscureció, ahora asustada y le tuvo piedad.

—No, no, agradezco su ofrecimiento, pero no me perdonaría distraerlo de sus tareas. Llegaré enseguida, voy por un camino muy seguro.

—Ve tranquila— le indicó, sin insistir, percibiendo su apuro, que no era por cierto el suyo.

La mujer, bella por donde se la mirara y tan grácil como una gacela, le hizo una reverencia y desapareció entre los árboles, dejándole allí, quieto e impactado. Tanto, que solo el suave empujón de Belcebú en su espalda lo volvió a la realidad. La mañana acababa de tomar otro color y ese rostro lo perseguiría.

Capítulo 2.

Isobel miró atrás otra vez. Por fortuna, había podido desaparecer entre los árboles sin que ese hombre gigante la siguiera. Había cometido la imprudencia de acercarse demasiado a los campos y zonas de labor de los Campbell, algo contra lo que su abuela siempre le advertía. El día tan bello, la brisa suave y cálida, el susurro de las hojas y la urgencia por conseguir brezo blanco la habían distraído, haciéndole bajar la guardia y dejar de lado la premisa de ser invisible. Así fue como ese hombre imponente, de mirada feroz, la había sorprendido.

Al principio, sintió un terror que casi la paralizó y que le impidió hacer lo que hubiera sido lógico: correr cual si fuera una liebre. Como un animal agazapado, acorralado por una fiera al acecho, incapaz de moverse, escuchó como él la inquiría e interrogaba con voz de mando y tono ronco, el que se fue haciendo menos tenso con el correr de los minutos. Eso la tranquilizó y le permitió evaluar sus posibilidades de escape, mientras nerviosamente contestaba con monosílabos. Su abuela Davina recitaba desde su mente: «Si ves un hombre solo o varios, escóndete, no te dejes ver. ¿Quién sabe qué suerte podrías correr, expuesta tu hermosura a su desenfreno? Estos suelen ser malos o tontos, no hay muchas opciones más».

¿En qué categoría se podría colocar a este tan alto, musculoso y arrogante? Apreció su kilt y por los colores, lo supo parte del clan Campbell. La camiseta de lino, entreabierta por lo flojo del cordel que la amarraba al cuello, dejaba ver su pecho velludo y poderoso. Isobel no conocía mucho de hombres y la visión de este la hipnotizó. Se sentía como un ratoncillo o ardilla frente a un ofidio, incapaz de moverse o dejar de mirar, clavada su mirada en los labios gruesos y sensuales, que se movían articulando las frases.

Entornó sus ojos para entender bien las palabras que salían como mordidas y agolpadas. Cuando él se identificó como el laird, el líder del lugar y del clan, sintió la aprehensión del que sabe que pende de un hilo y no debe equivocarse. Ante el cuestionamiento directo, mintió en forma descarada, mirando con miedo disfrazado de osadía ese pozo profundo y oscuro que eran los ojos del hombre. La salida que ofreció al mencionar a esa familia río abajo fue providencial. Una mentira que no le gustó, mas era vital para no descubrir su real residencia, al abrigo de la naturaleza y lejos de la mirada de los clanes de la región, rivales o amigos. Para ella y su abuela, tener su refugio a salvo era la prioridad con la que siempre se manejaban.

Alcanzó la zona rocosa, corriendo y aún alterada por el encuentro. La dificultad de la empinada pendiente primero, las rocas sueltas y desniveladas después, le hicieron enlentecer la marcha. Se movía con agilidad, trepando el risco con la memoria de los años, apoyándose sobre las piedras firmes y desechando las menos seguras, en un ejercicio de riesgo y autocontrol admirable, que hubiera hecho estremecer a su abuela de poder verla.

Este era un camino que había descubierto hacía muchos años, cuando niña. Transitarlo y conocerlo le había costado raspones y caídas repetidas, hasta que se volvió una experta escaladora que, cual cabra, brincaba hacia el valle para acceder a la zona más bella y variada de la región, donde la hierba era suave, el río corría cantarín y los animales y las plantas buenas crecían al amparo de los árboles centenarios. Cuando los rayos solares resbalaban sobre sus copas, la magia realmente parecía levantarse y era más que probable que fuera la morada de las hadas. No podía ser casual que solo allí hubiera encontrado las codiciadas flores blancas, el brezo tan raro que su abuela necesitaba para hacer sus pociones de cura, seguridad y amor, esas con las que ayudaba a las muchachas de la región y que ellas celosamente guardaban y usaban.

Como pago, Davina obtenía lo imprescindible para vivir. Una o dos veces a la semana su abuela recorría el camino que zigzagueaba por el valle rumbo a las tierras pobladas por el clan MacDowell, al otro lado de la colina, y negociaba humildemente con algunos pobladores, que habían aprendido a tolerarla y respetaban sus saberes de cura. Ella solo les pedía alimentos y cambiaba sus hierbas por lo más esencial. Nadie sabía a ciencia cierta donde vivía y todos desconocían a Isobel.

Davina así lo había querido, era el mejor modo de proteger a su nieta, quitándola de la vista de aquellos que podían lastimarla de algún modo. A medida que Isobel creció y su belleza se fue haciendo más clara, la urgencia de su cuidado hizo a Davina más gruñona y estableció un muro entre su nieta y cualquier vínculo que le pudiera resultar peligroso. Con esto le impidió a Isobel disfrutar de amistades y amores prematuros, un sacrificio que a su juicio se justificaba en virtud de su seguridad. Nada bueno había obtenido su hija Rhona de los contactos con sus pares; la desilusión, el desamor y la muerte habían sido el desenlace.

Isobel apuró su paso, consciente de que debía estar preocupada por ella. El mediodía se acercaba y había demorado más de lo previsto. No era sencillo encontrar buenas hierbas, estas parecían crecer caprichosamente solo bajo los árboles más añejos. Con esfuerzo trepó las últimas piedras y accedió a la zona llana, en las alturas, desde donde se divisaba el horizonte. Solía sentarse allí a ver morir el día, divisando el río, la isla y el castillo que la dominaba. Lo presumía magnífico, a pesar de que jamás lo había visto de cerca. Desde y hacia él circulaban puntos que transitaban la angosta senda de acceso. Le encantaría unirse a ese mundo de risas y actividad, charlar con la gente, escuchar y danzar con la música.

A veces miraba esto a escondidas en los matorrales cercanos a la aldea, en la tierra de los MacDowell. Las chicas de su edad cantaban y giraban con

la música. Una noche de luna clara había desafiado a los demonios que habitaban las sombras para ir a mirar a los campesinos reír junto a fogatas, danzar y beber. Al regresar, su abuela la estaba esperando despierta y, para su vergüenza, solo le acarició el cabello, meneando su cabeza y con tristeza le había dicho:

—Te entiendo, mi amor. Conozco tus deseos, sé cuánto te gustaría ser como las otras niñas de tu edad. Pero vivir entre los demás solo nos causaría dolor y tristezas. El don que tenemos, ese que a veces nos bendice y otras nos maldice, nos traería problemas con los aldeanos, los sacerdotes y los señores. Todos acuden a una sanadora cuando más lo necesitan, pero están prestos a señalarla con el dedo y acusarla de bruja ante la menor situación.

Isobel había bajado la mirada y asentido, conociendo que su abuela hablaba con la verdad, vivida en carne propia con dureza. Momentos como ese le hacían maldecir el poseer el don de curar, el que sus manos fueran tan hábiles con las heridas e incluso esa curiosa capacidad de anticiparse a los sucesos, en especial, los malos. El suave vello detrás de su nuca se estremecía y una corriente parecía atravesarla al presentir una muerte, enfermedades o violencia.

Lo había sentido la vez que observó a la mujer del molinero recoger unas setas cerca del río, a pocos centímetros de una roca en la que ella se escondió al verla venir. Fue cosa de mirarla y saber que no viviría mucho. Su abuela volvió una semana después con la noticia de que había caído, con tanta mala suerte que una roca le había partido la cabeza. Luego había sido aquel joven a caballo con el que se cruzó una vez, sin que él la percibiera. Ella siempre se movía por los costados más espesos de las sendas y esa vez, entre las matas, lo había visto desmontar y dar de beber a su caballo. Era un señor, era evidente por sus ropas y su espada. Un hombre que no vería un nuevo amanecer, esa había sido su intuición. Una vez más había sido su abuela la que

averiguó que un caballero había sido atacado y muerto en una emboscada tendida por hombre sueltos.

Las primeras veces que había vivenciado esas sensaciones, había experimentado un temor difícil de describir, pensando que la oscuridad se apoderaba de ella para obligarla a hacer actos horrendos. Se sumió en el silencio y el miedo, hasta que su abuela le había hecho entender que era un don que algunas mujeres tenían. Ella misma no lo poseía, sí su madre, la bisabuela de Isobel.

—A pesar de todo, no es seguro que digas que tienes esa capacidad, Isobel. Sólo te causaría problemas.

Esta era la otra causa para el ostracismo al que había sido sometida. Su belleza y su don podían ser el sinónimo de problemas en su vida, intuía Davina, sin necesidad de mucho mérito.

Con pesadez, algo cansada ya, la joven alcanzó su morada, una vivienda que por fuera parecía de una precariedad absoluta; apenas maderas y piedras apiladas para formar una entrada invisible desde las zonas de tránsito usuales. Davina la había construido con sus propias manos y había recibido la ayuda de un hombre dedicado a cazar, un solitario ser que se había atravesado en su camino herido casi de muerte y al que había curado a fuerza de cánticos, hierbas y pociones. Una vez recuperado, la guio al lugar, entendiendo su deseo de vivir apartada, y la había ayudado a construir un refugio tosco, pero fuerte, que por años la había protegido. Hacía de esto ya más de veinte.

—¡Por fin llegas! Temí que algo te hubiera ocurrido—señaló la mujer con los brazos como jarras en sus caderas, el ceño fruncido.

«Siempre es así», pensó y sonrió Isobel; su abuela siempre temía.

—Un buen tiempo me ha llevado conseguir todo lo que necesitas.

—¿Has encontrado las flores?

—Aquí están.

—¡Muy bien! Es un alivio saber que puedo contar con tu buena vista y tu talento para descubrir los lugares donde estas hierbas nacen. El laird de los MacDowell no logra curar una herida y necesita una poción, una fuerte. La señora del castillo ha acudido a la curandera de la aldea y esta ha venido a mí. Esperemos que funcione y lo sane. Eso nos aseguraría alimentos para varias semanas.

La herborista del lugar era una mujer mucho más joven que Davina: fingía elaborar medicamentos y hacer amuletos de magia buena, pero lo que en verdad hacía era acudir a la abuela de Isobel por ellos. Ella era la que en verdad tenía esos conocimientos y los brindaba, a cambio de lo básico para vivir. Era un buen trato; le permitía cubrir sus necesidades sin exponerse.

—Abuela—inquirió la muchacha—. ¿Alguna vez has tratado con la gente que vive del otro lado del risco, la del otro clan?

Davina la miró y negó.

—He escuchado que son tan salvajes como estos en cuyas tierras vivimos. Viven por y para pelear y matar. Nada bueno surge de los hombres y sus luchas, Isobel. Nada bueno.

La joven asintió y elevó sus ojos para apreciar el sol y recibir sus rayos bienhechores. La faz del hombre del bosque volvió a aparecer con claridad ante ella y su mirada parecía atravesarla. El encuentro había removido su quietud habitual, provocándole sensaciones difíciles de precisar.

Capítulo 3.

Las maldiciones y palabrotas proferidas por Blair MacDowell se colaban por toda el ala sur del castillo. Sentado de mala forma en un sillón de madera lustrada, con la pierna descansando sobre unos cueros, su rostro denotaba el dolor que sentía. La herida en el muslo al descubierto estaba siendo curada con apósitos embebidos en un líquido que había traído la mujer regordeta de anchas faldas y busto amplio y apretado. Era la curandera oficial del clan y desde hacía décadas oficiaba de cura todo, además de amante de desfogue del antojadizo Blair.

Ella conocía muy bien su mal carácter y lo fácil que su ira se derramaba sobre otros, así que se mantenía discretamente a un costado mientras el doctor hacía su tarea. Por dentro despreciaba a ese hombrecillo presuntuoso que, con todos sus instrumentos, nada podía hacer para aliviar al laird y había tenido que recurrir a ella, luego de haberla desdeñado en varias ocasiones.

La fea herida se negaba a cerrar y ella presentía que esto en parte se debía a la falta de quietud y aseo del laird. «Lo poderoso no le quita lo roñoso», pensaba. Anhelaba que la poción funcionara; esta era producto elaborado por la misteriosa anciana, a la que sabía poderosa y sabia. El deseo de soledad en el que vivía era su propia fortuna: sus conocimientos eran limitados al lado de los de Davina y el intercambio que hacían les servía a ambas. Tal vez en cuanto envejeciera un poco más, accedería a contarle mejor sus secretos, ya vería ella de ablandarla.

—¡Maldita sea tu descendencia!

Blair sacudió su enorme mano y tiró todos los implementos de cura de un revés, asustando al médico que dio un salto atrás, para caer cómicamente

sobre su trasero. El laird se incorporó y caminó arrastrando la herida. La cabellera desgreñada y enredada caía por la espalda y se juntaba con su barba y patillas. De esa maraña de pelos emergía una nariz bulbosa y unos ojos verdes pequeños y de furibundo mirar, y una boca que parecía más hecha por un cuchillo, de labios finos, que apenas sonreían. Lo único que lo solía poner de buen ánimo era la pelea, cuando embestía sus enemigos, o cuando miraba a su único cariño real, su hija Kirstie.

—¡Rueguen que estos ungüentos hagan efecto, porque de fallar, los perseguiré hasta donde sea necesario para hacerles pagar! —rugió.

Su mirada altiva se posó sobre el galeno y la herborista. Ambos asintieron, bajando su cabeza con humildad. Sabían que la furia del laird MacDowell era impiadosa. Lo atestiguaba más de un campesino muerto o castigado en su espalda y piernas hasta que apenas era un mapa de cicatrices. El señor se imponía, sin freno ni ley. Solo los Campbell, del otro lado del bosque y del río, le disputaban el control de las tierras.

Había sido precisamente Glenn Campbell quien lo había herido en el enfrentamiento que habían protagonizado hacía varias semanas, cuándo él, su hijo Ian y otros habían invadido sus zonas, intentando llevarse el ganado. La disputa por el control de las regiones databa de generaciones y los MacDowell no habían podido romper el freno que los Campbell imponían a sus correrías. Eran guerreros fieros y valientes.

La ambición y el orgullo de Blair lo llevaban a querer quebrarlos y borrarlos de esas tierras; obligarlos a marchar hasta el confín de las Highlands, solo con lo puesto. Mas no había habido fortuna y ahora las cosas se complicaban: con su herida habían llegado también las malas nuevas desde la corte del Rey Jacobo. Sus contactos le hablaban de la necesidad de paz y el deseo real de finalizar el enfrentamiento entre los clanes.

—¡Catriona! —aulló, llamando a su esposa, quien emergió sumisa de uno

de los rincones del gran salón, donde estaba casi escondida—. ¡Trae una cerveza! ¿Qué no ves que estoy sediento? Siempre tan inútil, ¡mujercita estúpida!

Ella se movió con presteza para alcanzar la bebida en la gran copa de madera que él prefería para esa bebida, desechando toda fineza de cristales. Se aseguró de salir de su alcance de inmediato, aunque no pudo evitar el golpe grosero en sus posaderas y la risotada sarcástica. Había sido una mujer fina y bella, delicada en su porte y talle y algo de su antigua prestancia quedaba aún, algo que Blair no había podido eliminar del todo. Bien que lo había intentado con desplantes, humillaciones, amantes públicas y sexo rudo y doloroso. El hombretón no le prestó más atención: bebió y el líquido pareció calmarlo. Se limpió con rudeza boca y barba y miró adelante.

—¿Dónde está Ian? Lo quiero aquí, ahora.

Catriona se deslizó fuera y corrió hacia el patio central del castillo, sus pasos retumbando por las elevadas paredes, húmedas y frías y casi sin tapices o cortinas. El laird era tacaño y se negaba a vestir un poco su morada, por lo que esta parecía despojada, amueblada con lo básico. Podía verse que era en las caballerizas y sala de armas donde Blair invertía todo lo que con tanto esfuerzo sus arrendatarios y dependientes le entregaban. Las espadas y los caballos eran la pasión del hombre.

—¡Ian! — llamó Catriona al que hacía prácticas de lucha con su espada contra uno de los hombres de armas—. Tu padre te requiere.

El hijo frenó con un golpe de su espada la embestida del otro y dando un giro logró quitarle el arma y apuntarle al cuello. Sonrió con entusiasmo. Su técnica mejoraba. Miró entonces a su madre y le contestó con cierta crudeza, un poco menor a la que su padre empleaba con ella, pero no había gentileza en su trato. Los MacDowell no perdían el tiempo en esas cosas.

—Voy.

Guardó su espada y caminó, avanzando hasta el lugar donde su padre lo esperaba. Sus gritos lo denunciaban. Meneó la cabeza. Desde que Glenn lo había herido estaba insoportable, más aún de lo habitual.

—Padre—Hizo saber su presencia al otro que rondaba por el salón como fiera enjaulada, quien lo miró con el ceño fruncido.

—¿Ya se han ido esos hombres?

—Así es, yo mismo los acompañé hasta los confines de las tierras para asegurarme de que no se metieran en las de Glenn. Poco saben esos ingleses de nuestras fronteras.

Escupió al decirlo. La presencia de esa comitiva de dos hombres, importantes en la corte del Rey, había sido del todo desagradable.

—Ya te dije qué son escoceses, mas hace mucho que viven en Londres, desde que nuestro Rey se convirtió en Rey de las dos coronas.

Ese 1617 se cumplían catorce años desde que Jacobo VI, Rey de Escocia desde 1567 e hijo de María I, se había convertido en Jacobo I, de Inglaterra, Escocia e Irlanda, al morir su tía Isabel I, uniendo así ambos reinos. Desde entonces había vivido en Inglaterra, rodeado de una corte selecta de escoceses que lo aconsejaban y lidiaban con los asuntos de sus tierras de origen. Uno de sus deseos más fuertes era que sus reinos convivieran sin conflictos, para lo cual era menester pulir y aquietar las diferencias entre sus salvajes súbditos escoceses. Esa había sido la precisa misión que había llevado a los hombres al castillo MacDowell: promover una alianza entre los lairds del lugar, una que aliviara las tensiones y combates en esa zona.

—Como sea, se han ido. No me has dicho que buscaban con tanto secreto.

El fastidio de Ian y su resquemor con las visitas había aumentado ante el desplante que había sufrido. Lo podía esperar de su padre, pero ellos eran invitados y lo habían ignorado, como a un simple vasallo. Se habían encerrado

por varias horas con Blair, luego de comer y beber todo lo que se les brindó.

—Ah, intrigas y más intrigas. La Corte no descansa y ese maldito Rey se ha aburguesado y bebe los vientos por sus favoritos. ¡Nos quiere decir qué hacer, ese afeminado!

La voz era fuerte y desafiante, lo que reforzaba lo inquietante del mensaje. El alcohol tenía parte de la culpa, pero Ian se preocupó. Tan lejos como estaba el Rey, largas eran sus orejas y cualquiera podía ser objeto de su ira y caprichos. Bien que se sabía de sus preferencias sexuales, mas gritarlo a viva voz, haciendo burla de la misma, era muy riesgoso. Rogó, por el bien de la familia, que su padre no hubiera dicho nada de eso a los enviados, pues lo creía muy capaz.

—Padre...—intercedió ahora—. No conviene...

—¡No conviene! Maldita sea, ¿desde cuándo no podemos decir lo que pensamos? Hemos dejado de ser independientes, nos hemos convertido en sumisos de una majestad que, renegando de sus orígenes, es más inglesa y timorata que los propios ingleses.

—¿Qué era lo que querían esos hombres? —terció Ian, procurando distraerlo de su furia.

Blair se movió con ruido y se sentó en su sillón. Con un gesto airado echó a todo el mundo e indicó a Ian que cerrara la puerta. A este lo carcomía la intriga.

—Esos hombres saben bien todo lo que pasa por aquí. Traían un pedido del Rey.

El gesto torcido de su padre le indicó que lo que había era una orden expresa y que su padre disfrazaba la misma con una palabra poco creíble.

—¿Qué puede querer de nosotros el Rey? —musitó, con una curiosidad tremenda.

—El fin de nuestro conflicto con los Campbell.

— Pero eso ...

—¡Eso es lo que pide ese mal nacido! —arrojó su copa contra el piso, dando apenas tiempo a Ian a esquivar el impacto—. ¡Y para ello me insta a que ofrezca a mi Kirstie como prometida a ese mugroso malnacido de Glenn Campbell!

El impacto de la novedad inmovilizó a Ian. Era algo de locos. ¿Una alianza con los Campbell? Desde que se conocía habían estado en guerra. ¿Su hermana como prenda de paz?

—Kirstie no puede...

—¿Crees que no lo dije yo? — señaló más calmado el mayor—. ¡Mi pequeña, la única de valor aquí, merece otro destino!

Una punzada de celos acosó a Ian, que pronto cedió. Sus deseos de agradar a su padre solo eran menores al amor que sentía por su hermana, melliza suya.

—Pero tienen una idea fija—continuó Blair—. La presión recién ha comenzado. Jacobo amenaza con mandar su ejército sobre todos quienes osen desobedecer su mandato.

—Eso afecta también a los Campbell.

—Esos perros, ¿qué pueden perder? Además, estos negociadores saben que esos mugrosos son demasiado orgullosos y jamás pensarían siquiera en negociar.

—¿Nosotros sí? —inquirió con prudencia.

Se le antojaba una locura, con amenaza o sin ella.

—Mi deber como laird es cuidar a los nuestros—musitó.

Ian sabía que debía haber algo más. Su padre jamás se movía por algo que no le diera réditos y menos por proteger a los campesinos de sus tierras,

aunque sabe Dios que esa debía ser su tarea.

—¿Es sólo eso, obedeceremos por temor? —forzó un tanto la situación y su padre lo miró colérico por la insinuación.

—Nadie me amenaza así nomás. Hay algo más...—señaló Blair mientras se acercaba a la delgada abertura que permitía filtrar los rayos del sol y otear la lejanía—. Me prometen concesiones en el sur, más tierras, si los apoyo contra los rebeldes.

Algo no cerraba del todo en la cabeza del joven. Entendía que Jacobo necesitara someter a otros y la espada de su padre y su clan fueran necesarias. Pero, ¿por qué preocuparse por los Campbell? Temía preguntar, sin embargo, y molestar a su padre. Este no se caracterizaba por su paciencia. Ian no era un joven timorato. A sus veinte años, tenía en su haber muchos enfrentamientos y querellas, manejaba bien la espada y era de lengua mordaz. De mediana estatura y castaño anaranjado, sus blancas facciones le hacían parecer blando, pero lejos estaba de eso.

Frente a su padre, empero, era un hombre distinto. Le imponía la arrolladora personalidad de Blair, belicoso y sin aristas de cariño. Lo miraba con la apreciación del que ve a alguien superior y en el fondo buscaba su aprobación, cosa que parecía poco menos que imposible de lograr. Blair era dictatorial y áspero, casi tan cerril como un potro viejo al que nunca sometieron.

—Entonces, hijo, es una decisión difícil que he meditado a fondo.

«Los enviados acaban de irse», pensó Ian, «no puede haberlo considerado mucho».

—Los Campbell son difíciles, unos miserables rotos que han sido una molestia por décadas. No hemos podido con ellos. Tanto tú como yo, muchos de nosotros, tenemos presentes suyos en la piel.

Ian asintió. Los malditos eran fieros y ágiles, excelentes con la espada y montaban mejor que nadie.

—Tal vez este camino que nos ofrecen, que jamás hubiera pensado por mí mismo, este sacrificio que haremos, pueda ser mucho más efectivo.

Ian se erizó por dentro. Su pobre hermana, su mitad, estaba condenada. Por un instante pensó que el amor del viejo, que le constaba sentía por ella, la salvaría. Ahora veía que no sería así.

—Padre—ensayó una súplica—. Kirstie es joven e inocente. Ella...

—No digas más. Esto está decidido.

La mirada fija del padre, algo aguada, le hizo ver que tampoco estaba en sus manos.

—Jacobó necesita quieta y a su orden la espada de los Campbell. Ellos son la muralla entre las tierras sometidas y las más rebeldes del Norte. Con esta jugada, lo logrará.

—¿Y qué les hace pensar que ese orgulloso de Glenn Campbell los escuchará?

—Porque de no hacerlo, enviarán tropas contra él, su familia y el clan todo. Jamás permitiría que su orgullo esté por encima de la seguridad de los suyos.

Era así, sin duda alguna. Glenn y sus hermanos eran tan dedicados al clan, tan protectores y piadosos como lo había sido el fallecido Gordon Campbell, el patriarca muerto por el propio Blair, hacía ya mucho tiempo.

—Él jamás cederá ante ti.

—No se lo propondré yo, hijo. Lo harás tú.

La sorpresa tiñó su rostro de estupor.

—¿Tienes miedo de meterte en la guarida de esos zorros? —espetó Blair, buscando soliviantar su hombría. Lo logró.

—¡Mal me conoces, padre, si piensas de ese modo! ¡No le temo más que al Todopoderoso!

—Haces bien. Llevarás esta carta sellada. Es de puño y letra del mismo Jacobo. Al parecer, por lo que me relataron, insta a Glenn a ceder y le propone la alianza matrimonial.

—¿Por qué no la entregan ellos mismos?

—Porque ellos sí temen a los hombres de estos lugares.

—Es extraño que teman más a Glenn que a ti—susurró.

Su padre era infinitamente menos misericordioso que aquel.

—Porque no son tontos. Saben que para mí más tierras y conexiones son palabras de negocios. No para los Campbell.

—¿Cuándo le dirás a Kirstie? —lo miró fijo.

No sería él quien enjugaría las primeras lágrimas de su hermana, que sin dudar le dolerían más que a ella.

—No nos adelantemos. Primero, irás con esos cerdos y entregarás la carta. De aceptar, veremos de establecer las condiciones del acuerdo. Pensaremos luego cómo seguir.

Capítulo 4.

La novedad de que Ian MacDowell estaba en la puerta de entrada solicitando ser recibido, sorprendió sobremanera a Glenn, quien estaba ocupado acicalando a su caballo. ¿Qué podría querer el hijo del líder del clan rival en este lugar, su reducto? El único sitio donde se habían visto en forma directa antes había sido en el campo de batalla. Para ser claro, siempre había visto su espalda escapando de sus tierras luego de algunas fechorías realizadas.

A grandes zancadas alcanzó la entrada del castillo y al llegar lo distinguió, montado en un corcel negro que cabeceaba nervioso, rodeado como estaba por tres de los soldados Campbell con espadas, que no le perdían pisada. Lucía el kilt y el plaid en la trama que identificaba a los suyos. La cara blanca y su cabello castaño rojizo lo distinguían del resto de sus acompañantes. Era muy parecido a su padre.

—¿Qué busca un MacDowell aquí? Me extraña no verte huyendo como una oveja— dijo con ironía.

Ian encajó sus mandíbulas y decidió guardarse su rabia. No podía entrar en conflictos por no contenerse, estaba en tierras enemigas, con una misión que detestaba, pero debía realizar. Miró al otro sin bajar sus ojos, no le daría el gusto de mostrar que lo había ofendido.

—Saludos, Glenn. Te debe resultar extraño, no lo dudo. Para mí también lo es. Traigo una solicitud formal que no debes desconocer.

—¡No eres tú quien me dirá qué hacer! — señaló.

Para Glenn era movilizador ver a ese hombre de cerca; era el fiel reflejo del odiado rostro del matador de su padre. Reprimió los deseos de estamparle

su puño en la cara y aplastar esa mirada insolente.

—Tal vez yo no y tampoco mi padre, pero de seguro no puedes negarte a recibir una comunicación del Rey Jacobo.

Escuchar eso le hizo picar la curiosidad.

—¿Tan mal está nuestro Rey que depende de ti y los tuyos para sus diligencias? —farfulló, intrigado ahora—. ¿Qué mensaje de Jacobo podrían entregar ustedes?

—No lo vas a saber si me tienes aquí parado.

—¡Tú no pasarás! ¡Tus sucios pies MacDowell no ensuciarán un trozo de mis dominios! —sentenció con frialdad.

No sabía que triquiñuelas se traían sus enemigos entre manos y no les daría espacio para nada. Ambos se midieron y la intensidad en la expresión del laird hizo entender a Ian que no cedería un ápice en su postura. Ni siquiera había tenido la decencia de recibirlo con algo de cordialidad, emulando los principios de hospitalidad o cortesía. Era más salvaje que su propio padre, y eso era decir.

Extendió entonces el sobre, lacrado con los sellos que demostraban que era de origen real. Hubiera girado y abandonado de inmediato esas tierras con placer, de no ser necesaria la respuesta. Su padre había sido muy claro al respecto: «No vuelvas sin la contestación de ese perro». Era más fácil decirlo que hacerlo, mas no había otra opción. Glenn tomó la carta y dio la vuelta para retirarse, ofreciendo la espalda, con desprecio.

—¡Me han encomendado esperar tu respuesta! —gritó Ian, para llamar su atención, mientras movía su caballo hacia Glenn, gesto que de inmediato ocasionó que los guardias lo rodearan, con las espadas apuntando a su cuello. No era un hombre cobarde, pero no las tenía todas consigo. Sofrenó su cabalgadura e hizo un gesto de calma a la vez que se dirigía a Glenn.

—Al menos léela y déjame saber tu decisión. Es menester que vuelva con ella.

Glenn giró para mirarlo con mayor atención. Debía reconocerle nervio y osadía. Observó los sellos y la curiosidad lo apremió.

— Si te urge la respuesta, esperarás a que te la dé. Seré yo quien decida.

—Aguardaré lo que sea necesario—dijo.

—No aquí, no en las cercanías de mi castillo. Tu olor y el de tu clan apestarán el aire limpio de la mañana.

«¡Maldito Glenn Campbell!», farfulló a su interna, lograba despertar su ira.

—Esperaré al amparo del bosque.

Giró y espoleó su cabalgadura que, como tromba, lo alejó del sitio. De seguro lo haría esperar y ni siquiera miraría el mensaje. Así de salvaje era ese Campbell.

Glenn ingresó al castillo atento a todo, pero con su mente evaluando lo ocurrido. Oteó detrás y vio que Ian se perdía en el sendero, rumbo a la arboleda, lejana muchos metros. Más le valía, su osadía le molestaba. Por otro lado, no había echado en saco roto el mensaje: el origen era evidente, tenía los sellos y estaba lacrado. No parecía haber engaños.

¿Qué se les antojaba a esos nobles de la Corte, tan lejos de las tierras de los escoceses? Ese Rey suyo caería lejos de su aprecio si lo que sospechaba se cumplía. Podía ceder y quitar tierras y señoríos a su antojo. Si sus enemigos, a los que Ian representaba bien, se habían ganado bajo su ala, mala señal era para los Campbell. La inquietud se coló en sus pensamientos y los contaminó de modo que, al cabo de pocos minutos, solo podía pensar en abrir esa carta.

Se dirigió con apuro a su habitación, donde estaría tranquilo y podría

averiguar qué pasaba, así como pensar qué hacer, sin el ruido de fondo de todos quienes se movían en el castillo. Cada paso por la escalera que caracoleaba y lo elevaba por la torre principal, resonó fuerte. No sería una buena nueva, lo presentía.

De comprobarse, ¿qué opciones se le presentaban, si decidía desobedecer? La rebelión no era algo que resultara, la experiencia de otros lo demostraba. Los nobles rebeldes podían ser aplastados con facilidad por un Rey que controlaba dos coronas y se ajustaba el traje de autoritarismo. No conocía a Jacobo I, pero su fama lo precedía; era duro, antojadizo y no toleraba las oposiciones. Lo estremeció la idea de que podría estar por perder sus tierras y el lugar donde vivían los suyos.

Cerró la puerta al acceder al dormitorio, una pesada hoja de buena madera con herrajes, que selló con estrépito sus deseos de estar solo. Se dirigió a la maciza silla que había a un costado de su lecho y estaba bien dispuesta para aprovechar los rayos de luz que se colaban por la ventana, una abertura alargada y estrecha que además le permitía ver el río y el bosque.

Se sentó, quitando la espada y arremangando su camisa. Se revolvió el cabello en maquinal gesto de preocupación y arrojó la carta al lecho. Tan quieto como una estatua, sus ojos abiertos se sumergían en el pasado y su mente barajaba un remolino de ideas. La quería abrir, demoraba porque sabía que solo podía traer malas nuevas. Recordó a su padre, pensó en sus hermanos, en su madre, en el clan todo: los hombres y mujeres, todos quienes dependían de él.

Entonces, con un suspiro cansino, se incorporó y fue hasta la cama, sentándose en la misma a la vez que rompía los lacres y desdoblaba la carta que prolijamente extendió. Ante sus ojos se desplegó una letra florida en oscura tinta que le complicó la lectura. ¿Por qué tantas vueltas para decir algo? Las letras danzaban, puras fórmulas que hablaban de saludos,

reconvenciones y sugerencias. Bufó y tiró la misiva, para luego decidirse por recurrir a Ewan. Aquel era mucho más capaz para esas cuestiones de las letras y los libros.

Recorrió otra vez los largos pasillos, ahora con apuro, con la carta en la mano, hasta que encontró a su hermano, que lo miró interrogante. De seguro su cara pétrea le daba más de una idea; la tormenta se gestaba en la mente de Glenn. En silencio, le extendió el papel y le hizo un gesto para separarse e ir a un lugar más solitario. El gran salón de las armas los recibió y él se sentó, a la vez que compelió a Ewan a que comenzara la lectura.

Su hermano era pura curiosidad. No era nada habitual ver a Glenn en tal estado de excitación. Por más que intentaba controlarla, se evidenciaba en el nervioso tic de su boca y en la mirada huidiza. Era obvio que el documento que tenía en las manos tenía que ver con eso. A medida que avanzó leyendo en voz alta, incursionando por los remitentes y sus firmas, sus ojos se agrandaron por la sorpresa. El mensaje venía de la Corte del Rey Jacobo y era un sinfín de recomendaciones y órdenes, que leyó a Glenn con más parsimonia de la que comenzaba a experimentar, también él alterado.

Este fue aflojando la tensión a medida que escuchaba a su hermano desgarrar las frases. Se presentaba menos terrible de lo que había esperado. Varias frases golpearon su cerebro. «El Monarca considera de importancia y necesidad la paz en sus dominios y es menester el fin de los conflictos entre los clanes de la región...», «Ordena de inmediato el fin de las luchas entre los Campbell y los MacDowell y para ello, los insta a unirse a través del compromiso de sus referentes más importantes», «Con su unión formal en matrimonio, Glenn Campbell y Kirstie MacDowell sellarán años de lucha estéril...»

El tenor de las palabras y su implicancia demoró en llegar a él y fue Ewan quién le dijo, alzando la vista con sorpresa:

—¿Un Campbell y una MacDowell unidos en matrimonio? ¿Qué piensa ese Rey, cómo sería eso posible? ¿Tú, casado?

Al ver que no respondía ni coincidía con la vehemencia que supuso, lo miró con mayor atención. Glenn caminaba con las manos a su espalda, tratando de sopesar cada arista de lo escuchado. Miró de vuelta a su hermano.

—¡Imposible! Nadie va a decirme a quién debo desposar.

Ewan asintió, ahora pensativo y comenzando a trazar en su cabeza la situación.

—Entiendo lo que dices. No esperaba otra postura de tu parte, de cualquiera de nosotros. Por otro lado...—hizo un silencio y Glenn lo miró, deteniendo su nervioso paseo.

—¿Qué? ¡Dime!

—Es nuestro Rey y está enviando una orden. Este es su sello, su firma. Es un mandato. ¿Qué pasará si desobedeces?

Glenn giró y se acercó a uno de las ventanas. Sentía crecer la furia y la impotencia en su interior. La cerrada negativa del principio comenzó a ser erosionada al considerar sus implicancias. No sería la primera vez que dos clanes se unían por el matrimonio de sus miembros, y muchas veces tenía que ver con necesidades mutuas. Mas esto era distinto. Él era un hombre libre, un noble, un laird. Él debía decidir quién o cuál sería la mujer que yacería en su lecho y engendraría a sus hijos. Además, ¿unirse a sus enemigos? ¿A los matadores de los suyos, de su progenitor? Meneó la cabeza con rabia. Cuanto más pensaba y despotricaba, la situación se le presentaba más compleja y las opciones no eran demasiadas.

Ewan comenzó a aquilatar la situación tan difícil en la que estaba su hermano, que sin duda los arrastraría a ellos. Como estaban las cosas, había que pensar muy bien qué hacer y aquel debía estar tranquilo, tomar las

decisiones con cabeza fría. Quiso aliviar la tensión.

—¿Te imaginas? —le señaló—. Si esa tal Kirstie es una décima parte de su padre ha de tener pelo por todo el cuerpo. Y será tan colorada como una zanahoria.

Ambos rieron.

—Si huele tanto como su padre y hermano, apestará este castillo— contestó Glenn

Luego se pusieron serios y la sonrisa abandonó sus rostros.

—¿Qué harás? —murmuró Ewan.

Sabía que su hermano mordía su rabia y sus deseos de echar a cajas destempladas al Rey, a todo su Corte y a los MacDowell, pero era un asunto urgente.

Allá afuera, en el bosque, Ian esperaba su respuesta. «Es probable que esté pensando que por fin me doblegarán. Aún no», pensó Glenn con rabia. Tan rápida como fue su decisión fue su salida y ordenó a sus hombres que llevaran la contestación al MacDowell: simplemente «No». Debía retirarse de sus tierras, bajo pena de matarlo de inmediato si se resistía.

Los pensamientos no lo abandonaron en toda la tarde y noche. Ni siquiera la calidez de la rubicunda y apetitosa rubia en su cama, que le hizo alcanzar las estrellas del placer, pudo lograr con sus gemidos y ronroneos que olvidara lo ocurrido. Antes del amanecer y luego de mucho pensar, decidió ir en busca del consejo de Ken, el antiguo hombre de armas de su padre, que no por tener menor rango, era menos astuto. Necesitaba una oreja atenta y palabras objetivas. Este había tenido toda la confianza de su padre y conocía de tratos y de negociaciones.

Partió sin demora, sin esperar que el sol se levantara sobre el horizonte. Al pasar al galope por la casa junto al río, recordó a la bella mujer que había

visto en el bosque. «¿Estaría allí?». Esa era la casa de quienes le brindaban hospedaje. Por un momento pensó en detenerse, mas luego desechó la idea. La urgencia lo instó a seguir.

Capítulo 5.

Ken lo recibió con alegría, agradecido por su visita. Estaba bastante más viejo de lo que recordaba, pero igual de lúcido. Casi sin prolegómenos, le relató lo que ocurría; no necesitaba de introducciones con ese hombre. Escuchó con atención e interés y sus pocas palabras, ajustadas y certeras, iluminaron a Glenn. Al cabo de la conversación se había convencido, con amargura, de la necesidad de aceptar el pacto que se le ofrecía, bajo pena de ser severamente perseguido y hostigado en el caso contrario.

El viejo guerrero le relató dos situaciones que involucraban a lairds del sur, hombres que se habían rebelado contra los impuestos reales y, por tanto, desobedecido órdenes directas de Jacobo. «Los masacró sin piedad, Glenn. Envió su gran ejército hasta ellos y no pudieron sostenerse. Los que escaparon debieron acogerse a su benevolencia o vagan por lo más norte de nuestras tierras, sin nada. Sin su hogar, destrozado su clan, con precio en su cabeza».

—¿No puedo entender por qué es necesario una unión entre nosotros! ¿Por qué no un acuerdo, una negociación entre Blair y yo? Sería igual garantía de paz y...

—¿Lo sería? —hizo una mueca de sonrisa—. Tal vez de tu parte, que estarías dispuesto a acatar y cumplir. Yo lo sé, el monarca no. No te conoce y tu actitud displicente en lo que a asuntos de la Corona se refiere, te han dejado lejos de su oreja. Al contrario de Blair. No dudo que él sería quien rompiera cualquier pacto entre ustedes, pero tal vez el Rey no recibe ese mensaje. De todas formas, Jacobo actúa con inteligencia. No hay muchas formas en la diplomacia, es la guerra o el casamiento.

«Las disposiciones de un Rey no son palabras que puedan ser desechadas

a la ligera ni con facilidad. Tú tienes un clan que sostener sobre tus espaldas, una familia que albergar y abrigar. No puedes darte el lujo de echar las amenazas en saco roto, aunque tu corazón y tu mente así lo quieran», fueron palabras sabias que agradeció y grabó para barruntar mientras retornaba.

Entendía lo que le decía y era lo mismo que ya sabía en su interior, lo que le había empujado a no olvidar el tema una vez envió su respuesta. Esta había sido vehemente y furiosa, guiada por sus sentimientos y no por su cabeza. Era menester hacer lo correcto ahora y dar un paso atrás.

La desazón se acomodó en su pecho y la vuelta fue lenta y pausada, ya que Glenn sofrenaba su corcel que pedía, en vano, velocidad. Trataba de calmar la tormenta que sus instintos pretendían desatar, buscando concientizarse de que los dados del destino estaban echados y el juego lo controlaba Jacobo. No tenía más que bajar la cabeza sin chistar y desposar a esa mujer que no conocía y a la que debía dar necesariamente una oportunidad. Por el bien mayor.

A paso de hombre se dirigió hacia el risco empinado desde el cual se avizoraba el mar. Necesitaba estar solo, ordenar sus ideas y poner en caja sus sentimientos. Respiró con profundidad. Hubiera deseado gritar su frustración a los cuatro vientos y hacer oír lo esclavo que se sentía. Era un hombre libre, señor de muchos, y ahora estaba atado de pies y manos. Otros disponían de su cama y de sus tierras.

Su vista distraída se paseó sobre el manto de flores violetas que tapizaban el risco y sus piedras y entonces la visualizó, una imagen que hizo cortar y casi detener su respiración. Otra vez se adueñaba de sus ojos la imagen de quien había distraído sus pensamientos durante varios días. Se encontraba sentada, recostada sobre el horizonte, mirando hacia el vacío. Sus cabellos parecían hebras de sol y la blancura del cuello invitaba a posar allí sus labios y recorrerlo con calma. Seguramente, su piel sería de una suavidad

sin par.

Belcebú relinchó y ella respingó, otra vez tomada por sorpresa. Glenn la saludó con un simple gesto de su mano y sus labios desplegaron una sonrisa de placer y contento por verla, quebrando la idea de que todo había sido una ilusión de sus sentidos.

Isobel trató de recuperarse de la sorpresa y del temor. Una vez más se había perdido en la maravilla del paisaje y en sus ensoñaciones; una vez más ese hombre la encontraba. Varias sensaciones se acumulaban en su estómago y en su cabeza. No podía negar que le gustaba verlo. Aunque había querido desechar su imagen, esta se había presentado en sus sueños en varias oportunidades, sus ojos negros impidiéndole dormir tranquila.

—Hola, Isobel—escuchó que la nombraba con tono ronco y le maravilló que recordara su nombre.

Nunca lo había escuchado de otra boca que la de su abuela y en la voz de él, parecía tomar otra dimensión.

—Qué bueno verte otra vez—continuó diciendo Glenn—. Temí que nuestro encuentro no se repitiera. Pasé por la casa en la que dijiste estar residiendo, mas no quise llegar.

Ella se atragantó, pensando que cuando comprobara su mentira, enfurecería, pero no hizo nada para sacarlo de su error. Solo complicaría las cosas.

—¿No serás en verdad un hada del bosque, una ninfa de las aguas, que busca hipnotizar a un pobre mortal? Me encantaría saber mucho más de ti.

Isobel sonrió, sin saber bien qué hacer. Por un lado, le encantaba la miel de sus palabras, pero no podía decirle quién era ni dónde vivía. Davina no le perdonaría una infidencia que podía ponerlas en peligro ambas.

Ante su silencio, envalentonado por su sonrisa y timidez, Glenn continuó,

fascinado con la belleza simple y pura que la mujer trasmitía.

—¿Te puedo pedir un deseo?

—Haría lo que fuese por concederle sus deseos, si pudiera, mi señor.

La contestación era inocente, y aunque sus palabras parecieran sugerir placeres prohibidos para una mente alborotada, la pureza de sus ojos lo desmentía. Ojalá pudiera pedirle que lo liberara de la presión que significaban sus compromisos y los deseos de un Rey que lo controlaba y sometía su vida. Mas, ¿qué podría comprender ella de los enredos de los hombres y la política? Sacudió la cabeza y miró su canasto, repleto de flores y hierbas.

—¿Qué haces?

—Recolecto, busco todo lo que tiene poder de cura, lo que contiene la sabiduría de la naturaleza. Las hierbas bienhechoras, esas que los Espíritus del Bosque ofrecen a aquellos que saben escuchar.

—¿Eres una hechicera? —levantó una ceja Glenn.

—No, señor—contestó con vehemencia, a la vez que se levantó con miedo y ansiedad, el corazón latiendo fuerte y apretando fuerte la cesta.

Su abuela Davina le había indicado mil y una vez los peligros de una acusación de ese tipo y por ello su garganta se secó, temiendo haber arruinado todo al hablar de más ante ese hombre.

Él la miró con atención y se apiadó del susto visible en su rostro.

—No me temas, jamás lo hagas. No podría hacerte daño, aunque quisiera —señaló.

Sus palabras parecían encerrar una declaración que ella no alcanzó a entender, pero le tranquilizó la amabilidad y la suavidad del tono.

—¿Tienes algo para un corazón atrapado, hechicera? —susurró él ahora, mirando fijo a la hermosa joven que lo cautivaba cada vez más.

—Si así fuera, lo usaría sin dudar en mí—contestó con naturalidad—.

Buen señor, debo irme ahora, me esperan.

Asintió pensativo, buscando analizar qué mensaje trasmitían esas palabras. La vio recoger sus cosas con apuro, sus pequeñas manos diligentes y delicadas, hechas para acariciar a un hombre. De seguro permanecía aún pura. Glenn sacudió la cabeza, procurando cortar el hilo de sus pensamientos, embotados por la hermosura de una mujer desconocida. Tal parecía que estuviera inmerso en un sutil embrujo que lo excitaba.

Isobel tomó el camino habitual de los campesinos, pero cuando vio que él montaba y se alejaba, después de un buen rato de observarla, retrocedió y retomó el sendero de su casa, por el camino de los riscos. Ese hombre la conmovía y lograba hacer que se imaginara otras posibilidades y otra vida, pero por fortuna no abandonaba las previsiones y el cuidado.

Glenn siguió pensando en ella un buen rato más, hasta que la realidad lo alcanzó de pronto y le hizo azuzar a Belcebú. Tenía que hacer lo que se debía y dejar de lado las fantasías. Al llegar al castillo mandaría emisarios a los MacDowell y aceptaría sin más el compromiso. Esto era lo que se esperaba de él y lo que imponía el deber. No se apartaría de sus obligaciones, así su corazón se le desbocara.

Capítulo 6.

Blair se encontraba en uno de sus peores días, azuzado por el furor que sentía ante el desplante que Glenn había hecho a Ian. Sus insultos se sucedían unos a otros e increpó duramente a su hijo, aun cuando sabía que este poco podía hacer o tenía muy poca responsabilidad en lo ocurrido.

¿Cómo se atrevía ese maldito perro a desechar una oferta de su parte, que incluía a su hija, a su adorada hija? Jamás podría aspirar a poseer una flor tan bella como era Kirstie si no fuera porque el Rey Jacobo así lo había dispuesto. La humillación de la negativa lo hostigó por horas y sus lacayos lo sufrieron en sus físicos. No dejaba de dar empujones a su paso, como un vendaval por las escaleras y patios de su morada.

Al cabo del día, sintió que la ira se calmaba. La luz y el razonamiento se comenzaron a abrir paso en su mente y pudo comprender que las consecuencias de la negativa solo podían ser malas para Glenn Campbell y los suyos. Era aquel quien se mostraba hostil y reticente al mandato del principal noble del país. Eso no le traería más que problemas y él mismo, Blair, se aseguraría de usar sus influencias para hacerle pagar sus ínfulas a ese mal nacido. Lo juraba por quien fuera necesario. Porque si bien era cierto que él mismo no había aceptado de buen grado las órdenes del Rey, luego había cedido, comprendiendo su importancia y necesidad.

La peor parte la sufrió su esposa Catriona, a la que gustaba someter. El respeto que le pudo haber tenido en algún fugaz momento del pasado, se había desvanecido mucho tiempo atrás, tan pronto conoció su carácter débil y cobarde. Tomó otras mujeres como amantes desde entonces y disfrutó de otros fuegos. Catriona era una flor pálida y temerosa cuyo cuerpo, aun firme, usaba

de tanto en tanto.

Esta vez no fue la excepción; la acorraló con violencia en su habitación, a la que entró luego de una buena dosis de bebida. Se acercó profiriendo insultos y agravios, que ella fingió no oír, y permaneció tan quieta como un poste cuando él le levantó las telas con torpeza, penetrándola sin más, con sádico placer, sabiendo que sufría y rogaba que terminara pronto. Tiró su cabello y clavó sus dientes en sus hombros, procurando hacerla aullar, buscando lastimarla para saciar su ira. Luego, la empujó de un golpe y ella quedó en un rincón, los ojos sin expresión que delatara el odio que la corroía.

Jamás lo expresaría, no tenía sentido. Solo incentivaría sus castigos y ella no tenía dónde ir o qué hacer. Su propia familia jamás entendería que abandonara a su esposo, con el cual tenían negocios cerrados. A veces, fantaseaba con matarlo, para someterse luego a la penitencia del rezo que purgara sus malos pensamientos.

Vaciar su sexo le permitió a Blair descargarse y volver a su estado normal y elucubrar ideas y complots. Su hija Kirstie era delicada y bella, pero en un sentido muy diferente a su madre. Merecía mucho más de lo que se le ofrecía en este momento y tal vez el desplante de Glenn haría que pudiera comprometerse con alguien de mejor estirpe. Su clan había hecho lo solicitado, se habían mostrado sumisos y en acuerdo con el Rey, recibiendo en cambio afrenta y desprecio. Esto exigía reparación y se aseguraría de pedirla.

Se durmió pensando y planeando y al otro día se aprestó a enviar a la Corte real la comunicación de lo ocurrido. Para su sorpresa y antes de que el enviado partiera, dos hombres del clan Campbell aparecieron al galope y le comunicaron el cambio de actitud del Glenn. Había decidido aceptar.

La sorpresa primero y la burla por la marcha atrás después, hicieron que su día mejorara. El muy soberbio había llegado a la conclusión que su actitud era peligrosa y no había tenido más opción que retroceder, por primera vez tal

vez, haciendo cálculos de lo que su rebelde negativa podría provocar. Gozó pensando que ahora la preocupación era del otro. Despidió a los enviados, diciendo que ya vería de pensarlo y tomar la determinación que fuera necesaria. La respuesta la enviaría no bien lo reflexionara. ¡Que se revolcara en el lodo de la angustia de no saber si él aceptaría ahora!

Lo haría, claro, no tenía otra alternativa. Pero el tiempo le venía bien para preparar el terreno con Kirstie, a la que todavía no había comunicado nada. Era con la única que sentía cierta afinidad y por la cual se preocupaba, su debilidad.

2.

Kirstie MacDowell era una hermosa castaña de ojos color miel y una piel de tal blancura como las nubes de buen tiempo. La caracterizaban una gentileza y una dulzura encomiables, solo pasibles de ser explicadas en la herencia de la familia materna, porque ninguno de esos dones estaba presente en la paterna. También era jinete hábil y podía empuñar una espada tan bien como su hermano, incluso mejor. Eso había sido fomentado por su padre, pues en ese sentido Blair era diferente al resto de los hombres. Él veía su habilidad y no le parecía que su condición de mujer fuera obstáculo para una buena preparación. Había enseñado a Ian y Kirstie a la par, a montar y luchar.

De pequeños, la muchacha vestía como su hermano, para espanto de su madre, que no veía qué conveniencia podía traer esto a una futura dama. Como su opinión no contaba para Blair, nada pudo hacer para impedirlo. Sí se aseguró, al menos los primeros años, de enviarla largas temporadas a su casa en las Tierras Bajas para que tuviera acceso a otros aprendizajes, que habían sido los suyos: la música, el baile, entre otros. Así que Kirstie era el exquisito resultado de una sumatoria de experiencias variadas.

Lo que tenía de dulce también lo tenía de obcecada y eso a veces la volvía intratable. Para suerte de Blair, él era su punto débil; por esto ella

desconocía la rudeza y crueldad de su padre con los demás. En parte porque con ella eso no se hacía visible, porque bien que se cuidaba él de no demostrarle su lado más duro y oscuro. Su carácter se atemperaba en su presencia y nunca maltrataba a Catriona cuando ella estaba enfrente.

El mismo día que recibió la aceptación formal del compromiso por parte de Glenn, decidió que debía comunicárselo y se acercó a la joven, que miraba mientras su hermano procuraba amansar un caballo. La invitó a caminar a su lado y se alejaron hasta uno de los extremos del gran patio, donde se ubicaron en un banco improvisado con unos maderos sobre troncos.

Sin demasiados prolegómenos, pero con astucia, le planteó la situación. Citó al rey Jacobo y lo describió como el déspota que estaba amenazando con quitarle las tierras y el señorío, de no cumplir con sus órdenes. Ella le escuchó con atención y Blair percibió en su rostro la ansiedad por verlo preocupado, por lo cual puso su mejor esfuerzo en la actuación. Contó que el Rey pretendía que los clanes de esta parte de las Tierras Altas dejaran la lucha y se unieran, eliminando toda guerra o enfrentamiento. La única forma sugerida para esto, o mejor dicho ordenada, era el matrimonio. La faz de ella comenzó a demudarse.

Le explicó que el Rey mandataba que ella se uniera en matrimonio con Glenn Campbell y se lo planteó como la única esperanza para mantener las tierras, el castillo y el poder que históricamente habían detentado. Kirstie negó con porfía y dejó saber su desacuerdo, en una actitud que había previsto.

—Mi querida Kirstie—sostuvo su mano—. Créeme que estoy dispuesto a resistir y no tendré el menor inconveniente, si te niegas a aceptar. Trataremos de sostener nuestra postura por la fuerza de las armas o nos iremos más al norte, si somos expulsados de nuestras tierras. Sería un duro golpe y un nuevo comienzo. Te entiendo, hija, y sabes que siempre trataré de protegerte.

El rostro de la mujer se había ensombrecido. El discurso de su padre hizo que comenzara a avizorar la gravedad de la situación y el impacto que este

mandato real tendría en su vida. Su razón le indicaba que no podía anteponer sus egoístas intereses por encima de los de su familia. De ella dependía ahora el buen destino de su clan, mal que le pesara el cómo.

—Padre, soy una hija leal y nunca pondré mi provecho personal por encima del de nuestro clan. Sin embargo, no te negaré que lo que me toca, me provoca un temor grande y un dolor importante. Esos hombres, además, los Campbell. Has estado enfrentado con ellos desde que tengo memoria. Todos dicen que son unos bandidos, unos locos sedientos de poder y venganza.

—No te asustes, niña— la calmó—. No son más rudos que cualquiera de los nuestros. No te dejaré sola, siempre tendrás a uno de los tuyos guardándote las espaldas. Entiendo tus sentimientos y por ello me aseguraré de protegerte, aún en terreno ajeno. Que ya no será enemigo, pues esta unión busca eliminar esa condición de guerra que nos caracterizó por años.

Kirstie asintió y sonrió como pudo a su padre, un exultante Blair, que se despidió, presto a otras tareas y convencido de que todo iba tomando buen cariz. Ella se sentía embargada de rabia y de impotencia, sensaciones que pudo dejar fluir una vez su padre la dejó sola. Su mente comenzó a pensar posibilidades y salidas, vanas ideas, ya que sabía que no existían.

El casamiento, si bien soñado o imaginado como algo que sobrevendría con el tiempo, no estaba en sus planes ni en su horizonte cercano. Blair jamás se lo había mencionado ni había hecho presiones en ese sentido. Y eso que Meg, su fiel sirvienta, muchas veces la había asustado con la posibilidad que la casaran con un lord viejo y poderoso. Su pobre madre mal podía organizar algo, apenas podía si sostenerse. Y ahora, de pronto, estaba comprometida con un hombre que no conocía, salvo por referencias, y estas eran malas.

Su padre había sido muy claro al describirle una situación desesperada. Leía en él en la voluntad de ayudarla y sabía que hacía esto obligado. Era un laird y tenía responsabilidades, y así también las tenía ella como su única

descendiente mujer. No podía dejarlo solo, no había otras posibilidades y fue entenderlo, con dolor, lo que la había hecho aceptar sin más quejas.

Blair avanzó por el patio y miró hacia atrás, para verla sumida en sus pensamientos. Su cara de tristeza la delataba. Él suspiró internamente pensando que había sido más sencillo de lo pensado. Su Kirstie era una buena hija y no merecía lo que estaba a punto de acontecer, pero todos entendían que era el único camino. Sin embargo, así como creía eso, también un plan había comenzado a tomar forma en su mente y tal vez, si tenía éxito, ella solo debería soportar la situación por un tiempo.

Su contrapropuesta sería un matrimonio de prueba, un *Lughnasadh*. Se acercaba agosto, momento en que este tipo de tradiciones tenía lugar y era lo ideal. Algo así no lo obligaría a comprometer recursos en demasía en una dote que beneficiara a sus enemigos y a la vez, acataba las órdenes, como un buen súbdito. La disposición de Jacobo había sido aceptada de inmediato por los suyos, y al cumplirla y pactar el matrimonio con los Campbell, a prueba o no, él se mostraba fiel.

Ahora, pensaba: «¿Qué pasaría si una vez que Kirstie viviera en el castillo de los Campbell, se comprobaba que había destrato hacia ella, que no se la cuidaba y, por el contrario, se la violentaba? ¿Y si ella descubría y acusaba a Glenn de tramar contra el Rey Jacobo?». Esa era una situación que se podía fomentar o crear, si no sucedía en la realidad. El plazo de un año y un día que imponía el matrimonio a prueba sería suficiente para ir diseñando la táctica más a fondo.

Poner a su hija como carnada para destruir al clan rival podía ser un plan más exitoso que el que habían estado llevando a cabo estos años y que implicaba molestar, robar e incordiarlos en sus tierras. Estrategia que además no funcionaba dada la rebeldía y bravura de los Campbell. Sin planificarlo y como una ayuda del destino, tal vez la orden real no hacía más que crear el

escenario para una buena treta, un buen plan que podría funcionar. Su hija sufriría, pero al cabo de un tiempo sería libre. Y los Campbell desaparecerían de las Tierras Altas. Los perseguiría hasta donde fuera necesario para destruirlos.

Capítulo 7.

Glenn se encontraba sumamente inquieto. El enviado de Blair acababa de llegar y con altivez había anunciado la conformidad de su laird para hablar del acuerdo matrimonial. Las cosas se daban vuelta y ahora parecía que eran ellos, los Campbell, los que mendigaban por un matrimonio con la representante de sus enemigos. Meneó la cabeza con pesar; la decisión estaba tomada y no había vuelta atrás.

Había sopesado con cuidado la necesidad de ese vínculo y el factible impacto negativo de no producirse el mismo, de no acatar las órdenes. Las distintas fuentes a las que había consultado, que no eran otros que lairds vecinos, le habían mencionado la férrea disposición del Rey Jacobo a finiquitar todos los desacuerdos entre los clanes y eran bastantes las pruebas de que no bromeaba.

Su inquietud, sin embargo, no solo tenía que ver con esto, sino también con una imagen que no se despegaba de su cabeza, la de la chica del bosque. Apareció varias veces en sus noches de desvelo: su rostro blanco, sus ojos claros, su perfil perfecto y su misterio. La bella visión comenzó incluso a colarse en las caricias que propiciaba a sus mujeres, amantes de ocasión, dispuestas y tibias, que ahora no alcanzaban a apagar el ardor que lo consumía.

Los preparativos para recibir a la prometida comenzaron tan pronto se supo que los MacDowell habían aceptado la consideración del compromiso. Ailsa, la matriarca Campbell, se encargó de ellos, encantada por la posibilidad de verse ocupada y de que se cumplieran sus sueños de ver a su hijo mayor asentado e iniciando una familia, aunque esta fuera con la hija del matador de su esposo. Procuró acicalar el castillo de la mejor forma posible y

Glenn dejó todo en sus manos: No le importaba nada la opinión que pudieran tener Blair o sus familiares sobre su morada. Nada tenía que demostrarle ni le debía.

Aceptaba ese vínculo matrimonial como una obligación y si bien no tenía ninguna intención de hacer pasar un mal rato o una mala vida a su futura esposa, estaba seguro de que le costaría demasiado ponerle un dedo encima. No podía sino imaginar que la misma debía ser como el resto de su familia. Eso hacía que no sintiera ninguna expectativa al respecto; estaba comprobado que nada bueno salía de ésta.

¡Qué difícil el camino de la política, las tramas de la ambición y el poder que obligaban a los hombres a someter no sólo su cerebro sino también su corazón! Eso le roía el alma y no le dejaba paz. Pensativo y cabizbajo, destrozando con saña una madera a la que pretendía dar alguna forma, lo encontró esa mañana su hermano Lyle.

—Si ese pedazo de tronco fuera una persona, estaría muerto hace un buen rato, hermano— señaló con tono que pretendió ser de jocosidad.

Quería distender, hacer más liviano el ambiente, pues no ignoraba que los demonios consumían a su hermano por dentro. Solo recibió silencio por respuesta y eso no lo amilanó. Estaba acostumbrado a la rudeza y el malhumor de Glenn, y sabía que no era otra cosa que síntoma de preocupación. No le era ajena la profunda rabia que aquel sentía por encontrarse de manos atadas. Era factible que podría manejar cualquier otra situación, mas esta escapaba totalmente de control. Él mismo, quien en un principio había pensado que su hermano cedía con asombrosa facilidad, entendía ahora que no había más alternativas.

—Me pregunto cómo será esa mujer, ¿no lo haces tú?

Glenn lo miró con el semblante atormentado, y se apiadó.

—Lo haces, por supuesto, eres el principal involucrado. Tal vez no es tan

mala y fea como pensamos.

—¿En realidad crees que ese es el problema, Lyle? —señaló en tono bajo.

—Ya sé que no, aunque convengamos que si fuera una pelirroja nariguda y con bigote sería más difícil de soportar—no podía controlar sus palabras, que provocaron unos instantes de risas cómplices, para luego dar otra vez paso a la cara larga y la mirada ausente de su hermano, como si una niebla volviera a extenderse en sus ojos.

Pensaba en algo más.

—Es otra cosa la que te preocupa, Glenn— afirmó certero.

El pequeño tenía buena intuición y en ocasiones como esa, acertaba.

—Hay una mujer...

—¿Otra?

—Sí... Una increíble, en el bosque. Me ha hechizado—soltó sin más.

Lyle se asombró; le resultaba muy difícil escuchar esas palabras en la boca de un ser tan racional y equilibrado como solía ser Glenn, un hombre práctico y seguro de las cosas de las que hablaba. No parecían frases suyas.

—¿Has estado soñando o bebiendo?

—Ojalá, ojalá fuera eso. No estoy seguro, a estas alturas, si es sueño o realidad, aunque la he visto más de una vez.

—¿Es una campesina? ¿Dónde la viste?

—En el bosque, te lo he dicho, y no es ninguna campesina. No la había visto antes, pero sin duda es la criatura más encantadora que he conocido.

Lo miró con estupor. Parecía extasiado, como si un sortilegio se hubiera apoderado de sus ojos, que miraban a lo lejos como rememorando un sueño, como si la tuviera frente a sí.

—¡Si a alguien jamás pensé escuchar hablar de espíritus y esas bobadas,

era a ti!

—No me malinterpretes—sacudió la cabeza—. Es real, lo sé, pero es tan bella que no lo parece.

El menor se rascó la cabeza sin saber qué pensar. No se negaba de plano a lo sobrenatural ni le parecía improbable la existencia de las hadas. Algo de realidad podría haber en ellas, en las ninfas o en los demonios. Lo que le impresionaba es que fuera su hermano mayor el que hablara de algo así, parecía fuera de su esencia tan compuesta.

—¡Tú estás tan negado con este compromiso que te estás inventando una mujer! —lo miró de hito en hito, buscando saber qué pasaba en verdad.

Glenn lo observó con indignación y furia. No era tonto, esa mujer era de carne y hueso, era real, aunque pareciera fruto de su pensamiento.

—¡La vi en el bosque, te repito, y luego junto al río! Si Belcebú pudiera hablar, te diría que cuento la verdad.

—Ahí sí que estamos mal, si quieres hacer hablar a un caballo—lo miró con el ceño fruncido

—¡No me importa si no me crees! Me basta saber que la vi—sentenció, dándole ahora la espalda—. He dado bastantes muestras de cordura estos años para que me vengas con eso—continuó con una altivez tal que hizo sonrojar a su hermano.

—No me malinterpretes, Glenn. Es que tu relato parece extraño, sólo eso.

—¿Crees que estoy perdiendo facultades?

Descargaba en su hermano menor la furia que lo atormentaba por todo lo que se salía de sus manos y no podía controlar.

—No quise decir nada de eso—se defendió este con timidez.

—¡Te reto a ir al bosque, allí te mostraré que no miento!

Hizo esto como si fuera necesario, tal vez impulsado por el deseo de que

la sola invocación trajera la presencia de la mujer otra vez. Fue hacia las caballerizas, seguido de cerca por su hermano Lyle, a quien miró con desafío mientras montaba y le dijo:

—Si no te atreves, no lo hagas—para luego dirigirse a galope tendido al bosque.

Lyle dudó al principio, pero luego montó y lo siguió, preocupado por el estado en que lo veía y entendiendo la necesidad de mostrarle aquello en lo que creía. Sin duda la situación por la que atravesaba le pasaba factura a Glenn, que cabalgaba como endemoniado delante para luego ingresar al bosque. Zigzagueando entre los árboles, buscó con denuedo unos minutos hasta que, cansado, desembocó en el vacío claro, repleto de flores y aromas, pero sin presencia humana. Esto le llenó de frustración y provocó la lástima de Lyle.

—Vamos, ven, demos de beber a nuestros caballos y olvida toda esta tontería.

Asintió, con una obediencia y mutismo que no eran para nada habituales. Llevaron los caballos de tiro al río y cuando desembocaron, la vieron. Parecía una aparición, era realmente tan bella como Glenn había descrito. Lo observó ahora a él y lo vio embelesado, dejando al caballo a su libre albedrío y avanzando hacia ella. Distinguía el fino perfil de la joven y su cabellera dorada, y cuando miró hacia él, sus ojos enormes y claros lo interpelaron. Era una mujer de una belleza suprema, entendió a la perfección el encanto en su hermano.

Isobel lo miró acercarse y no se asustó. Estaba ahí precisamente con la esperanza de verlo una vez más y su corazón saltó de alegría. Sabía que desafiaba los consejos de Davina, que la veía distinta y distraída y sospechaba que algo había cambiado, pero era como si una fuerza superior la forzara a ir a su encuentro.

Lyle los observó desde su lugar a unos metros, dudando si avanzar o no. Los miró sonreírse y hablar y le asombró visualizar a un Glenn diferente, abierto y feliz, como bajo un encantamiento. Fueron pocas las palabras que cruzaron, y era evidente que hablaban de tonteras, pero sus ojos no se despegaban y decían mucho. Ella se despidió apenas unos minutos después, no sin antes prometer a su ansioso hermano que estaría aquí mañana. La alegría y la esperanza en sus ojos fueron notables.

Lyle sintió un intenso desaliento, porque entendió de inmediato que Glenn estaba enamorado. No podía ser otra cosa, su rostro y gestos lo denunciaban. Que eso ocurriera precisamente en el momento en que había prometido casamiento a otra persona y que esto fuera irrenunciable, no hacía sino la situación más compleja.

—Glenn...—lo llamó, ya que aquel continuó un buen rato mirando el lugar por donde ella había desaparecido—. Debemos irnos. Madre estará preocupada. Sabes que hay cosas por arreglar.

—Te dije que era real—sentenció.

—Te creo ahora. Hermano...—No sabía cómo traerlo de vuelta y le costaba, pero era necesario—. Te debes a otra mujer.

Glenn bajó la mirada y se volvió para tomar las riendas y montar a su corcel, asintiendo.

—Lo sé. Créeme que lo sé bien. ¿No te parece una injusticia del destino que me atrape por primera vez la telaraña del amor, justo cuando no puedo disfrutarlo?

Espoleó su caballo y tomó camino de vuelta como si lo persiguieran mil bárbaros y no pudo ver el pesar que su hermano vestía como expresión. Había escuchado el dolor en su voz.

Capítulo 8.

Kirstie tragó saliva mientras recorría con celeridad el pasillo que la conducía a su habitación. Las sombras de la noche habían sumido al castillo en penumbras y ella sostenía un candelabro pequeño que le anunciaba por dónde pisar para evitar caer. La gran estructura que era esa mole de piedra, su morada, no tenía buen mantenimiento y la humedad hacía de las suyas, corroyendo tapices y cortinados, otrora brillantes y altivos. Su padre prefería invertir el dinero de los arrendatarios, a los cuales exprimía sin piedad, en la guerra y los caballos antes que en cualquier otra cosa y no había quien lo convenciera de lo contrario.

Como resultado, no solo el castillo se deterioraba sino también la posibilidad de Kirstie de socializar. Los momentos de fiesta de la muchacha era escasos, los banquetes y huéspedes inexistentes, y esto la sometía a un ostracismo social que la apenaba. «Y ahora, esto», sollozó conmovida. Era una mujer sana y en apariencia fuerte, que escondía una sensibilidad notable, condenada a vivir entre hombres rústicos y alejada de sus gustos: la danza, la lectura, el arte. Había tenido acceso a esos placeres en el período en que vivió con sus familiares al sur y había sido suficiente para impregnarlos en su corazón.

La familia de su madre provenía de las Tierras Bajas y era de añeja estirpe e importante posición social, y si bien cuando niña los había visitado a menudo, poco a poco sus abuelos y sus tíos habían ido quedando atrás. Al agriarse el carácter de Blair y prácticamente desaparecer el de su madre, desvanecido como si la hubiesen vaciado de toda pasión, los vínculos sociales con la rama materna habían desaparecido. Permanecían los económicos. Su progenitora era una sombra de la bella mujer retratada sobre la chimenea del

gran salón y su hija no podía sino tener lástima de la señora envejecida en forma prematura, asustadiza y casi transparente que era su madre.

Lamentaba tanto no poder contar con ella, no poder confiarle sus miedos o hablarle de su soledad, no poder pedirle consejo, reír o llorar juntas. Ahora mismo, ¡cuánto la necesitaba! Había ido hasta ella en vano intento de encontrar lo que sabía no tenía: apoyo, una voz discordante que le diera esperanza. La había mirado y bajado la vista, murmurando que «si era lo que Blair disponía, así debía ser»

Ian había desaparecido de su vista desde el día anterior. Su hermano era casi como su otra mitad y de seguro ya lo sabía todo. Debía estar tan disgustado como ella, lo conocía bien. Ella tenía claro desde siempre que, como única mujer de la familia, su destino era casarse joven y con alguien designado, pero pensó que tendría algún margen de elección sobre su futuro esposo. No imaginó, empero, que la novedad llegara tan deprisa y como una orden, sin posibilidad de conocer a su pretendiente de antemano.

Y este... Su fama de bruto y salvaje le precedía; los dolores y heridas de muchos de los de su clan tenían el sello de Glenn Campbell. ¿Entregaban así sin más, a una legítima miembro del Clan MacDowell, al principal enemigo de la familia?

—¡Kirstie!

La voz de Ian detrás suyo sonó fuerte y su eco rebotó por las altas paredes, deteniendo sus angustiosos pensamientos. Al volverse, el hermano vio que su rostro estaba anegado por las lágrimas, que orgullosamente enjugó con rabia, para luego mirarlo con rencor.

Era tan bella. Su cabello caía en espesos bucles, cubriendo su espalda y hombros y llegando hasta la cintura. La piel nívea asomaba por el escote en forma de corazón de su vestido azul brillante, que desde el corsé ceñía senos y cintura, para luego abrirse en una falda ancha y larga en fina tela de raso

labrado. Los ojos castaños y enérgicos de largas pestañas que abanicaban al cerrarse, sus manos largas y finas. Toda ella era perfecta y era el objeto de su adoración. Le dolía en lo más profundo verla sufrir y pensar que nada podía hacer para evitarle el disgusto.

—Kirstie...—volvió a decirle, ahora que tenía su atención.

—Lo sabes, ¿verdad? No me advertiste— le reprochó

Bajó su cabeza. Había estado tentado de hacerlo antes que su padre, pero este se lo había prohibido expresamente.

—Yo... Sí, quise, pero no podía. Además, fue algo que se dio hace apenas unos días.

Ella suspiró y ladeó su rostro mirando hacia el pasillo adelante, tan oscuro como sus pensamientos.

—¡Me entrega a su enemigo sin más! ¿Qué será de mí?

La nota de desesperación contenida en el tono bajo lo conmovió y lo único que pudo hacer fue posar su mano en el hombro. No era un hombre demostrativo, pero con ese gesto expresaba su pesar. Ella apretó su mano con la suya y levantó la cabeza para mirarlo.

—Estoy siendo egoísta, lo sé. Padre no tiene otra salida y ese Rey lo obliga.

«¿No la tenía? Ojalá fuera así», pensó él. Ella siempre procuraba ver lo mejor de él.

—Te acompañaré tanto como pueda—prometió.

—Ian, ¿son tan terribles como dicen esos Campbell?

Noto su miedo y se apiadó aún más. Era probable que, en la cabeza de su hermana, tan inocente y casta, las peores pesadillas tuvieran cabida hoy. No conocía de hombres y su lujuria. ¡Maldita sea! Ese Glenn tenía fama de huraño y altivo y no se le conocía mujer oficial, aunque de seguro su cama estaría

siempre caliente. Era el laird, el líder, y muchas mujeres debían suspirar por él y gozar de sus favores sexuales.

Imaginar que tomaría a su hermana le hizo cerrar sus puños hasta que los nudillos estuvieron blancos. ¿Y si cobraba revancha de sus años de conflictos en la piel de su hermana? Sólo pensarlo lo soliviantó, pero no podía expresarlo, so pena de ahondar los temores de Kirstie. Así que hizo lo poco que podía, consolarla.

—Eres una mujer tan hermosa y buena que derretirías la nieve y el hielo más duro. ¿Cómo no hacerlo con el corazón de un hombre? Y si ello no bastara, tienes tu brazo, que maneja la espada como el mejor soldado, amén de que cabalgas como el mejor guerrero. Si en algún momento sientes que él te expone al peligro, lo matas y huyes. Te ayudaré a escapar si alguna vez es necesario—cerró el discurso con pasión.

Ahora fue ella la que lo miró con atención y levantó su mano una vez más para acariciar con ternura la mejilla de su hermano.

—Jamás obligaría a mi padre a enfrentar el infortunio por una mala decisión o por debilidad de mi parte.

El asintió, sabiendo que así sería, ella acataría sin dudar, mal que le pesara.

—Ve, descansa. Habrá mucho en qué pensar y preparar estos días venideros.

Con el corazón un tanto más reconfortado se dirigió a su habitación, su refugio. En contraste con el frío de afuera, el calor de los leños mantenía el sitio tibio. Se acercó al lecho y con pericia comenzó a aflojar el cordón de cuero de su corsé para quitar su vestido. Vertió agua tibia con el aguamanil y lavó su rostro, su cuello y sus manos, para luego buscar rápidamente una larga camisa, meterse entre las telas de la cama y sentir el abrigo de las pieles.

Tantas veces había soñado el instante de su boda y de su entrega a su esposo y ahora se le negaba la posibilidad de incidir, siquiera para decidir quién o cómo. Maldijo el mundo de los hombres y de la guerra, que ponía a las mujeres como objetos y trofeos. El sueño la encontró luego de muchos sollozos, agotada de pensar y orar. No era una devota extrema, mas tal vez sus ruegos encontrarán respuesta si se esforzaba.

Capítulo 9.

Como si el tiempo de pronto tuviera alas, el momento de celebrar el matrimonio se acercaba. Varias semanas de preparativos habían tenido al clan Campbell ocupado, procurando vestir de fiesta lo que todos sabían que era una imposición. Ailsa no ignoraba los sentimientos de su hijo Glenn al respecto y sus propios reparos por unirse con los MacDowell habían sido dejados de lado en pos de la paz de los clanes. Se había vertido tanta sangre en nombre del honor y de las tierras que, si un acto de buena voluntad y positivo como un matrimonio los podía finiquitar, estaba dispuesta a aceptarlo y dejar ir los rencores.

Había tratado de hacer entender a sus tres hijos que la voluntad de un hombre no era nada frente a la de un Rey y menos aún ante los designios de alguien o algo más sabio, que disponía del destino de los hombres. Se había topado con el silencio tormentoso de Glenn y sabía que no aceptaba sus ideas, pero asumiría su rol. Su hijo Ewan era menos controlado. Había confrontado su discurso con celeridad.

—¿Qué designio de un Dios piadoso puede condenarlo a tomar por mujer a la hija del matador de nuestro padre? Al hacerlo, es como ignorar su lucha, revolcarnos en su legado— le dijo.

—Ewan, deja eso. Nadie tan orgullosa como lo estoy yo de verlos valientes en la pelea, pero también en la adversidad.

—¿Es que no entiendes el sacrificio de Glenn?

—Por el contrario, hijo, lo entiendo mejor que nadie y lo valoro en su justa medida. Él hace lo que debe. ¿Crees que me gusta? No, pero lo acepto y lo comprendo. No discutamos más.

A pesar de que la situación no tenía vuelta ni cambio, Glenn continuó yendo al encuentro de Isobel, como si mirarla fuera remedio suficiente para cambiar su malhumor. Los encuentros entre ambos, los cuatro que hubo antes de la fiesta de boda, ya no eran fortuitos, ahora había búsqueda de la mutua compañía. Cuatro mágicos momentos que le permitieron conocer más sobre ella y atisbar un poquito de su historia.

Supo de su bella boca y voz que en verdad no vivía donde le había dicho al comienzo, lo que él ya había comprobado pero que le dejó pasar, sino que su lugar era entre los riscos colindantes a sus tierras. Le contó que vivía con su abuela, de nombre Davina, y que habían venido a la zona cuando apenas era una bebé. Supuso que las razones no eran buenas, aunque ella se sumió en el silencio cuando le inquirió sobre su llegada. Supo también que la abuela era una sanadora, una herborista y que se encargaba con amor y cuidado de Isobel, pero ignoraba que se encontraba con él.

—Detesto no contarle la verdad. Siento que la engaño al no mencionarte. Sé que jamás me permitiría verte de nuevo, de saberlo.

—¿Es una mujer de temer esa abuela tuya? ¿No te da libertad y te oprime? —dijo con vehemencia.

—Estoy segura que no ha de haber en los alrededores una mujer más dulce y preocupada que ella. Es un alma del bien, mas teme por mí y me protege de los peligros de la vida.

—¿Del amor? —le susurró él, tomando las manos que se escurrieron tímidas luego del primer contacto.

—Ella me ha dicho siempre que los hombres son malos en general y sólo buscan su placer.

Ella lo observaba, buscando intuir si él encajaba en esa descripción. Glenn pensó que tal vez la anciana no se equivocaba tanto, aunque exagerara el celo hacia su protegida.

—¿No tienes amigos, un prometido en matrimonio?

Lo miró y negó. La tristeza se traslucía en su mirada.

—El costo de mi seguridad ha sido la soledad. Eres el primer hombre con el que hablo y en cuya presencia me dejo ver.

El asombro que sintió no estuvo exento de placer al pensar que sus ojos eran los únicos que disfrutaban de su belleza e inocencia. También sintió el dolor de saber que la había descubierto tarde, cuando su vida ya tenía cerrojo. Tal vez... «¿Qué? Nada puedes hacer. ¿Por qué insistes en ahondar la herida, hundiéndote cada vez más en ese lago claro que son sus ojos?». Y como si su yo más íntimo lo desafiara, le contestó a su cerebro: «Porque no puedo evitarlo».

La dulzura de su rostro no eclipsaba el hechizo sensual que movilizaba sus entrañas. La deseaba como nunca antes a una mujer. Deseaba esos labios turgentes y rosa que se curvaban de placer al verlo. Deseaba tomar su talle y acercarla a su boca para devorarla sin tiempo, acariciando sus curvas hasta perder el sentido. Ya no pasaba día ni noche que no la pensara o soñara, hasta que no pudo más y debió reconocer ante sí mismo que estaba perdido totalmente por ella.

El convencimiento de esto aumentó su desazón y rompió sus nervios. Intentó evitar buscarla, pero fueron días de agonía y pesar. Confesarse atado, en el momento más inapropiado, a una mujer que era como una sombra, agrió la forma en que se conectaba con todos. Sus hermanos lo esquivaban cuando podían, ya que parecía que cada palabra empeoraba su humor y hasta su madre recibió gruñidos cuando le recordó que faltaba una semana para la boda y Blair MacDowell requería parlamentar sobre las condiciones de la misma.

—¡Encárgate tú, o Ewan!

—Sabes que Blair no me prestaría la más mínima atención y no perdería oportunidad de humillarme. Es factible que viera mi intromisión como un

desplante tuyo.

La frase, dicha por Ailsa con pesar, le hizo calmar y asintió. No dudaba que el maldito era un bruto y solo respondía ante quien consideraba de igual fuerza o poder.

—¿Qué es lo que quiere? Ya todo está decidido.

—Ha planteado que quiere dejar bien establecidos algunos puntos.

Resopló furibundo y desconcertado. No entendía hacia dónde iba o qué quería, pero poco le importaba.

—Acepté, ¿verdad? ¿Qué otra condición podría querer establecer?

—Bien, supongo que como el Rey también lo está obligando a él, debe aspirar a ciertas garantías sobre su hija. He escuchado que la cuida y quiere mucho. Tal vez pretende evitarle cualquier sinsabor.

No imaginaba a Blair preocupado por alguien más que él mismo.

—Evítame el desagradable momento de verlo, ya bastante tendré que hacerlo más adelante. Envía a Ewan a parlamentar. Él lo hará bien, mejor que yo.

Este estaba presente y aunque se mantuvo en silencio, elevó una de sus cejas para luego asentir. En lo que pudiera aliviar a Glenn lo haría, sabía de su tormento. Este lo miró y le dijo con severidad.

—¡Que le quede claro que nuestros dos clanes se unen para garantizar la paz, pero nada de creer que eso habilita sus accesos a nuestras tierras o ganados!

Así fue que, a los dos días, Ewan arribó al galope al castillo MacDowell, flanqueado por dos guardias que le daban mayor tranquilidad. Nunca se sabía con Blair. El lugar era grande; observó todo con curiosidad mientras lo guiaban al encuentro del laird. Había visto la construcción por fuera y era imponente, pero su interior era bastante insulso. Cuando el líder se

acercó para hablar en persona, lo sorprendió. Era un hombre gigante, desprolijo y con modales asquerosos. Era la primera vez que lo veía tan de cerca. Contuvo su fastidio; él no se espantaba fácil, pero todo lo que veía en Blair era ejemplo de lo que más le desagradaba.

—¿Y por qué estás tú aquí, en lugar de mi futuro yerno? ¿Se rehúsa a mostrarse por acá? ¿No somos suficiente para él?

—Está muy ocupado, asuntos urgentes lo han requerido desde las tierras del Norte—se disculpó Ewan con seriedad.

—¿Qué puede ser más importante que su venidera boda?

—Él está consciente de la relevancia, por eso estoy hoy aquí.

—Un lacayo, no es lo mismo—dijo con grosera imprecación, escupiendo a un costado.

Ewan sintió que los colores subían hasta su rostro y reprimió el deseo de pegar puñetazos a ese hombre tan insolente.

—Soy su hermano. Y le aseguro que lo represento bien.

Las chispas de sus ojos y el carácter en su tono de voz divirtieron a Blair. Este estaba dispuesto a comenzar a mover las piezas de lo que consideraba su jugada maestra y quería que quedara bien establecida su postura. Ante él estaban ese muchacho Campbell, los principales de su escolta, Ian y el sacerdote de la comarca, amén de un noble de la Corte enviado por Jacobo, con los beneplácitos y obsequios que demostraban que el monarca estaba conforme con la ceremonia que uniría a la nueva pareja y los clanes. Este hombre debía ver su buena actitud y su obediencia, subrayando cada mal paso de Glenn, real o forzado. Atemperó su mal genio y se aclaró la voz:

—Muy bien, quiero que quede bien claro nuestra buena disposición para el matrimonio. Hemos aceptado que la ceremonia se realice en su castillo. Espero que la celebración esté a la altura de nuestra posición.

Ewan no pudo evitar su mirada sarcástica al mirar a su alrededor. Le faltaba bastante a este lugar para ser considerado de alcurnia. Volvió a escuchar porque Blair subió el tono.

—Mi hija Kirstie es mi más preciada posesión, por lo cual deseo asegurarme de que Glenn entiende que su seguridad, tranquilidad y felicidad son mi más cara meta, y que él deberá atenderla y cuidarla sin obligarla a nada que no quiera ni despreciarla. Quiero que esté muy enterado de que el malestar de mi hija será mi declaración de guerra.

El muchacho asintió y aseguró que todo estaba bien y así sería comunicado.

—Los Campbell tratamos bien a las mujeres—agregó, sin poder evitar cierto desafío.

Era bien sabido que Blair era un déspota con las suyas, mas Ewan de inmediato pensó que era inútil discutir y se reprochó el agregado en silencio, entendiendo que no colaboraba.

—¿Padre? —se escuchó entonces una fina voz que frenó toda otra conversación e hizo girar Ewan con presteza, para averiguar quién hablaba.

Fue la primera vez que vio de cerca a la prometida de Glenn y le robó el aliento. Lamentó cualquier broma que pudiera haber hecho alguna vez sobre la fealdad de Kirstie MacDowell, pues enfrente tenía una mujer tan bella que lo sobrecogió. Su rostro reflejaba temor y duda y el peso de su mirada interrogante lo evaluó.

—¿Es este mi prometido? —susurró, acercándose.

Debió reconocerle bríos además de belleza, ya que osaba cortar la reunión e interrumpir a su padre. Él se paró firme y la miró de vuelta, con una serenidad que no sentía. Su futura cuñada era una mujer cautivante.

—No lo soy—contestó—. Vengo en representación de mi hermano.

—¿Tan escaso es el interés de su hermano en mí, que ni siquiera acude cuando se le pide? —lo apremió cortante, a la vez que pensaba que ese desconocido era el hombre más guapo que hubiera visto jamás.

—Puedo asegurarle que mi hermano toma el compromiso con total seriedad.

La voz grave complementaba una figura arrebatadora. Kirstie rogó entonces que Glenn se pareciera a su hermano, al menos en parte. Podría convivir con alguien así. Había hostigado a su padre para lograr conocer antes de la boda a su futuro esposo, a la par que arreglaba su ajuar y se encargaba de que se alistara todo lo que necesitaría en su nueva vida. Blair no era generoso y debió conformarse con lo que disponía, procurando realzar sus capas y vestidos con apliques de pieles y bordados, actividades que ella misma sabía realizar con talento. Sería una novia pobre al lado de las bodas más importantes que solían haber por la región, pero qué más daba.

—Le aseguro que todos los Campbell nos complacemos de recibirla en nuestro castillo y a partir de la boda será tan venerada y respetada como la que más.

Las palabras de Ewan sonaban tan sinceras y sentidas que ella lo volvió a observar, olvidados ahora los reclamos. Era un joven cortés y galante, además de muy atractivo. La honestidad que le pareció leer en sus ojos le inspiraron confianza y le provocaron una sensación de calma de la que había carecido en semanas. Y también expectativa, porque su nueva vida se avecinaba, una con la que hasta hace pocos días antes jamás hubiera soñado.

Capítulo 10.

El momento para el que se habían estado preparando había llegado, mal que les pesara tanto a Glenn como a Kirstie. Formados en el gran patio, él y sus hermanos aguardaban serios y vestidos con sus mejores galas la llegada de la prometida, a la que conocerían por primera vez. Ewan les había hecho una descripción exhaustiva no exenta de matices que pasaron desapercibidos para sus hermanos.

El semblante del mayor parecía una máscara de piedra, tan inexpresivo que nadie podría entrever la marea de pensamientos que sacudía su mente. Se acercaba el instante en el que tomaría en matrimonio a una mujer que no conocía y a la que sabía que no podía amar. Era imposible, lo tenía claro: el rostro de Isobel asomaba por todos los rincones, para recordarle que nadie podría captar su corazón como ella lo había hecho.

Se movió con cierto nerviosismo, acomodando de manera mecánica el broche que sostenía su capa. Sus hermanos cruzaron miradas, a la expectativa, pues ya se veía asomar por el camino a la guardia que anunciaba la llegada de Blair y el resto de los suyos. Ewan le dio un golpe en la espalda, incitándolo a adelantarse para recibir la comitiva en la puerta del castillo, abierta de par en par por primera vez en décadas para recibir al clan enemigo.

Una nutrida guardia flanqueaba el ingreso de los MacDowell; no eran pocos los que se asombraban de tener que recibir y soportar formalmente a aquellos con los que habían luchado por años. Se cuidaban muy bien de expresar algunas de esas ideas; todos respetaban a Glenn y sabían que, si esto estaba aconteciendo, debía tener que ver con una decisión largamente pensada. Se les había comunicado que no debían permitir ningún desmadre a los

visitantes. De hecho, sólo la familia principal y un número pequeño de soldados y lacayos atravesarían la puerta del castillo. Los demás deberían acampar en las afueras. Iba a ser una ceremonia de poco lustre, sencilla y suficiente a juicio de Glenn, para dejar laudado el tema del matrimonio. No era más que eso para él, una orden a cumplir para evitar un mal mayor.

Se detuvo en el gran arco de medio punto que señalaba el ingreso a su morada y vio acercarse al corcel que llevaba sobre sí la enorme figura de Blair MacDowell, al que miró a los ojos y quien sostuvo su mirada todo el trayecto. Una sonrisa que se le antojó detestable cruzaba toda la cara de su enemigo, que ya delante suyo, desmontó con parsimonia, actitud que en principio adjudicó a soberbia. Luego vio que la dificultad de su caminar era atribuible a una condición física. Recordó haberlo herido y deseó que el dolor fuera insufrible.

—Glenn, nos vemos frente a frente, luego de tanta lucha. ¡Pero qué distintos motivos nos encuentran! Jamás pensaste estar en esta situación, ¿verdad? —le dijo, sin atemperar un ápice su vozarrón.

Lo miró sin intención de fingir simpatía o gusto. Que lo obligaran a esto no implicaba que iba a demostrar confianza a un hombre al que detestaba, a un rival al que creía sin honor. Contestó con una seca inclinación de cabeza y dirigió su vista hacia el resto de la comitiva. Por curiosidad, observó con mayor detenimiento a la mujer que en pocas horas sería su esposa. Ewan tenía razón acerca de su belleza. No se parecía en nada a su padre, sí a su hermano, que la escoltaba.

Su mirada chocó con la de Kirstie y esta se la sostuvo con energía y valentía. Había algo de desafío en la misma. Se preguntó qué pensaría de él. Eran dos personas que se encontraban por primera vez y sin embargo el capricho de un Rey los obligaba a darse la mano y a intimar de las formas más completas entre dos seres.

—Bienvenidos—exclamó entonces.

El silencio estaba fuera de lugar y habló a los recién llegados de manera mecánica, como si los acontecimientos ocurrieran sin necesidad de que su mente y su corazón se involucraran.

—La morada de los Campbell será la tuya desde ahora— se dirigió a la mujer, que pareció achicarse en su capa y bajó la vista.

Los invitó a pasar, dándoles la espalda e ingresando. Blair avanzó dejando atrás su caballo, mirando alrededor, regocijándose con el ingreso a un reducto largamente esperado. No lo hacía de la manera que siempre había pensado, triunfante y dueño, pero se decía que esto no era más que el comienzo. Ian y Kirstie lo siguieron.

Ella se sentía desorientada y nerviosa, pensando que no tenía a nadie en quien apoyarse en realidad. Su hermano estaba ansioso y ocupado porque las cosas salieran bien y su madre no había venido. Había alegado unos dolores que la postraban en la cama y de nada valieron sus súplicas. Eso había terminado de lacrar su corazón para su progenitora, interpretó su actitud como un abandono en toda regla.

Caminaba cabizbaja, siguiendo al resto. Al elevar sus ojos alcanzó a ver a una mujer muy elegante de cabellos plata que la observaba y desplegó una sonrisa, para luego tomarla por los hombros y darle un beso de bienvenida, presentándose como su futura suegra. Sintió alivio.

El rostro surcado de arrugas de Ailsa no perdía detalle de los recién llegados y todas sus acciones demostraron amabilidad. Sólo una sombra cruzó sus ojos y le hizo adoptar un rictus de desdén en sus labios al mirar a Blair. Kirstie lo notó y no la culpó. Sabía que había sido su padre quién había matado a Gordon Campbell. Se preguntó cuánto dolor sentiría esa mujer al tener que recibir en su casa al matador de su esposo. Luego se obligó a dejar esos pensamientos y concentrarse. Tenía que estar lúcida y atenta, se exigía de

ella un papel y debía cumplirlo, tal como hacía Ailsa.

El castillo lucía mucho mejor conservado que el suyo. Por la explanada que habían ingresado al traspasar la puerta, se veían deambular guardias, carros, caballos, comerciantes y otros artesanos. Al ingresar a la gigantesca construcción, una escalera de piedra los condujo hacia el salón central. Este ya estaba acondicionado de manera maravillosa.

Ewan caminaba detrás y cuando accedieron al salón, no pudo evitar cruzar una mirada con Kirstie. Esta pareció capturar sus pensamientos y lo dejó inmóvil, impactado otra vez. Eso lo hizo alejarse, avergonzado de los pensamientos que escapaban a su control y que ponían a esa mujer como protagonista. Mujer que pronto sería de su hermano, con la que no podía permitirse fantasear.

—Todo está dispuesto para que la ceremonia se realice con diligencia— señaló el sacerdote presente, aunque no era necesario, dado el tenor del matrimonio, que se hacía a prueba.

—No tenemos tanto apuro—espetó Blair—. Mi hija merece lo mejor.

—Y lo tendrá, acorde a la sencillez de los votos. No implica que hayamos escatimado preparativos—cortó Glenn.

—Esta niña tiene que recuperarse del viaje—Ailsa cortó todo conato de discusión—. ¿Dónde están tus cosas, querida? Me imagino que habrás traído tu ajuar. Estos hombres. Rápido, traigan las pertenencias por acá—ordenó a unos lacayos, a la par que estimulaba a otros ayudantes para que sirvieran bebidas.

Era una noche de fiesta y celebración para todos, excepto para Glenn y Kirstie que, con desazón, comprobaban que su angustia apenas si era percibida por el resto, salvo sus familiares más cercanos. La delegación de los MacDowell se instaló desde temprano y con ruido en el gran salón, separada de manera ostensible de la de los Campbell, que los observaban torvamente.

Todo posible aire de provocación se cortó cuando Ian recorrió con morosidad a su guardia, exigiéndole el decoro correspondiente a la hospitalidad que estaban recibiendo. Este no era el momento ni el lugar para chanzas, chistes gruesos o mala entraña que pudieran provocar un enfrentamiento que sacara a relucir las espadas.

La música de las gaitas comenzó a amenizar el ambiente, iluminado y calefaccionado por los fuegos encendidos en tres puntos del gigantesco lugar. Había más luz que la habitual, arrojada por todos los candelabros y antorchas encendidos; no era ocasión de ahorro y se habían procurado todos los recursos necesarios.

Lacayos, artesanos, cocineros y muchos más habían trabajado desde varios días atrás para proveer la enorme mesa. Sobre los largos tablones extendidos y cubiertos con lienzos destacaban finos platos, despertando el apetito. Cuencos con pan tibio y blanco, copas de madera y plata para los señores, escanciadas con generosidad con whisky, cerveza de brezo y vinos especiados fueron entonando a los hombres. Ailsa se había asegurado de tener a disposición las mejores carnes, bebidas y postres; después de todo, y aunque la ocasión hubiera sido suscitada desde afuera y a prueba, no dejaba de ser el matrimonio de su hijo mayor, el laird de la zona.

La algarabía se interrumpió al ser dada la invitación a ubicarse en torno a la misma; Glenn a la cabecera con los suyos al lado, en oposición a Blair, sentado al otro extremo. Los aguamaniles dispuestos y los paños de aseo fueron usados por algunos, mas la mayoría, incluido el propio Blair, acometió los alimentos sin utilizarlos ni esperar la oración que el sacerdote comenzó. Esto provocó molestia y muecas de fastidio. Los modales de Blair, en particular, eran más que desagradables. Glenn presintió que lo provocaba, en silencio. Su mirada era evidente, además de su sonrisa sarcástica y grosera.

Con voracidad consumieron el festín: la carne de codorniz y pato, más

los arenques, el puré de rábanos y patatas, además del haggis, que fue traído con beneplácito por varios sirvientes, portado solemnemente en bandejas de ceremonia. Una de ellas fue depositada frente a Glenn, quién en silencio cortó la primera rebanada gruesa, para que luego fuera trozada con pericia. El intenso sabor de la carne de oveja asada dentro de su propio estómago tentaba a cualquiera y fue lo más atacado por los comensales.

Kirstie resplandecía, su largo cabello peinado con esmero en una trenza sostenida con broches de piedras preciosas incrustadas alrededor de su coronilla. Su vestido en tono pastel con apliques de perlas no dejaba de emitir brillos al recibir la luz de las cercanas velas, que también conferían luminosidad a su mirada. Apenas si levantó la misma para contestar alguna pregunta de Ailsa o mirar subrepticamente a Ewan y a Glenn. De lo que veía hasta ahora, le agradaba la forma de comportarse y conversar de los anfitriones. La imagen de los Campbell, conformada a través de los años por los relatos de los suyos, tendía a suavizarse.

Le gustaba el ambiente sofisticado sin estridencias, la sutil decoración que, sin excesos ni demasías, hablaban del gusto por la presencia del arte. Alfombras, cortinados, tapices en la torre de los homenajes donde se le había dado un lugar, fuegos encendidos, camas con deliciosas pieles y mantas, incluso ¡libros! No podía creerlo. Una presencia preciosa y si bien eran contados, mostraban el interés por las letras. Averiguaría más tarde que esto era por gusto de Ewan y eso elevaría aún más la consideración en la que lo tenía.

La voz de su padre, tal vez más alta de lo necesario, se elevó sobre las conversaciones, mientras golpeaba con su cuchillo la fina copa que sostenía en su mano. Pasando por encima toda regla de etiqueta y educación, que marcaba que era el anfitrión quien hacía el brindis, se incorporó y con una risotada sostuvo:

—Este es un momento de celebración, cambiemos algunas de las caras que veo. Hemos sostenido muchos años de enfrentamientos, pero con esta ceremonia se logrará la alianza los Campbell y los MacDowell. Dejaremos atrás nuestros conflictos, tal como quiere el Rey. Y nosotros, claro. Que estemos aquí presentes hoy es muestra de nuestra buena intención. Mi hija será la que logre el milagro.

Todas las miradas se dirigieron a ella, que pareció disminuir en el alto asiento de madera, mostrando una fragilidad que enterneció a Glenn. Esa mujer no estaba cómoda, se percibía su nerviosismo, los ojos huidizos que apenas le habían sostenido la mirada una o dos veces. Además, la falta de diálogo había sido notable, y no sabía si era fruto de lo poco que tenía que decir, lo cual era una posibilidad, o que las circunstancias la sobrepasaban. La actitud de Blair le molestó; pasaba por encima de su autoridad, por lo cual también se incorporó, quedando a la misma altura aun cuando la larga mesa los separaba.

—Nuestro clan se complace en recibir a la gente de buena voluntad y a quienes promueven la paz. Nuestra disposición es a cumplir las condiciones que nos solicita el rey Jacobo, humildemente mostramos nuestro respeto— Elevó la copa en dirección al enviado de la Corte, que devolvió el gesto—. Esperemos que nuestra hospitalidad sea apreciada. Mi buena madre ha preparado este festejo y la ceremonia de mañana. Kirstie—se dirigió ahora a la muchacha—. Esta familia te recibe con beneplácito y verás contenidas tus necesidades. Nos aseguraremos de que así sea y que, en este tiempo de prueba, que tal vez no has aceptado de buena forma o te genera dudas, tendrás la tranquilidad que necesitas.

—Mi hija sabe perfectamente las implicancias de esta *Lughnasadh*— le señaló Blair con voz muy fría.

Le molestaba el tono altanero de Glenn y que hablara de la ceremonia

como un mero trámite. Era su hija la que estaba ahí presente y era él, gran líder de los MacDowell, quién disponía que así fuera. «Maldito arrogante».

—No dejamos de apreciar, por supuesto, las tareas que tu madre ha realizado, que por otro lado son las que conciernen a una Lady bien adiestrada.

Había sarcasmo en sus palabras y su mirada recorrió el cuerpo de Ailsa con atrevimiento, deteniéndose en los senos. Tanto él como Glenn se miraron luego con furia, apretando dientes y puños.

Glenn buscó contenerse. El maldito se complacía en molestar. No lograría sacarlo de su postura, no le daría la posibilidad de esgrimir que el clan Campbell había roto la hospitalidad o embarrado la ceremonia, que era percibida desde la Corte real como vital para mantener la zona en calma.

Kirstie estaba ruborizada al notar los rostros afectados de quienes serían su nueva familia, por decreto real y de su padre. Miró a Ian y le hizo saber con su mirada el desagrado que le producía la actitud de Blair, demasiado provocadora. Él entendió y asintió. No colaboraría con la postura de su padre, que no conducía a nada. Este no podía controlar su carácter y lengua destemplada. A riesgo de molestarlo, tomó la palabra y se incorporó, también con su copa entre las manos para decir:

—Es de agradecer y felicitar a la anfitriona por tan excelsa cena y por una fiesta tan particular, en la que celebramos lo que mañana será oficial, la unión de las personas que queremos y qué más nos representan. Como ya lo ha expresado mi padre, descontamos el cuidado que ustedes tendrán con quién es tan especial para nosotros. ¡Por mi hermana y la próxima unión! —alzó la voz y los demás corearon con algarabía, roto ahora el momento de tensión.

—Así será—sentenció Glenn, una vez atemperados los gritos—. Cumpliré mi obligación de la forma en la que los Campbell lo hacemos siempre. Cuidaremos a tu hermana con nuestra propia vida.

—Muy bien, basta de discursos—señaló ahora Ewan— ¡Hay mas comida y bebida, a disfrutarla!

Todos corearon y las conversaciones y risotadas volvieron. Glenn hizo un gesto con su cabeza para expresar el agradecimiento a Ian, y Blair se sentó con estrépito, también asintiendo.

Capítulo 11.

No fue una noche parecida a otras. En especial para los prometidos, fue de poco dormir y de mucho pensar. En el caso de Kirstie, de nervios y por momentos, cierta desesperación. A partir de la siguiente mañana su vida cambiaría en forma diametral, y debería dejar de pensar en el lugar que la había visto nacer y crecer y en aquellos con los que había convivido durante toda su vida.

La noche se le pasó sumergida en las fantasías de las eventualidades que podrían producirse una vez que los suyos se retiraran. Le había pedido días antes a Ian que se quedara, que la acompañara por un tiempo, pero eso fue impedido por el mismo Blair al sostener que necesitaba a su hijo en sus tierras. Al menos tendría a su sirviente más querida; la buena Meg, que la había visto nacer y estaba con ella desde niña. También permanecería un sirviente como palafrenero y mensajero, pero no sería lo mismo.

Estaría rodeada por otra familia, por el clan con el que su padre había batallado por años. ¿Qué pasaría si no lograba incorporarse, si simplemente era un objeto más de ese castillo? ¿Si la buena imagen que le habían dejado esa noche se diluía en realidades inversas? La inminencia de la intimidad con Glenn la agobiaba. Le reconocía una postura importante, que más que atraerla, le generaba rechazo.

No es que desconociera la forma en la que hombres y mujeres se conectaban físicamente, lo veía en los animales y en más de una ocasión había descubierto fornicando a campesinos o a los propios empleados del castillo. Había sorprendido las conversaciones de las sirvientas, que describían con risotadas y con lujo de detalles las dotes de tal o cual guerrero, incluso de su

hermano o de su padre.

Pensar que ella debería satisfacer las demandas sexuales de un desconocido hacía que su garganta se cerrara. «No es un desconocido, será tu esposo», se decía. «¿Y qué si no le gusto, si cree que no sirvo? ¿Me desechará, como un simple trapo u objeto, tal como mi padre ha hecho con mi madre?».

Su desasosiego fue percibido por Meg, que dormitaba en un camastro cerca del lecho de su ama. Se levantó en un momento de la madrugada para inquirirle que ocurría, así como acariciarle el cabello y el rostro como si fuera una niña.

— ¿Qué pasa, querida? ¿Qué te agobia?

La cercanía de ambas era mucha y nunca le había impedido el tuteo, por el contrario. Meg había sido más maternal que su propia madre y la conocía bien.

—Tengo miedo, Meg.

—No debes temer, mi niña. Esta gente es amable, se ve bien. He conversado con varias mujeres que trabajan aquí. El laird es muy respetado y querido, dicen que es un hombre severo, pero justo.

—Sí, pero... ¿Qué será de mí? Sin mi hermano. Además, no sé nada de...

Meg se dio cuenta entonces por donde discurrían sus pensamientos y sonrió. Kirstie era una gran amazona, luchaba muy bien en sus prácticas, pero era como una niña en cuestiones sentimentales o sexuales.

—Te preocupa la noche con el laird Campbell. No lo hagas, ni lo pienses. Hombres y mujeres encuentran las formas de conectarse cuando están juntos y todo fluye. Solo déjate guiar. Recibe sus caricias, muéstrate dispuesta y por encima de todo, no luches. Los hombres pueden ser muy posesivos y toman con rudeza a aquella que no se entrega. Especialmente en el caso de los

que están acostumbrados a mandar.

— ¿Y qué si no puedo? —señaló, ahora más atemorizada que antes. Las palabras de la buena Meg tenían el efecto inverso al deseado.

— ¿Si no puedes qué? —sonrió Meg—. Todas podemos y puede ser muy placentero, te lo digo por experiencia.

Meg había tenido un buen esposo que había perecido en batalla. Desde entonces se había dedicado en exclusiva a su hijo, a su trabajo y a Kirstie.

— ¿Y si no me gusta? ¿Si tengo que soportarlo?

—En el peor de los casos, recuerda siempre que este es un matrimonio a prueba. A pesar que suelo discrepar con tu padre y aunque me cueste decirlo, creo que ha estado muy astuto al establecer este acuerdo. El tiempo pasa pronto, a pesar de parecer interminable cuando lo sufrimos. Duerme ahora, mañana es un día especial y tienes que estar resplandeciente.

Tampoco Glenn pudo descansar, aunque en su caso fue debido a otras causas. Tener entre las murallas de su castillo a una delegación de los MacDowell le preocupaba, le generaba inquietud. Había dado órdenes estrictas a sus más fieles soldados para que los vigilaran con discreción y estuvieran atentos en la noche a cualquier movimiento que se gestara en el ala sur, donde habían sido alojados. La fiesta, la bebida y la celebración, todo podía ser en definitiva una estratagema, una distracción cruel para causar desórdenes y estropicios en su morada.

La cercanía del compromiso lo inquietaba. Sin ignorar la belleza de su prometida, su aparente docilidad, y lo deseable que pudiera ser, su mente no había dejado de imaginar a Isobel a lo largo de toda la cena; sus ojos, su boca, su larga cabellera. Era su voz la que impregnaba su pensamiento. ¡Cuánto daría por tener a esa mujer en su lecho y a su lado, por apretarla contra sí, por besarla y tomarla! Tan cerca en su mente y tan lejana en la realidad.

La falta de sueño hizo que se levantara muy temprano. En el patio ya habían comenzado las disposiciones de los sirvientes para las justas y juegos que se ofrecerían por la boda. También eran buena oportunidad para celebrar la buena cosecha de ese año. Para la mayoría de sus arrendatarios, todos los que estaban invitados, era una chance de rendir culto y agradecer por la prosperidad que la siembra había traído, así como socializar. Por eso sus hermanos habían dispuesto competencias que involucraban el uso de las espadas y el arco, las de fuerza con cuerdas y luchas, además de la música y el baile.

Fue mirando con distracción los distintos preparativos, haciéndose presente entre los suyos y los extraños, saludando y mirando a todos con atención, especialmente a los hasta hoy enemigos. La capilla se había dispuesto con esmero y el capellán tenía todo preparado para la sencilla ceremonia. No era una boda formal y lo que implicaba era el compromiso de los contrayentes por ese período de un año y un día. De todas maneras, habría alabanzas y ruegos al Señor para que fuera bondadoso y bendijera la unión. Asintió a todas sus indicaciones, al sacerdote le gustaba hablar y no perdía ocasión de señalarle que se requería mayor atención a sus deberes religiosos, uno de sus deberes.

Cerca del momento señalado, se preparó con esmero, extendiendo la larga tela de su plaid ceremonial, la que plegó en infinidad de tablas para lograr un cuidado kilt; estrenaba su mejor camisa. Ajustó el broche y luego el cinto. Estaba listo. Se sentó en su lecho para colocar sus botas y el momento le pareció casi fuera de la realidad. Se casaba. Por un tiempo, para toda la vida. El destino diría.

En el patio lo esperaban sus hermanos, que lo flanquearon hacia donde estaba Kirstie. Ella también tenía a su lado a su hermano y a su padre. Ewan, que venía más retrasado, no pudo evitar el estremecimiento al ver a la

hermosa mujer, envuelta en un vestido de raso morado que caía en pliegues y desplegaba una larga cola tras de sí, y que entallaba por delante los senos generosos, semi cubiertos por la larga cabellera.

Estaba seria, ambos contrayentes lo estaban. Avanzaron entre los gritos destemplados de los que arengaban afuera de la capilla, que festejaban y celebraban por anticipado la unión. El sonar de la gaita marcó el inicio de la ceremonia y el sacerdote dirigió un largo discurso de reconvenciones, alabanzas a Dios, deseos y promesas, para luego unir los brazos y manos de ambos contrayentes con una tela con los colores del Clan Campbell, pidiendo que recitaran votos. De esta sencilla forma se sellaba un pacto temporal que enlazaba dos clanes y se cumplían las órdenes de un monarca. Dos vidas, la de Glenn y la de Kirstie se unían, sin que ellos sintieran más que el peso de la responsabilidad.

Cuando los últimos rayos del sol dejaron de acariciar las almenas del castillo, los festejos comenzaron a apagarse. Los campesinos hacía buen rato que habían retornado a sus moradas y la llegada de la noche solo encontraba gente limpiando y arreglando los espacios que habían sido utilizados. Kirstie había solicitado la dispensaran mucho tiempo antes, tomando su habitación como reducto, sabiendo y temiendo que esa noche probablemente debería entregarse y conocer por primera vez a su esposo. La espera se volvió lenta y a pesar que había tomado buena nota de lo que Meg le había indicado, no por eso sentía menos ansiedad.

Las horas transcurridas, en las que se sintió en exhibición, con una sonrisa pintada, más el agotamiento y los nervios de los días anteriores y de la ceremonia le hicieron mella y finalmente se durmió, vestida de la misma forma que había asistido a la boda. Cuando Meg llegó con los elementos para el aseo, le dio pena despertar a la mujer que, atravesada en el gran lecho, respiraba pausadamente. Oró para que el señor del castillo fuera bueno y

tuviera paciencia con su niña, sin experiencia.

La noche se transformó en día y cuando Kirstie despertó, adormilada y confusa, los tímidos rayos del sol le daban tibieza a la habitación. Le costó recordar dónde estaba y entonces respingó, recordando lo vivido. Se miró y vio que había dormido con lo puesto y, de algún modo, entre los nervios y la ansiedad, había logrado conciliar un sueño pesado. Se desconcertó.

El ruido en la puerta entrada la puso en alerta, previendo que fuera Glenn que venía luego de la noche a cobrar lo que toda esposa debía proporcionar, pero solo era Meg. Esta le sonrió mientras disponía todo para el aseo, con calma y sabiendo perfectamente que el señor no había asistido. Ella dormía cerca y era consciente de los movimientos que circundaban a su protegida.

—No vino—susurró Kirstie.

—Lo sé, niña.

—¿Qué habrá pasado? ¿Habrá ocurrido algo entre él y mi padre?

No es que lo anhelara, pero lo había supuesto como algo irremediable. Esta situación era difícil de entender y la preocupó.

—Tal vez el laird estaba cansado y no te ha querido enfrentar, por no poder cumplir.

Kirstie la miró sin comprender.

—Los hombres, pobrecitos ellos, son orgullosos y dependen mucho de su energía y estado de ánimo para que su virilidad funcione—Meg hablaba sin un ápice de vergüenza o timidez y ella se sonrojó—. Ya vendrá, te guste o no.

Sabía que tenía razón y al menos se alegraba de haber podido descansar.

Avanzada la mañana, el movimiento de caballos anunció que la comitiva de los MacDowell se retiraba y esto alivió a los Campbell, que temían que quisieran alargar la permanencia durante días. Blair argumentó, sin que le interesara en particular a nadie, que tenía muchas cosas que hacer y resolver

en sus tierras. Para Kirstie fue duro, pues contaba con que se quedarían un poco más. Se acercó con sus ojos anegados de llanto, sin poderlo evitar. Era fuerte y sabía que debía comportarse de acuerdo a lo que se pedía de ella, mas la retirada de los suyos le angustiaba.

—Padre...

—No llores, Kirstie—rezongó él, algo fastidiado de ver a su hija tan conmovida, algo con lo que no sabía lidiar—. Debes ser fuerte, tienes un rol que cumplir. Quedas como señora de este castillo, no lo olvides. Que nadie te haga sentir de otra manera. Tienen obligaciones para contigo y para con nosotros. Así son las condiciones. Si no fuera así, lo debes hacer saber a través de Meg o del palafrenero, que será también tu sirviente personal y tu contacto con nosotros. Vendremos a tu rescate

—Lo sé, padre—limpió sus lágrimas y trató de esbozar una sonrisa valiente, aunque estaba lejos de sentirse así.

—Mantente inquebrantable como la mejor espada. Te prometo algo, hija. Esto durará poco, pero nos traerá mucha dicha. Resiste y vendré por ti cuando el momento llegue.

Su tono algo misterioso y bajo desconcertó a Kirstie, que pensó con acierto que algo se traía entre manos su padre Esperó que no fuera ninguna acción precipitada que desatara conflictos. Ella estaba en el medio ahora.

—Kirstie—Ian se acercó ya montado y tomó su mano—. Recuerda lo que dije, lo que hablamos. Sé fuerte y digna.

—No dudes que lo seré.

Sin más protocolos ni prolegómenos partieron, no sin que antes Blair se detuviera y departiera con altanería, pero en tono bajo con el hombre que quedaba al servicio de Kirstie y respondía a su clan, seguramente dando indicaciones.

Capítulo 12.

Glenn observó todo el despliegue de salida desde las almenas, lugar que había convertido en su espacio personal, donde diseñaba sus planes y estrategias. Pensaba en las mujeres que habían tomado su vida por asalto. No había cruzado palabra con su flamante esposa ni tenía intenciones de hacerlo, salvo que fuera estrictamente necesario. No sabía bien de qué manera procedería. Debería hacer algo, suponía, para que el mayor contacto con ella disminuyera la distancia entre ambos y él pudiera sentir apego, cariño o siquiera deseo.

La falta de esto último era algo extraño; él era un hombre pasional, de habitual rápido para el juego sexual y de fácil deslumbramiento por unas buenas curvas y unos pechos altaneros. Nada de eso le ocurría con esta mujer, si bien reconocía su hermosura. Sabía que en algún momento tendría que hablar con ella, pero necesitaba conocerla más, saber cómo pensaba y que quería.

La retirada de Blair y los suyos le produjo alivio; no había podido evitar la tensión y el desagrado de tenerlo cerca. Podría ahora dedicarse a sus tareas y a sus asuntos diarios sin mayores preocupaciones, salvo lo de su matrimonio.

Una y otra noche se sucedieron en los que Kirstie se preguntaba si él vendría finalmente. La convicción de que no lo haría, de que esto no ocurriría, fue alcanzada luego de varios días. Él era amable y cortés cuando se cruzaban, lo que no sucedía a menudo; le cedía el paso con galantería y la saludaba con envaramiento. Esto la fue convenciendo de que ella no estaba en sus intereses y lo verificó al sorprender y escuchar, por azar, una charla entre los hermanos.

Ella deambulaba por los pasillos que conducían al establo y al asomarse, vio a Glenn que preparaba a su bello corcel negro Belcebú, al que ella había admirado mañanas anteriores. Iba a retroceder y retirarse, cuando Lyle, el más pequeño de los hermanos, se acercó a Glenn.

— ¿Dónde vas hermano? ¿Te puedo acompañar?

Kirstie alcanzó a ver la mirada desafiante con la que su esposo observó al chico.

— Voy al bosque.

— ¿Vas a verla? No deberías. Estás casado ahora y...

— No es tu asunto—gruñó mientras montaba a la carrera, dejando atrás a un preocupado hermano menor.

Ella no se dejó ver hasta que Lyle desapareció. Así que su esposo se iba a los brazos de una amante. Otra mujer ocupaba su mente y se encargaba de saciar sus instintos, esa era la explicación para su desinterés en ella. Al contrario de lo que debiera y a pesar de saber que probablemente eso sólo podría traerle algún problema en el futuro, sintió alivio. Que su esposo desfogara sus pasiones con otra, implicaba que no lo haría con ella. Podía aceptarlo, con ganas.

¿Cómo afectaba eso al pacto entre los clanes? «Pues nadie de mi familia tiene por qué enterarse y, además, las cosas pueden cambiar». No le convenía hacer un escándalo o gritar una verdad si no la afectaba. Saberlo y entenderlo le cambió el ánimo y pudo apreciar cuán preocupada y encerrada en sí misma había estado esperando, sin deseos y con miedo, que él tomara lo que por derecho le correspondía.

El aire se le volvió más respirable, las noches serenas y de descanso y sus paseos por el castillo y sus alrededores, más ágiles y ligeros. Comenzó a disfrutar la visión del paisaje, que ahora percibió con mayor objetividad.

Caminar por los alrededores o deambular por los adarves de las murallas le quitó la respiración al percibir la belleza del entorno. Parecía una tierra más rica que la de los suyos, con mayor música y actividades y algo más, que al comienzo no pudo entender o definir. Fue al cabo de unas semanas que se dio cuenta de que aquí no había gritos ni amenazas ni castigos.

Glenn era un laird más condescendiente que su padre; había respeto y amor en la mirada de quienes lo contactaban o suplicaban por algo. Presenció en varias oportunidades situaciones que le permitieron entender que era comprensivo y justo, aunque establecía los límites. Las veces que cruzaron miradas, también le pareció percibir cierta tristeza que la conmovió, sin poder entender a qué se debía.

Percatarse de sus cualidades no despertó en ella más que admiración, una que tal vez podría haber derivado en cariño si en sus tardes de ocio no se hubiera cruzado Ewan. Ya sea practicando con su espada en uno de los rincones de un patio lateral, acicalando a su caballo en el establo o incluso con un libro entre sus manos, sus cruces y saludos formales se acompañaban de miradas que la alteraron más de una vez.

No pudo evitar notar, sin embargo, que cuando podía, él cambiaba de rumbo o se escapaba del lugar donde estaban. Eso le hizo preguntarse si sería que él también sentía, como ella, una peligrosa atracción cuando sus cuerpos se acercaban. ¿O sería que todos los Campbell evitaban contacto con ella por su condición de MacDowell y el casamiento había sido una ficción destinada a no caer en rebeldía?

Así como le alivió la indiferencia de Glenn, la actitud ambigua de Ewan la desconcertó, sin que pudiera esgrimir ante sí misma un motivo claro. Comenzó a convertir en ritual el observarlo sin ser vista, asistir a su rutina de entrenamiento con la espada desde un rincón y escondida en un pequeño quiebre en la muralla de piedra. Por días le miró, con placer casi culposos; le

atraían su pecho ancho y de pectorales marcados, sus brazos estirados, musculosos y fibrosos, que se movían con rapidez para asestar certeros cortes a un pretendido enemigo. Todo él era energía.

Ese día en particular, estaba especialmente movedizo. Al detener su ejercicio y acercarse a un tonel de agua, extrajo un cuenco del que bebió con ansias, para luego lavarse brazos, cara y pecho. Así empapado, se dio vuelta, y la descubrió. Es que ella, sin pensarlo, se había adelantado para verlo mejor, empujada por el hormigueo que experimentaba en su estómago y garganta, calor que nunca había sentido antes y que la ruborizó al verse atrapada.

Entonces, como una vil cobarde y sin saludarle, dio la vuelta y se perdió en el pasillo, caminando con rapidez y buscando el amparo de su habitación ante la cual se detuvo. ¿Qué le pasaba? ¿Qué le ocurría con ese hombre, estaba loca? «Es el hermano de tu esposo, aunque este poco tenga de tal. Le debes respeto», se reprochó. Si era honesta, más que eso, le molestaba que la hubiera visto, porque ya no podría usar el escondite. Él alegraba su vida, tan limitada por esos días.

2.

Ewan sentía que por vez primera sus pensamientos y deseos traicionaban a su hermano Glenn. Como no lo hubiera creído o soñado, todo su cuerpo y corazón se volcaban por entero a la devoción de una mujer que no era suya y que le estaba por lo tanto prohibida. Saberlo no había evitado que su mente la evocara en forma repetida, y así había sido desde que la vio por primera vez, allá en el castillo MacDowell.

Lo que nació como la admiración a su belleza, se convirtió en necesidad y deseo. Como una ponzoña de lenta acción, la silueta de Kirstie se filtró en su mente y por más que tratara de quitarla, y se impusiera fieramente la rutina de desterrarla, volvía insistente, perturbando sus noches de insomnio e insuflando su hombría de un deseo que no había sentido antes.

Trató de esquivarla, de evitar verla, comer sin observarla, para impedirle venerarla al ver sus pequeñas manos tomar los alimentos o las bebidas cruzar por su garganta trémula. Se impuso la penitencia de orar; ¡él, que apenas si daba importancia a la religión y se inclinaba más por la ciencia y sus saberes! Empero, los rezos tenían para ofrecerle consuelo cuando de dominar sus pulsiones se trataba. A sus alocados sentimientos se agregaba la convicción del destrato al que Glenn la sometía, no en forma consciente, pero sí por su indiferencia.

La observaba ir y venir casi sin rumbo, su rostro a veces demudado, a veces sin expresión y supuso que su hermano era la razón de sus angustias. Por ella lo confrontó, pues si sus deseos pautaban que la quería para sí, tenía la convicción de que eso era imposible. La voluntad de que ella fuera feliz lo impulsaron a exigirle a Glenn que la contuviera y cuidara.

—Es tu esposa, te guste o no, debes atenderla, ¡al menos hablarle! Ella se siente fuera de lugar. Es tu deber, así lo asumiste —le dijo con énfasis un día mientras recorrían las tierras.

El otro lo miró, con algo de indiferencia. Mejor que nadie sabía sus deberes y le llamó la atención y fastidió la reprimenda en las palabras de Ewan.

—No te involucres, no te incumbe. Ella está atendida, muy bien servida por nuestros lacayos y nuestra madre, que se preocupa por ella. Además, no es que me esté buscando o haya mostrado interés en que cambie mi postura.

La certeza de que en esto Glenn acertaba, sembró interrogantes en Ewan. Ella no parecía interesada en ser su esposa, al menos no lo demostraba abiertamente. ¿Eso era por orgullo o por timidez? Estos pensamientos alocaban su cabeza y el día que la descubrió mirándolo con una intensidad que lo sobrecogió, sus pensamientos se volvieron más frenéticos. Tal vez se había confundido, había distorsionado la situación. Pero los días venideros varias

veces encontró su mirada clavaba en él, casi como catalogándolo. No pasó mucho para que el cruce se intensificara y los encuentros fortuitos y silenciosos se multiplicaran. La convicción se hizo carne: ella estaba interesada en él. Entenderlo le generó entusiasmo, mezclado con la sensación de que lo suyo era una locura imposible. Una dulce locura.

Capítulo 13.

Isobel despertó con lentitud al clarear el alba. Los primeros rayos del sol, tibios, se colaban por las hendiduras de la choza. Su noche había sido de sueños gratos, pero también de los otros. La imagen del hombre con el que estaba obnubilada apareció una y otra vez, rompiendo lo que siempre habían sido horas de mullido y fragante descanso en su colchón de flores.

La vida feliz y satisfecha que había llevado hasta hacía pocas semanas, había sido arrasada por la convicción de que necesitaba ver, escuchar y estar en presencia de Glenn. Esa sensación la tenía desde el instante primero que lo conoció, alimentada por la certeza de su instinto de que él era su elegido, el correcto.

En su inocencia, había creído que eso era suficiente para tenerlo para sí. Por ello, las palabras que Davina usó sin saber, como una simple charla descriptiva, habían precipitado sus angustias nocturnas. A la anciana le gustaba tenerla informada de lo que pasaba en la zona con sus habitantes, habida cuenta de que, en un futuro, cuando no estuviera, debería lidiar con ellos. Isobel rememoró una vez más el diálogo mientras sus ojos comenzaban a vagar por la humilde vivienda.

—Isobel, ayer estuve con esa mujer a la que le doy mis medicinas, la herborista que trabaja en el castillo de los MacDowell. La pobre está preocupada porque su señor no cura y me pide hierbas más fuertes, debes ver si encuentras más para que pueda elaborar algo más eficaz.

Ella había asentido, pensando que se trataba solo de eso y le tocaba ir por ellas, pero Davina había continuado su charla.

—Me ha contado que se han producido grandes novedades entre los

clanes.

—¿A qué te refieres abuela?

Sabía que esta se preocupaba por todo cambio que pudiera tener repercusión en sus vidas, por más remotos que parecieran.

—La hija del señor Blair, al parecer una muchacha bellísima, se ha prometido en casamiento con el laird del otro lado, el de los Campbell.

Su distraída mirada había cobrado entonces bríos y la sorpresa había demudado su rostro. Le pareció que un frío extraño subía para alojarse en su pecho. Agradeció estar acomodando recipientes, de espaldas, pues así pudo evitar la mirada aguda de su abuela que sin duda la hubiera descubierto al instante.

—En verdad eso parece extraño— susurró.

—Sí, llevas razón. Han estado en lucha abierta desde siempre y de repente, casamiento. Pues como sea, esto es mejor, por cierto. Ya ha habido bastante muerte.

La desazón apretó su garganta y al cabo de un rato debió salir, pretextando caminar en busca de agua más fresca y limpia. Apenas un par de metros pudo contener las pequeñas gotas que se desprendieron de sus ojos hasta convertirse en un llanto silencioso. Su mente, demasiado aventurera, había pensado que hablar con Glenn Campbell implicaba que era suyo. En verdad, así lo había sentido, sin siquiera verbalizarlo ante sí misma. Inconsciente del atrevimiento que sólo pensarlo significaba, creyó que su mirar y sus palabras dulces eran para ella, que como su mente lo quería, eso implicaba que lo poseía.

«Era al revés», susurró ahora volviendo a la realidad esa mañana. «Yo soy suya sin que necesite tomarme, todo mi ser responde a él sin poderlo evitar. ¡Cuánto me entristece no volver a verlo y hacer sucumbir la esperanza

de que sus ojos se posen en mí! Mas si es como Davina dijo, no hay posibilidades».

Debía estar dispuesta a retomar su vida habitual, ser consciente de que su ayuda era cada vez más necesaria para su abuela, que enlentecía sus movimientos y perdía su vista de a poco. Se incorporó decidida y se vistió. Davina aún dormía y trató de no hacer ruido mientras traía algunas ramas para reavivar el fuego que mantenía el hogar cálido y los alimentos cocidos. Consumió el potaje con avena, miel y leche que tanto le gustaba acompañado con un trozo de pan negro. «Los sueños no alimentan», solía decirle su abuela. Sus ojos se deslizaron ahora hacia los pequeños recipientes dispuestos sobre una pequeña mesa, algunos de ellos preparados para que las muchachas consiguieran el amor de su vida.

Tal vez si lo hubiera pensado antes, podría haber suministrado una de esas pociones al hombre que le quitaba el sueño y le había robado el corazón. Denegó el pensamiento loco y recordó las sabias palabras de la anciana: «Estos brebajes no dejan de ser una ayuda, Isobel, pero nada pueden hacer si la mujer no se ha metido en los ojos del hombre. Y nada pueden cambiar si el enamoramiento hacia otra ya se ha producido». Así debía ser su caso, el señor Glenn ya estaba atado a esa noble desde antes. Todas las veces que habían cruzado sus miradas o charlado en el bosque o en el río, él ya tenía su vida destinada.

Debía reconocer qué había sobrestimado sus dotes para adivinar y las visiones la habían engañado. Siempre que estuvo a su lado había tenido la total seguridad de que eran dos seres conectados y que sus corazones latían al unísono, incluso la había invadido alguna imagen de futuro en el que ambos juntos eran abrazados por el peligro, además de la pasión. De esta, aún sin conocerla, había sentido ramalazos y se había imaginado trémula en sus brazos.

—¿Qué penas te agobian, niña mía?

El dulce hablar de Davina la hizo volver y apoyó su cabeza entre las manos de su abuela, que se había levantado silenciosa y la había observado acurrucada en un pequeño banco cerca del fuego.

—No es nada, abuela.

Esta sonrió, aunque a la interna la preocupación, que ya tenía días, se hacía más intensa.

—Soy una mujer con muchas lunas encima, mi dulce Isobel. No soy tu madre, pero te he criado como tal. Conozco cada uno de esos rictus y expresiones y las que esbozas hace días son nuevas en ti, aunque no en las mujeres. Penas de amor, lo sé y no puedo entender por quién o cómo es eso posible.

—¡Eso no es así, abuela! —mintió sin convicción, doliéndole romper una vida de lealtad.

La empujaba la vergüenza de reconocer sus faltas, pues cada vez que vio a Glenn, había sido sin consentimiento o escondiendo la situación, en el entendido que se lo prohibiría. Y ese día, una vez más, escondió y disfrazó su pesar, esgrimiendo la excusa de su preocupación por vivir tan solas y alejadas. Esto distrajo a Davina, ya que era una de sus cada vez más habituales preocupaciones. Veía sus fuerzas menguar día a día y comenzaba a pensar que el aislamiento al que se habían forzado podía jugar en contra de su nieta cuando ella no estuviera.

Hacía buen tiempo que evaluaba la posibilidad de que Isobel comenzara a mostrarse, mas no se decidía del todo. Los viejos miedos aun la acompañaban. Se dejó ayudar para comer y beber algo. Tenía cosas por hacer y caminar hacia la zona poblada era una de ellas. La herborista la estaría esperando, ansiosa como estaba de algo más fuerte que calmara el dolor persistente de Blair MacDowell.

Davina sabía, empero, que lo que éste tenía no se curaría con sus remedios, a menos que lo combinara con mayor higiene y comiendo menos carne. Había visto que las viejas heridas demoraban en cicatrizar y esto tenía que ver con algo en los fluidos, a su juicio producto de los excesos del beber y tomar en los que los hombres solían caer. También tenía claro que era casi imposible que el gran señor escuchara a la curandera decirle eso y se compadeció de ella, agradeciendo a la vez estar fuera del alcance de su furia.

Una vez que su abuela emprendió camino, Isobel se colocó su capa y recogió su cabello. El viento soplaba con fuerza y le resultó cansino atravesar el camino que la conduciría al río y al bosque. Mas debía acercarse, quería ver si por última vez lo encontraba y escuchaba de sus labios la verdad que le dolía.

No le sorprendió hallarlo, sabía que sería así. Esta convicción se había abierto paso en su mente con cada roca que pisó al bajar. Lo observó desde la arboleda, sentado en una roca con actitud atenta y mirando en derredor a cada instante. La esperaba. Suspiró y se acercó. Como siempre, fue el caballo el primero que la vio y bufó bajito. Él se levantó con premura y su presencia física se impuso. La envolvió el mismo rubor y cosquilleo que la embargaba siempre que lo veía: era júbilo mezclado con ansiedad y expectativa.

—Isobel... Esperaba tanto verte hoy.

Le sostuvo la mirada, buscando descubrir en ella oscuridad o mentira. Davina decía que los ojos mostraban el alma. No vio en los de él más que cierta tristeza.

—Isobel. Dime algo y contesta con la verdad, te lo ruego. Y mira que no soy hombre de enredarme con tales cosas, solo ante ti me muestro así.

Ella asintió y esperó.

— ¿Tú sientes como yo, que tu corazón se acelera por la perspectiva de encontrarnos? ¿Sientes palpar tu pecho de alegría al pensarte junto a mí? ¿O

es que esto solo me ocurre a mí y tú eres una trampa de las ninfas por mi arrogancia?

Ella lo observó y dudó que decir, pero las palabras escapaban de su boca sin control

—Siento que tu presencia me alegra y me complementa. Siento mi corazón repleto. Hasta ayer, sentí también que era nuestro destino encontrarnos y el camino de ambos se volvería uno.

— ¿Por qué hasta ayer? —se asombró, incapaz de entender.

—Mi abuela me ha dicho que estás comprometido con la hija de los MacDowell.

Ver su expresión de pesar y que bajaba la cabeza con culpa, la convenció de la verdad. El dolor de saber que lo suyos eran sueños frágiles que acababan de quebrarse, la agobió y se alejó.

Glenn se mantuvo en su lugar, desconcertado y con poca reacción. Como un tonto que evadía la realidad había persistido en su trece. Día a día se había solazado con su sola visión, impedido de dejarla ir por sentimientos que no podía controlar. Comprobar el dolor que su silencio y poca claridad habían provocado en ella lo conmovió como no hubiera pensado. Entonces dejó su inmovilidad y fue en su búsqueda, llamándola con intensidad y tomando su brazo. Ese gesto la asustó por intempestivo; quiso correr y entonces él la elevó en sus brazos, tomándola entre ellos y girándola para sostenerla contra su pecho.

— ¡No me temas, Isobel! Jamás podría hacerte daño o herirte.

Ella se debatió como un pajarillo en una trampa imposible de romper y entendiendo luego que no podría soltarse, lo miró suplicante.

— ¡Déjame ir!

—No lo haré hasta que te explique y lo entiendas.

—Eres un gran señor, no tienes que explicarme nada.

—Oh, sí tengo qué. Ante ti soy apenas alguien que ha perdido el rumbo. Ante ti soy un simple hombre enamorado. Mi corazón late sin control por tu presencia.

—Nada hay tan cierto como que el corazón late, señor. Pero también es verdad que el suyo tiene dueña— le señaló con osadía.

—Mi condición de líder me obliga a compromisos que no quiero. Ese casamiento es uno de ellos.

— ¿Es usted un hombre con dueño?

—Sí, tú eres la única propietaria. De mis anhelos, de mis sueños y de mi amor.

— ¿Busca engañarme? ¿Jugar conmigo?

Bajó su rostro, que se empapó de llanto y eso fue suficiente para que él la apretara más y besara su boca con ansias, con desesperación, para luego acariciar su cabello dorado y hundir su rostro en el fragante cuello. Ella era suya y él le pertenecía, sin duda. Sabía que desafiaba todo protocolo y que su actitud iba en contra de cualquier lógica, pero la posibilidad de perderla y que se desvaneciera en el aire para siempre lo asustó más que cualquier otra cosa.

—Jamás podría usarte, ni siquiera lastimarte con mi pensamiento.

Ella jadeaba entre sus brazos, ensordecida por la pasión de sus labios y palabras, consciente del intenso sentimiento que los envolvía. Trató de calmarse y pensar con claridad. Colocó sus manos sobre el pecho masculino y le empujó, teniendo ahora la dirección del momento.

—Usted tiene una dueña de verdad, mi señor—. La tristeza era evidente en su faz.

—Sé que así lo crees y tienes razón. Pero esto no será así por siempre; mi matrimonio es una farsa para obedecer a un rey tirano y para mantener la

paz. Es apenas una prueba que durara un año.

— ¿Lo sabe esa mujer?

Glenn agachó su cabeza, entendiendo que ella tenía razón y luego la decisión elevó su rostro. La observó con seriedad.

—Lo sabrá.

—Cuando así sea y usted sea realmente libre, lo estaré esperando. Esperaré que venga a mí, sin falsedades, solo con la verdad.

Se fue, obligándose a arrancarse de la intensidad del momento. Detrás, un agobiado Glenn pensaba que el tiempo hasta volverla a ver se sentiría eterno. Le tocaba comportarse como un hombre y cumplir lo que había dicho. Tuviese las consecuencias que tuviese.

Capítulo 14.

La convicción de que era imprescindible tomar una determinación si pretendía que su vida dejara de estar de cabeza, fue sumiendo a Glenn en una postura de meditación constante. Nunca había sido un hombre de mucho hablar, su parquedad era notable en todo excepto en lo que tenía que ver con el trato a su familia. Solo una verdad predominaba ahora en su mente: quería a Isobel, la quería en su vida y la posibilidad de perderla lo conmovía.

Conocía sus deberes, estaba al tanto de las implicancias de las decisiones que tomara y lo que esto podía acarrear para su clan. Sin embargo, este matrimonio de prueba al que había sido empujado, tenía fecha de caducidad, se acababa en un año y él no tenía intenciones de reafirmar la unión. Por tanto, más tarde o más temprano, el enfrentamiento con Blair era inevitable. Su amor por Isobel lo empujaba por un camino que le alejaba del Rey. No era un hombre de guerra, pero tampoco un cobarde que escapara de aquella cuando se le planteaba.

Pasó los siguientes días observando a Kirstie, en silencio. Era su esposa, pero apenas si la conocía y no estaba interesado en ella como mujer. Debían tener un acercamiento, uno que los tranquilizara a ambos; notaba el nerviosismo que la acometía cada vez que él se aproximaba más de unos metros. Debía hacerle saber que no tenía intenciones de lastimarla ni de tomarla. No obstante, tan nítido como estaba en su mente, le resultaba difícil. Su garganta se trababa, aun sopesando qué decir y cómo hacer para evitar que los suyos salieran afectados.

Para Kirstie no fueron días fáciles, pues interpretaba sus intentos como los prolegómenos al sexo, del cual cada vez quería escapar más. Su nerviosismo trocó finalmente en acción un día que él se acercó, para luego

girar sobre sí mismo y alejarse. Le gritó:

—¡Glenn, quisiera hablar contigo!

Entendía que tal vez no era la actitud ideal, pero ella no era una mujer sumisa; estaba cansada de ese juego de idas y vueltas, de la inseguridad bajo sus pies. Ante su llamado, él se detuvo y la esperó. Al alcanzarlo y ver su mirada confusa, ella dudó, perdido el valor.

—Kirstie, ¿te puedo ayudar en algo?

—Tal vez me puedas ayudar a entender la situación en la que estoy inmersa.

Glenn asintió y miró a un costado, meditando qué decir. No la malinterpretó ni vio mal la interpelación. Parecía una mujer de carácter y él la había puesto en una posición difícil de desentrañar.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuáles son tus intenciones conmigo?

No bajó la mirada. Estaba dispuesta a aceptar lo que le dijera y retrucar si era necesario, aunque sabía que sus obligaciones con él y con los de su clan se habían sellado en el momento en que había aceptado el matrimonio.

—Mis intenciones— repitió él—. Quiero que estés cómoda, que te sientas en tu casa en el castillo de los Campbell, por supuesto.

—¡No juguemos! —lo cortó con rudeza, un tanto excesiva para una mujer tan delicada—. Quiero saber tus intenciones como esposo. Tengo claro que este es un matrimonio de prueba. Y esperaba otra cosa.

Al momento de decirlo se arrepintió, no quería ser malinterpretada.

—¿Y qué esperabas exactamente? —señaló él—. ¿Qué aceptara de buen grado un matrimonio impuesto? ¿Qué no cuestione que las órdenes de un Rey me digan con quien dormir y con quién pactar? He aceptado porque no tengo otra salida, pero no es este mi deseo.

Era rudo, demasiado. Ella se ruborizó, impactada por su crudeza y contraatacó entonces.

—¡Quiero que tengas claro, Glenn Campbell, que tampoco a mí me gustó que me ordenaran qué hacer! Cuando te pregunté por tus intenciones, me referí a si planeas continuar con esta farsa, que entiendo perfectamente. Tal vez más que tú, estoy en esto por decisión de otros.

El asintió, entendiendo a qué se refería. Al menos él había podido considerar la oferta y por más atado que estuviera, había tenido la chance de decidir. Esto no sucedía con las mujeres y menos, supuso, con una del clan de Blair MacDowell, que jamás haría lugar a la consideración de una.

—Kirstie, lo menos que deseo es castigarte y hacerte objeto de un deseo que no poseo. No te sientas mal.

—Para nada, tampoco te deseo—dijo llanamente y despejados los pudores entre ellos.

Glenn la miró, algo sorprendido, quizás un poco lastimado en su orgullo, acostumbrado a que las mujeres accedieran a su pedido sin dudar, pero luego sacudió su cabeza para eliminar tonterías.

—Estamos de acuerdo, entonces.

Era extraño, la suya parecía una conversación de iguales. Ella había estado acostumbrada a ceder buena parte de su vida, pero quería tomar las riendas de esta y salvar lo que pudiera de su integridad.

—Quiero que sepas que cualquier decisión que tome, y esta puede ser inminente, no tiene que ver contigo ni con tu presencia.

—Quisiera ser la primera en saber lo que vas a decidir, si esto me incumbe—le agregó con desafío.

El bajó su mirada, pensativo. Ella lo empujaba a tomar postura y lo obligaba a definirse. Las dos mujeres con las que tenía relación lo hacían.

Pues era hora de elegir.

—Muy bien—resopló—. Quiero que sepas que quiero a otra mujer, como nunca me había ocurrido. Es extraña la coincidencia, todo se ha dado a la vez. No pensé que fuera posible estar tan atado a alguien, tan obsesionado con ella. Ella es una mujer sencilla y silvestre, casi como una ninfa del bosque, que recorre el río y los riscos como si los poseyera. Me empuja a modificar mi vida, incluso a pasar por encima de las consideraciones de la lógica. Kirstie, sé que nuestra unión sella un pacto de paz, pero si lo piensas bien, esto no tiene forma de durar. A menos que tu padre considerara dejar de arrasar nuestras tierras, robar nuestras pertenencias y asolar a nuestros arrendatarios. Esa es la razón de toda nuestra guerra, además de los malos recuerdos. Yo estaría dispuesto a dejar atrás cualquier deseo de venganza si ello alentara el fin del conflicto, pero no confío en tu padre.

—¿No es al revés? —señaló con orgullo ella, elevando su barbilla. Su padre siempre esgrimía un desafío o una provocación de los Campbell como el origen de los enfrentamientos—Nuestro clan se enorgullece de defender lo suyo.

—Dejemos eso, no me interesa entrar contigo en este tipo de discusiones. Quiero que sepas que hay otra mujer ocupando mi corazón y mi cabeza y que no pasará mucho tiempo antes que decida traerla finalmente junto a mí. Te pido que no lo consideres un desprecio ni un desplante. Me equivoqué al aceptar y desearía no haberte colocado en una posición tan difícil.

—¡Pues lo has hecho! ¿Qué hago ahora con lo que me dices? ¿Qué hago ahora de mi vida? ¿Retorno a mi clan, gritando que nuestro matrimonio finalizó antes de lo que se prevé y establece la tradición? ¿Qué te equivocaste y en ese error me involucraste, y luego arrastraste tu palabra por el fango?

Estaba furiosa. Él le había modificado la vida sabiendo de antemano que lo suyo no duraría. Su sacrificio era aún peor de lo que pensaba.

—Estás en tu derecho de gritar e insultarme. Yo mismo no tengo paz con lo que me pasa y provocaré. Te pido que me des tiempo para hacerlo saber a mi familia. Ellos tienen que tener claro lo que va a pasar de aquí en más.

—Pides demasiado— señaló ella a la vez que giraba y se retiraba, angustiada.

Entendía perfectamente las implicancias de la decisión que él tomaba y si bien en lo personal agradecía la sinceridad y no interpretaba su desinterés por ella como desprecio, y de hecho le alegraba, era evidente que cuando su padre se enterara, todo se volvería un polvorín. Tenía que pensar, ella también necesitaba tiempo para sopesar los pros y los contras de correr a los brazos de su padre y denunciar la afrenta de los Campbell, si es que esta existía.

Caminó con lentitud, su cerebro algo embotado. No estaba acostumbrada a pensar en términos políticos o de acuerdos y su ruptura. De vuelta sus pasos, instintivamente, la llevaron hacia el lugar donde sabía que Ewan practicaba sus movimientos. Allí estaba, tan seguro y predecible. Lo miró, recostada su cabeza con pesar en el vano de la puerta que daba salida al exterior. Su rostro algo descompuesto denunciaba desde lejos que algo le ocurría. Así la vio él, tan frágil y bella que detuvo la estocada.

Por días había escapado de su presencia, atormentado por la sensación de que su interés lastimaba a la familia y que sus deseos contrariaban a su buen hermano Glenn. Ahora, no pudo evitar acercarse y al hacerlo vio dos lágrimas solitarias cruzar por sus mejillas y esto le estremeció, haciéndole perder toda cordura. Fue hasta ella con rapidez, tomándola entre sus brazos y llevándola a un banco de madera en el cual la hizo sentar, a la vez que enjugaba con su mano esas perlas que brillaban en su rostro.

—Kirstie, ¿qué te ocurre?

Con un sollozo, ella se refugió en su pecho. Él dudó qué hacer, para finalmente ceder y acariciar su cabello. Sentir su rostro contra su piel desnuda

fue increíble.

—¡Es tan difícil esta situación, Ewan! Tu hermano no me quiere.

Él encajó sus mandíbulas, maldiciendo interiormente. Ella lloraba por su hermano y eso le dolía.

—Dale tiempo—murmuró con tono metálico.

—No, no. Me lo ha dicho, no me quiere, está obsesionado con otra mujer.

No podía entender que decía o a qué se refería. ¿De qué mujer hablaba?

—Cuando logre apreciarte...— trató de seguir.

—¡No lo entiendes! — ella separó el rostro del pecho y lo miró con intensidad—. ¡No me importa, nada me importa que esté enamorado de otra! Yo no lo quiero ni me interesa, nuestro matrimonio es un convenio y tú lo sabes bien. Él me lo ha dicho y ha sido honesto porque lo confronté, lo obligué a decirme todo.

Ewan no alcanzaba a entender nada, pero le alegraba que ella declarara abiertamente su desinterés en su hermano. Mas la que describía era una situación impensable. ¿De qué mujer hablaba? Glenn nada había dicho ni tenía una amante conocida, ni siquiera alguien con la que se le viera muy a menudo. Siempre había sido como un picaflor.

—Mi hermano es consciente de sus obligaciones y este matrimonio que ha contraído contigo será respetado y...

—¡Me ha dicho lo contrario!

Kirstie sentía que estaba traicionando la solicitud de tiempo que Glenn le había hecho, pero alguien tenía que escucharla, con alguien tenía que desahogarse. ¿Y quién mejor que ese hombre que la miraba con ternura y del que se sentía prendada desde el primer momento que lo había visto?

—Está enamorado de alguien y romperá nuestro matrimonio en breve, eso dijo. No creas que eso me importa.

Ella elevó su mano hasta tocar la cara de Ewan, obligándolo a que la mirara. Era evidente para cualquiera que los observara que algo muy intenso los conectaba, aunque ellos todavía no se atrevían a confesarse mutuamente interesados.

—¿Entiendes que esto me pone en una posición muy difícil ante mi padre? Si en este momento voy con él y digo lo que ocurre, se provocará un escándalo y un enfrentamiento de dimensiones colosales. La paz jamás volverá entre nuestras familias. Yo tendré que irme.

Por la cabeza del muchacho discurrían varias ideas. La más importante y racional le dictaba que su hermano estaba loco si estaba pensando descartar el matrimonio pactado, contrariando los deseos del Rey y sometiendo a Blair MacDowell a un desaire de tales dimensiones. Otra, más personal, le gritaba que si Kirstie se iba no podría verla nuevamente y tras ella se iría su corazón.

—Ojalá fuera yo...— se escaparon las sentidas palabras de su boca.

Ella lo miró y asintió. No tenía sentido no hablar de lo que los unía, las palabras necesitaban decirse.

—Si nos hubiéramos conocido antes— señaló ella—. Todo sería distinto.

—Eso no hubiera acontecido. Estás aquí por él— Se tomaron las manos, sin importarle desafiar la posible ira de su hermano—. Te voy a proteger, me comprometo a cuidarte más que a mi vida— le dijo—. Te amo, te amo, aunque no pueda desposarte, Kirstie.

Las sencillas palabras escaparon sin control, con una intensidad tal que ella lo miró conmovida.

—Mi corazón sólo te pertenece a ti, lo he entendido, aunque no quise admitirlo antes. Pero es imposible—sollozó—. Debo pensar qué hacer, tu hermano me pidió unos días y no sé cómo irá todo.

— ¡Hablaré con él de inmediato!

—¡Espera! Mira, creo que tu hermano está aún más confundido que yo. Ví tristeza en sus ojos. Su corazón pena. Me habló con pesar, sabiendo que rompía un pacto que podía llevarlos al conflicto, pero le era imposible seguir fingiendo. Yo no quiero estar entre ustedes y obligarlos a pelearse. Tengo claro que su decisión implica mi retirada.

—¡Yo tomaré su lugar! —señaló Ewan con espontaneidad—. Cumpliré con el mayor de los gustos lo que sería el sueño más importante de mi vida.

—No creas que no sería mi deseo— lo miró con intensidad—. Pero las cosas no son tan fáciles, mi padre no lo aceptaría ni lo entendería— agachó su cabeza—. Olvídalo, olvida que vine a ti a agobiarte. Deja que tu hermano decida hacer lo que crea conveniente.

—¿Y tú?

—Llamaré a mi hermano Ian, le haré saber que quiero hablar con él. Es casi mi otra mitad y puede ayudarme a saber qué hacer. Ewan, gracias. Gracias por contenerme, gracias por tu amor. Lo conservaré como un preciado tesoro.

Dio la vuelta y se retiró a su habitación, dejándolo allí parado, indeciso e irresoluto, sabiendo que la que se filtraba por el gran pasillo era la única mujer que podría querer.

Capítulo 15.

Al cabo de dos días de pensar y dar vueltas y sintiéndose observada tanto por Glenn como por Ewan, recibió a su hermano que había acudido, presto a su pedido. Se fundió en un abrazo intenso con el que le transmitió su angustia.

—¿Qué pasa, hermana? Me necesitas, lo veo. ¿Qué te ha hecho esta gente? Te llevaré ahora mismo conmigo si es necesario, aunque nuestro padre no lo quiera.

—Ian, sabes que no es tan fácil—le dijo lento—. Estoy en una situación inédita, no sé qué hacer, pero tengo claro que mi matrimonio con Glenn Campbell es una ficción sin ninguna consecuencia.

—¿A qué te refieres?

Él se preocupó, sabía que ella no estaba a gusto con el hombre, aunque esperaba que no estuviera pensando en escapar y dejar en la estacada a ambos clanes. El Rey jamás lo perdonaría.

—Él está pensando en terminarlo antes de tiempo, me lo ha dicho.

La confesión lo dejó mudo, para luego incorporarse con furia y gritar:

—¿Se ha atrevido a desposarte y tomarte para luego desecharte como si fueras una vulgar ramera?

El ánimo del muchacho se soliviantó, dispuesto a cobrar venganza allí mismo, perdida la cabeza por la afrentosa actitud del mayor del clan Campbell.

—No ha sido así. No hemos tenido contacto alguno. Ni siquiera se me acercó, salvo cuando lo confronté sobre sus intenciones. Me dijo que quiere a otra mujer y pronto la traerá el castillo. No es una noble o de otro clan. No tengo claro quién o qué es. Una campesina, una mujer del bosque. No sé si

vive allí o por las colinas, pero se encuentran por ahí. Dice que es como un encantamiento, no puede evitarlo. No importa, en verdad no importa.

Ian no podía creer tamaña estupidez. Ese hombre podía tener a quien quisiera sin necesidad de provocar una guerra segura. Debía estar loco, ¿o qué estaba pensando? No parecían los pasos y palabras de un líder tan leal como había sido siempre Glenn con los suyos, eso había que reconocérselo.

—¿Qué piensa?

—No lo sé, no lo conozco. Ha sido amable, me ha tratado bien. No puedo decir lo contrario.

—Sabes que nuestro padre considerará esto como el agravio más importante que haya sufrido.

—Lo sé y quiero evitarlo. Te confieso, hermano, que para mí ha sido un alivio que él no se me acercara. No lo he podido ver cómo un hombre para mí, no me interesa. Caso contrario es lo que me ocurre con su hermano.

Ian la miró con alarma. ¿De qué hablaba ahora Kirstie? Esta no parecía la hermana que había dejado el castillo, la que tanto conocía.

—Kirstie...

—Lo sé, lo sé. No entiendes. Es muy complicado. Mi corazón late apresurado cuando Ewan Campbell se me acerca y él dice sentir lo mismo.

Ian no alcanzaba a interpretar lo que su hermana le contaba. Él era un hombre práctico al que poco guiaban las emociones intensas. Pensaba desde la lógica y lo único que veía claro era que Blair consideraría todo esto como una justificación para una guerra. La idea de que su hermana se acercaba a los Campbell y la confesión de sus sentimientos por el hermano del medio no hacían sino complicar las cosas. Decidió que lo más fácil era llevársela en este momento y ya.

—Creo que deberías irte conmigo ahora. Si Glenn Campbell te ha

confesado eso es que planea realmente hacerlo. No querrás quedar en el medio.

—Tengo que pensarlo—le dijo ella—. Ver qué es lo que me conviene y si hay alguna forma de arreglar las cosas. Te pido que no le digas nada, yo lo voy a resolver en estos días. De una u otra forma.

Convencerlo de que se fuera sin hablar con Glenn o llevarla, fue todo un triunfo. Para Kirstie, hablar con su hermano había sido importante y si bien poca solución le había dado, salvo sugerirle la retirada, se sentía mejor y dispuesta a dar su propia batalla entre los hombres. Tenía que pensar mejor y para eso necesitaba tiempo.

Ian se fue muy preocupado y con renuencia, luego de insistir en llevarla consigo. A pesar del intenso sentimiento que lo conectaba con su hermana, entendía que ella no tenía claridad en su cabeza y lo dicho no era algo que pudiera quedar así nomás. Su padre debía saberlo. Evidentemente, Kirstie estaba trastornada entre esos Campbell, había olvidado a quien debía su lealtad y comenzaba a desvariar. Tenían que arrancarla de ese lugar a como diera lugar.

2.

Blair maldijo con total furia, incorporándose de golpe y castigando con su puño a la pobre curandera que buscaba aliviar su pierna hinchada y purulenta. La mujer cayó de espaldas y reptó hacia atrás, sangrante y aterrorizada mientras el laird caminaba rengueando hacia ella con intención de continuar su castigo.

—¡Piedad, señor, piedad! —sollozó—He hecho lo que he podido e incluso pedí ayuda para poder aliviar sus dolores.

Él la alcanzó y tomó por los cabellos, arrastrándola por la sala, a la par que gritaba:

—¿Crees que puedes engañarme? ¡Tus medicinas no son tales, tus pociones no funcionan!

—¡Lo haré mejor! La hechicera con la que hablo debe tener una medicina más fuerte que esta, mi señor.

—¿De qué hechicera hablas ahora? — rugió.

—De la que vive en el risco, cerca del río, en el confín de sus tierras. Ella me provee de hierbas y su magia es fuerte.

Sollozaba rogando convencer al furibundo hombre, ya que no dudaba que podría matarla allí mismo, sin remordimientos ni consecuencias para él.

—Ella vino de lejos y sus poderes son muchos. Me ha dicho que su medicina funcionaría mejor si...

—¿Si qué, bruja? —urgió.

—Si usted moderara sus alimentos y se bañara más— le contestó enloquecida, sabiendo que esto podría aumentar la ira o conseguir que la mirara con mayor atención.

Para su alivio, el frenó su mano con incredulidad.

—¿Tú osas decirme cómo debo comer o bañarme?

—Ella dice que los alimentos pueden tener elementos malos y que los espíritus malvados viven en la mugre y esta se cuela por la sangre, pudriéndola por dentro.

La vívida descripción impresionó a Blair que ahora la miraba con menor rudeza y mayor curiosidad.

—¡Busca a esa bruja y tráela ante mí! Quiero que me mire a los ojos y me proporcione su mejor medicina. Si no lo haces, tú y ella sufrirán lo indecible.

Ella escapó al verse libre de la sujeción, llorando de alivio momentáneo y pavor. ¿Cómo traería a esa huidiza mujer ante su señor? Apenas si la conocía. Pero debía hacerlo o moriría, eso era seguro.

En su retirada se cruzó con Ian, que había retornado hacía varias horas de ver a su hermana y aún no decidía del todo qué hacer o decir a Blair. Miró con pena a la mujer de las hierbas, que se iba enloquecida. Escuchar los gritos de su padre lo prepararon para la retahíla de insultos con que lo recibió. Se notaba el dolor en sus pupilas y la fiebre le daba aún más color a su cara. Pero Blair no era un hombre del que uno se pudiera compadecer, porque jamás bajaba la guardia o confesaba su molestia o dolor.

—¡Ian, dime dónde te habías metido! Todo lo debo hacer yo. Maldita sea, ayer tuve que resolver la situación generada en el molino, una que debiste solventar tú. Debo decirte que me enfurece la mano blanda que gastas con esos inútiles hombres. He debido repartir más de un golpe para llamarlos al orden.

Esto no podía ser más que la descripción de un arrendatario con algún hueso roto o la cara marcada por hablar ante su padre. Él no aceptaba consejos ni lamentaciones, menos aún palabras altisonantes. Y esto provocaba una molestia creciente y evidente entre los suyos, una que su hijo procuraba aliviar, con trato más gentil, aunque no podía estar siempre. Trató de distraerlo ahora.

—Padre, me fui temprano pues Kirstie me hizo llamar con el mensajero.

—¿A ti? — se sorprendió—. ¿Por qué no a su padre?

Ian suspiró procurando ser paciente. ¿En qué mundo su hermana llamaba antes a su padre que a él? Nunca había sido así. Dejó pasar la referencia y continuó.

—Vi tu estado de dolor y fui, procurando evitarte cualquier preocupación. No pensé que fuera nada grave.

—¿Cómo está ella? — lo miró atento, olvidando su dolor por ahora.

La mirada astuta lo midió y Ian supo qué le diría todo. Su padre tenía la habilidad de hacerle hablar más de lo conveniente.

—Un poco confundida, no termina de adaptarse al castillo Campbell.

—Eso es lógico. No hay lugar en el mundo como el hogar. ¿Le están haciendo la vida difícil? Dime, ¿ese sucio Campbell la trata mal?

—Me ha dicho que apenas si ha cruzado palabra con él—soltó con cuidado.

—¿Y del sexo? —preguntó sin pruritos.

—Dice que no la ha tocado y que ya le manifestó que no tiene intenciones de consumir el matrimonio.

—¡Afeminado, lo sabía! — ríe con estrépito—¡No puede lidiar con una mujer de verdad como nuestra Kirstie, una auténtica MacDowell!

—Ella teme que eso afecte el pacto matrimonial.

—¡Tan poco hombre como nuestro Rey Jacobo! No debe poder tener descendencia—continuó el mayor haciendo que las risotadas recorrieran el salón.

Parecía despreocupado de lo que le decía y concentrado en el hecho puntual de la falta de sexo. Entonces continuó.

—Al parecer habló con ella y le ha dicho que ama a otra mujer, a la cual llevará al castillo pronto.

Ahora sí logró toda su atención, y al estupor siguió la furia.

—¿Osa despreciar a mi hija y romper unilateralmente el pacto? ¿Cree que puede humillarme, despreciarnos a todos sin consecuencias?

—Pues parece que obedecer o no a Jacobo le importa bien poco—masculló Ian.

La verbosidad derivó en un mutismo y fue ahora un ceñudo Blair el que se sentó, dando descanso al muslo. Después de todo, comenzó a pensar, esto solo podría ser bueno. Adelantaba las cosas y sin necesidad de ninguna acción de su parte.

—¿Sabe Kirstie quién es esa mujer? Bueno, eso poco importa en realidad. Tu hermana ha de estar alterada; es necesario que resista. Aunque le duela o sufra, deberá esperar a que él la expulse o desprecie formalmente para que nos sirva.

Ian se revolvió nervioso. Le molestaba que para su padre todo se tratara de un juego de poderes o complots.

—Es más complejo, padre.

—¿Qué dices? —lo miró ahora, distraído.

—Kirstie dice estar enamorada del segundo de los hermanos Campbell. Cree que, tal vez, todo podría solucionarse en forma pacífica si en lugar de Glenn, la desposa el otro hermano.

—¿Tu hermana ha enloquecido? —gritó con absoluto desconcierto—. Nada de eso será factible nunca. Si acepté este casamiento fue con la intención de usarlo a nuestro favor.

—Temo que más tiempo en ese lugar la continúe perturbando.

Blair evaluaba posibilidades y se dijo que las cosas debían acelerarse. No podía consentir que su propia hija arruinara todo.

—Hay que moverse—decidió—. Kirstie tiene que volver. Debes ir por ella.

—Así será. Por cierto, en relación a lo que me preguntaste antes. Esa mujer de la que Glenn le habló al parecer es una desconocida que vive por los bosques, cerca del río y los riscos. Kirstie me dijo que él le había confesado que se sentía bajo un hechizo.

Blair no podía creer lo que escuchaba. ¿Qué clase de estúpido era ese hombre? Lo creía valiente e inteligente. Lo que más le impactó, sin embargo, fue el dato del lugar donde vivía la mujer. No podía ser casualidad la mención a ese sitio otra vez. Aunque la referencia dada por su curandera era sobre una

anciana. ¿Habría alguien más o todo se reducía a una hechicería sobre Glenn? Le corrió un frío por su espalda al pensarlo, para luego descartar tonterías.

—¿Sabes qué? —miró a su hijo— Ve por Kirstie y confronta a Glenn acerca de su accionar y sus intenciones. ¡Que quede claro que defiendes nuestro honor! Oblígalo a confesarse y que las palabras de su engaño corran de boca en boca. Yo me encargaré de esa otra mujer. Si la tal hechicera existe y es su debilidad, lo tendremos atrapado por los testículos. Lamentará haber nacido

Su risa anticipaba la emoción de la victoria. Cómo veía las cosas, los Campbell pronto estarían sin líder y escapando a uña de caballo de su propia furia y de la de Jacobo. Oh, sí, su herida parecía latir menos ahora.

Capítulo 16.

La herborista se acercó con cautela, procurando esquivar las piedras que se volvían cada vez más grandes y por tanto un escollo más molesto en su camino. Renegó en silencio, con miedo y furia mezclados, sentimientos que la habían gobernado desde que Blair MacDowell le había ordenado, sin lugar a cuestionamiento, que guiara a sus soldados con la mujer que curaba. A la sorpresa inicial y el resquemor al pensar que pasaba por encima de su saber y la haría a un lado en lo que concernía a las curaciones, le sucedió el alivio al entender que había algo más importante en juego.

Ella jamás se había acercado a la casa de Davina, bien que se había cuidado la anciana de encontrarse siempre cerca del poblado o en sus alrededores. Pero las referencias acá y allá a lo largo de los años, le habían permitido hacerse una idea de por dónde debería estar su vivienda. Así que avanzó y avanzó, descubriendo un sendero apenas pisado y fácil de seguir para cualquiera avezado con la vegetación, y ella lo era.

Miró atrás, para verificar que los soldados de Blair la seguían, algunos cientos de metros detrás. El camino adelante se curvó repentinamente y entonces, frente así, en un lugar rocoso y al lado de una arboleda, pudo ver una casa que parecía bastante precaria. No podía ser de otra persona. Le horrorizó pensar que se pudiera vivir en ese lugar y en esas condiciones, pero al acercarse notó que lo que parecía frágil y descuidado, era fuerte y la madera era buena.

Una breve duda la acució en ese preciso momento. Sabía que lo que fuera que se acercara para la mujer, no sería bueno. A lo largo de los años la había visto envejecer y bien que se había nutrido de sus conocimientos. Estaba en

deuda con ella. Mas la forzaban a descubrirla, era hacer lo que le decían o arriesgarse a la furia mortal del laird. O la muerte; había dado sobradas muestras de impiedad.

—Davina—gritó.

Apenas tuvo que esperar unos momentos para que la mujer asomara y su rostro al verla fue de extrema perplejidad.

—¿Qué haces aquí? Pensé que nos veríamos en la mañana. He estado preparando lo que me pediste—Davina se acercó buscando frenar su entrada, sin saber bien como actuar—. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Mira, Davina, he venido porque algo grave ocurre.

La mujer no sabía a ciencia cierta qué más decir. No la caracterizaba la honestidad a rajatabla, pero le molestaba el papel en que la habían involucrado.

—¿A qué te refieres? —inquirió con desconfianza.

—Tienes algo que el laird MacDowell quiere. Esto va más allá de las medicinas, Davina, esto tiene más que ver con magia o maleficios. El gran señor piensa que lo has maldecido, que tu mala magia le impide sanar.

Su descripción fue cortada por los gritos. Los soldados las habían rodeado con un sigilo que ya no era necesario. Solo eran dos mujeres, una bastante anciana que, además, no entendía que pasaba y mal podía resistirse.

— ¿Qué es esto? ¿Qué pasa? ¿Qué quieren de mí? —gritó Davina, aterrada.

— ¡Deberás venir con nosotros, bruja! —gritó uno de los soldados, tomándola con rudeza de un brazo—. Y la otra también nos acompañará.

Escuchar que aludían a Isobel estremeció y demudó el rostro de Davina. «¿Cómo saben de ella? ¿Cómo es posible que conocieran la vivienda y a ambas?». Miró a la herborista, pero ésta se encogió de hombros; la referencia

sobre su nieta no venía de ella. La conocía bien, no era una mujer muy inteligente. Podría haber atado cabos con relación a ella y a la casa, no podría haber sabido de su nieta. Nunca la había mencionado en su presencia, se había cuidado muy bien de eso.

—¡Contesta, mujer! No nos hagas perder más tiempo del necesario. ¿Dónde está?

—¿A quién buscan? ¿Qué pretenden? Soy solo una pobre anciana que vive con lo que puede, apenas conozco algo de medicina, sí de hierbas. No hay nadie más aquí, estoy sola, como siempre ha sido.

El golpe la tomó por sorpresa, una cachetada que conmovió todo su frágil cuerpo, y hubiera caído de bruces de no ser porque otro hombre la sostuvo.

—¡Confiesa ya, no puedes mentirnos!

Estos eran soldados acostumbrados a la violencia y convencidos de lo que buscaban. No se irían sin arrebatarse una confesión y en ese plazo, Isobel volvería y quedaría atrapada, quién sabe con qué fin. La mente de Davina procesó con agilidad del escenario. No tenía otra alternativa.

—Llévenme ante su señor, sólo ante él hablaré. Pueden castigarme, buscar quebrarme, no les costará mucho. Soy apenas una mujer vieja, mas tengan por seguro que mis maldiciones caerán sobre ustedes si no hacen lo que les digo.

Su apasionado discurso impactó sobre los hombres, bien dispuestos a creer que tenían antes sí a una hechicera. Finalmente, el que llevaba la voz cantante barbotó la orden de que la maniataran.

—No te tenemos miedo, nuestras órdenes son expresas. Irás ante el señor Blair y de seguro no tendrás opciones. Así será, te aseguro que el laird no es piadoso.

Davina se refugió en un hosco silencio y no opuso más resistencia. El

pequeño contingente escoltó a una ahora ágil anciana, que apuraba el paso para dejar atrás el refugio de tantos años, hacia dónde estaban los caballos de los hombres, en uno de los cuales fue subida sin muchos miramientos, para luego ser llevada al castillo.

Detrás quedó la herborista, impactada por lo que acababa de presenciar, con culpa. Esta no fue obstáculo para que su curiosidad la guiara dentro de la choza de la mujer que tantos años le había provisto de hierbas y pociones. Se hizo con algunos objetos, más algunas medicinas desconocidas, que de seguro le servirían. Luego y a paso vivo, retornó a su lugar, deseando olvidar el asunto. Su conciencia le remordería más tarde, lo sabía, pero no había tenido opciones. Era Davina o ella.

Solo cuando el sitio quedó desierto, Isobel se atrevió a salir de su escondite en la arboleda. Había llegado unos minutos después que los soldados, acuciada por un presentimiento que la atacó cuando estaba en el río. Allí sintió el familiar cosquilleo que solía anticipar lo malo y esta vez supo con claridad que tenía que ver con ella y su abuela. Esto la hizo correr con rapidez, desandando el camino. Había llegado justo cuando su abuela la negaba y su vehemencia, así como el tono más elevado de la anciana, le hicieron entender que Davina procura evitar que se acercara, que no supieran de ella.

Se había acercado con cautela y casi a rastras entre los arbustos. Reconoció sin dudar los colores del clan MacDowell. Eran soldados del castillo. «¿Que pretenden aquí? ¿Qué buscan y por qué? ¿Cómo saben de mí y la abuela?», fueron las preguntas que se agolparon en su boca, sin poder emitir sonido. Una rápida visión le permitió ubicar a la mujer con la que su abuela intercambiaba objetos y pudo entender que aquella los había guiado, la curandera. Se estremeció y sintió como propios los golpes cobardes que su abuela encajó con valentía. «Malditos hombres, ¿no ven la fragilidad y la

ancianidad de Davina?».

Ver esto le hizo comprobar la verdad que su abuela siempre sostenía sobre la mayoría de los hombres, brutos y violentos. Tapó su boca para no gritar. Entendía perfectamente lo que su abuela hacía y salir de su escondite solamente hubiera empeorado la situación. Ambas estarían perdidas si ella echaba por la borda el intento de esconderla, de evitar que la encontraran. Era probable que buscaran en los alrededores y la vieran, no tenía para donde ir sin que la atraparan con rapidez.

Sus ojos azorados contemplaron cómo las cuerdas cortaban la fina piel de su abuela al maniatarla. ¿Qué esperaban, que pudiera escapar de ellas, que disolviera las mismas? Las repetidas veces que sonó el epíteto «bruja», la hizo enfurecer, pues el vocablo era un insulto; luego entendió que ellos sentían temor. Su abuela muchas veces le había asegurado que los hombres comunes están dispuestos a creer más fácilmente una mentira que una verdad en lo que concernía a la sabiduría de la Naturaleza y de las mujeres en particular.

Dejó que su corazón se calmara y respiró hondo, viendo como se llevaban a Davina, con un dolor atroz en su pecho. La mujer que curaba se había metido en su casa y estuvo en ella por un rato. Luego se retiró, caminando con cierta dificultad, hasta desaparecer. Permaneció tan inmóvil como pudo, en parte por cuidado, pero también por el shock. No sabía qué hacer, solo sentía que su corazón le dictaba que su abuela estaba en peligro. Y entonces corrió, en busca de la única esperanza que podía tener, hacia los riscos, que bajó con más descuido que nunca, raspando sus brazos, codos y rodillas, sin sentirlo. Lo único que su mente le dictaba era que debía encontrar a Glenn, que solo él podía salvarlas, a ella y a su abuela.

Avanzó a trompicones, al principio por terreno conocido y luego, por primera vez, hacia las tierras de los Campbell, sin detenerse. La urgencia y el temor le daban aire y fuerzas, pero no hubiera podido lograrlo si no hubiera

tropezado con un buen hombre y su carro, al que se antepuso, asustando a los animales y obligando a un giro de las riendas. Poco entendió este de sus sollozos y frases inconexas, aunque las palabras «MacDowell» bastaron para activar sus alarmas.

Acostumbrados a sus saqueos y a sus ingresos, el campesino no pudo más que pensar que ellos se encontraban cerca, por lo que azuzó sus caballos de labor y el pesado carro tanto como podía para acercar a Isobel al castillo, frente a la puerta del cual esbozó la situación y dejó a una Isobel desfallecida, que pedía a gritos por Glenn.

Capítulo 17.

El escándalo suscitado en el portón de ingreso al castillo desconcertó y fastidió a los guardias que, a pesar de la explicación del carretero, la creyeron una loca delirante. Estaban a punto de expulsarla, cuando el grito del laird los detuvo:

—¡Cada uno a su labor y a su puesto! Conozco a esta mujer, yo me haré cargo.

Glenn no podía creer que Isobel se encontrara a las puertas de su morada. Al asombro se sumó la preocupación por verla en un estado de absoluto desequilibrio. Había escuchado el alboroto y se había acercado, esperando encontrar un altercado común entre arrendatarios o algún borracho, y entonces la sorpresa fue mayúscula. La mujer lo miraba y sollozaba aterrada, tanto que conmovió su fibra más íntima y le hizo jurar en silencio que alguien pagaría por esas lágrimas de miedo. La elevó en sus brazos y la agotada muchacha apoyó la cabeza en su hombro, sollozando.

—¡Se la han llevado, Glenn!

—¿A quién se han llevado? ¡Por favor, Isobel, tranquilízate! No podré ayudarte si no lo haces.

—¡A mi abuela! A mi abuela Davina, los hombres del otro clan. ¡Vinieron a nuestra casa y se la llevaron! Me buscaban también a mí, los escuché. Mi abuela evitó que me encontraran. ¡La matarán, escuché que le decían bruja! ¡Estoy segura que la buscaban para matarla!

El estado de frenesí era tal que la abrazó hasta que apenas fue un pequeño bulto que sollozaba en sus brazos. Le partía el corazón verla en esa situación y a la vez las alarmas de la preocupación resonaban en su mente. ¿A qué otro

clan se refería, el de Blair? ¿Qué podría querer de una anciana? ¿Y por qué buscaba a Isobel? No quedaba nada claro, pero la prioridad era calmar a la muchacha. Con toda la ternura y el amor que le estrujaba el corazón, la llevó adentro del castillo, provocando la curiosidad de quiénes deambulaban y trabajaban en el gran patio.

—¿Glenn, ¿qué ocurre? ¿Qué escándalo es éste? ¿Quién es esa mujer? —inquirió Ewan, que acababa de aparecer y veía una escena extrañísima ante sus ojos.

—¡Te explicaré luego! —sentenció el otro, mirándolo fieramente. No necesitaba ahora las reconvenciones de su hermano, ni quería dar explicaciones. Debía sosegar a Isobel, para poder ayudarla—. Trae agua y algunas mantas.

Ewan obedeció, comprendiendo que algo muy grave ocurría. Se dirigió a la gran cocina donde dio las órdenes pertinentes, para luego seguir tras los pasos de Glenn, que se dirigía con la muchacha a su propia habitación, cosa que le extrañó aún más. ¿Quién era esa mujer? No había visto tantos gestos de preocupación y protección en su hermano con ninguna otra antes. Miró desde la puerta como él depositaba con cuidado extremo a la muchacha en su propio lecho.

Su cabellera brillaba como el oro y vestía ropas toscas y grises, propia de campesinos, mas era evidente que no pertenecía a los suyos. Tampoco a alguno de los vecinos. Parecía emanada de la nada. En ese momento, su madre hizo acto de presencia a su lado. Lo miró con interrogación y él se encogió de hombros. Solo Glenn tenía las respuestas de lo que pudieran estarse preguntando su madre y él mismo.

Ailsa observó con atención y asombro como su hijo mayor, sentado al lado de una muchacha de cabellos dorados, acariciaba su rostro y hablaba con palabras dulces y bajas, procurando calmarla. La voz de la chica comenzó

entonces a escucharse, primero desarticulada, luego tomando forma.

—¡Eso es, respira y cálmate! —dijo Glenn—. Debes decirnos que ocurre.

—Yo... Estaba junto al río— lo miro con timidez.

Había ido a esperarlo, sabedora que era su lugar de encuentro. Él entendió su mirada y su silencio.

—Sentí entonces...—se detuvo, consciente de que había más gente observando.

Había dos personas junto a la puerta y eso la cohibió. Ella jamás había dicho a nadie acerca del instinto que la guiaba en momentos de tragedia y su mente le decía que este no era oportuno.

—Es mi familia, y ahora también la tuya—aseguró él—. Continúa.

Ewan no podía creer las palabras de su hermano y el nivel de familiaridad. ¿Esta mujer era su amante? ¿Cómo impactaría esto a Kirstie? Era demasiado confuso.

—Volví a tiempo para ver cómo se la llevaban, me escondí en los arbustos. Destrozaron nuestra casa, no sé por qué la buscaban y también me mencionaban. La abuela dijo que solo confesaría ante el señor del castillo. ¡La golpearon! —sollozó.

Ailsa sintió profunda piedad; la desesperación y el miedo desencajaban el rostro y el cuerpo de la muchacha se estremecía. Se acercó y pudo apreciar su belleza, delicada y exótica. Era una total desconocida, ella se preciaba de conocer a gran parte de los integrantes del clan y ella no lo era.

—Calma, niña. Tranquilízate. Estás a salvo aquí. ¿Quiénes se la llevaron?

Isobel bajó su cabeza y susurró:

—Mi abuela... Los soldados de MacDowell se la llevaron.

—¡Oh! —se sintió entonces detrás y todos dieron vuelta para ver que Kirstie estaba en el umbral y probablemente había escuchado todo, incluyendo esta acusación contra su clan.

Ewan se dirigió a ella y la tomó por los hombros buscando calmarla, a la vez que la retiraba del lugar. No era prudente mezclar dos situaciones tan explosivas.

—¿Quién es, Ewan? ¿Quién es esa chica? Dice que mi familia la atacó...

—No tengo nada claro, pero sin duda algo grave le ha ocurrido y mi hermano pretende llegar al fondo de la situación.

¿Qué más podía decirle sin alarmarla? Por otro lado, ¿qué más sabía, en realidad?

—¡Debo saber, es evidente que me involucra!

—Ve a tu habitación, no es momento ahora de interponerse en el camino de Glenn. Te avisaré apenas sepa algo más y lo resolveremos, lo prometo. Ve ahora.

Ella bajó la cabeza y se dirigió a su habitación, preocupada. Su mente esbozaba algunas ideas, pero no las podía hilar aún. Ewan retornó con celeridad, para comprobar que Ailsa había tomado el control de la situación. Sentada al lado de la muchacha, a la que ahora nombraba Isobel, le daba un sorbo de una bebida que la hizo toser.

—Debes beber, te hará bien para tranquilizarte.

Glenn se levantó y pasó a su lado sin intenciones de charlar, pero lo siguió.

—¡Glenn! —gritó, sin que le prestara atención.

Eso no lo arredró y le dio una palmada en la espalda, como cuando eran chicos y lo interpelaba o forzaba a darle respuestas.

—. ¿Glenn? Tendrás que explicarnos que ocurre, tarde o temprano.

¿Quién es esa mujer?

—¡Esa mujer es mía, es la mujer que amo! —la mirada feroz lo atravesó, aunque no le temía.

—¡Tú estás casado!

—¡No hablas en serio! Esa es una farsa que está a punto de terminar. ¡No quise, me obligaron y tú lo sabes bien! Las imposiciones de Jacobo y de Blair MacDowell no impedirán que despose a aquella que realmente amo. De todas formas, ¿crees que ese es el asunto ahora? No, esto es más grave. Isobel y su abuela han sido agredidas y estoy seguro que esto tiene que ver conmigo. No sé de qué manera Blair se ha enterado de la existencia de Isobel y se las ha arreglado para buscarla y lastimarla. ¡Y con ella, a mí!

—¡Glenn! —entró a los gritos Lyle, que regresaba de cazar y no entendía nada de lo que ocurría. Le habían dicho de una mujer había llegado al castillo, alterada por un ataque de los MacDowell—¿Quién es la que vino? ¿Qué pasó?

—Se llama Isobel y al parecer es...—señaló Ewan, que fue abruptamente cortado por el pequeño.

—¿Es ella? —se dirigió al mayor—. ¿La mujer del bosque? ¿La que te tiene hipnotizado?

—¿Tú también lo sabes? —se sorprendió Ewan—. ¿Por qué soy el último en enterarme? ¿Los asuntos de los Campbell ahora me quedan por fuera?

—Deja eso, Ewan, no es momento para tus discursos.

—Si a ti te parecen tonterías que tu hermano desconozca una situación que nos podría afectar a todos—le contestó desafiante—. —Sabes tan bien como yo que de ese pacto matrimonial depende nuestra seguridad con el Rey.

—Pues es algo que está a punto de disolverse, Ewan.

—¿Estás obsesionado? ¿Qué ocurre contigo? ¿Por qué Lyle la conoce y

habla de hipnotizar?

—¡Puras tonterías!

—Está totalmente impactado, obsesionado, enamorado de esa mujer que no se sabe de dónde sale ni dónde viene— sentenció Lyle.

—No dudo que es hermosa...

—Es más que eso, es la mujer que he elegido. Tan simple como eso y no aceptaré consejos ni lógicas de tu parte, Ewan.

—Hijos— se escuchó la voz de Ailsa desde la puerta—. ¿Por qué gritan y discuten? Lo que siempre nos ha distinguido es el amor que nos tenemos. Eso no puede romperse ahora por nada externo, ni siquiera por una mujer.

—No será así, madre— la tranquilizó Glenn—. Tengo mis prioridades claras y eso parece molestar a Ewan.

—No es eso lo que me molesta y lo sabes bien. Has rechazado y humillado a tu esposa. Ella merece más.

—¿Pues por qué no la consuelas tú? Estás bastante más interesado en ella que yo—sonrió con ironía Glenn, qué hacía días que notaba las miradas de su hermano y Kirstie.

—No sé qué insinúas, hermano, pero vas por camino equivocado. Muy mal piensas de mí y poco me conoces si crees que sería capaz de...

—Te conozco muy bien y por eso confío a ojos cerrados en ti. Deberías hacer lo mismo conmigo—le acusó—. Solo señalo lo que es evidente a los ojos de cualquiera, no me molesta, y no me interesa eso ahora. Tengo que resolver esta situación, debo ayudar a Isobel y...

—Te percatas de la gravedad de todo esto, ¿no es así? —le señaló su madre—. Esa chiquilla merece apoyo y ayuda, pero, ¿te das cuenta de que lo que describe involucra al padre de tu esposa? Ir contra él no solo reavivará los odios añejos, sino que deshonrará el pacto que asumiste al tomar en

matrimonio a Kirstie.

—Es un matrimonio a prueba—aseguró—. Estoy seguro que Blair jamás lo ha tomado en serio. De ser así, ¿por qué ataca a estas mujeres?

—¿Y por qué crees que lo que hizo tiene que ver contigo? ¿Qué no es una decisión independiente que por casualidad te impacta? —le señaló Ailsa.

—No lo sé, lo intuyo. No confío en ese hombre, es astuto y no dudo que pondría su hija de carnada si eso sirviera para sus intereses.

—No tiene modo de haberse enterado que tú veías a otra mujer, a nadie le dijiste, ¿o me equivoco?

Los ojos de Glenn permanecieron inmutables.

—Hay alguien, sí—. Miró a Ewan—. Le conté a Kirstie porque lo consideré de caballero advertirle, ser honesto, que supiera que me interesaba otra mujer, que era cuestión de tiempo que el pacto terminara.

—Ay, hijo. ¿Y qué esperabas? —Su madre movió la cabeza con pesar—. Es lógico suponer que Kirstie debió haberse sentido tan desahuciada y sin saber qué hacer, que se comunicó con Blair. Debe haberle hecho saber todo a su padre y éste tomó acciones.

—Su hermano estuvo hace unos días—acotó Lyle—. Tal vez le contó entonces.

—Pero, ¿qué interés pueden tener en una muchacha inocente?

—¿Es que no lo entiendes, madre? Hablé con el corazón abierto y Kirstie lo notó. Piensa qué carta importante sería en poder de Blair, podría ponerme de rodillas si tuviera a Isobel en su poder.

—¿Tanto así amas a esa mujer? —se asombró su madre.

—¡Tanto así!

—¿Podrías en total peligro a tu clan, a tu familia, por ella?

—Jamás haría algo para perjudicar a los míos. Como veo la situación, es

cuestión de tiempo que todo vaya de mal en peor, esto solo lo acelera. No soy amigo de postergar lo inevitable. Acepté el compromiso con Kirstie y que fuera a prueba porque en el fondo, intuía que no podría durar. Y Blair también, él jamás toleraría una unión con nosotros. ¿Que no entienden? ¿Solo yo puedo ver su obcecada rivalidad y odio hacia nosotros?

— ¿Por qué aceptaste entonces, si veías inevitable el enfrentamiento? Al hacerlo, jugaste con la ilusión de Kirstie—protestó Ewan.

—Eso ya lo había hecho su padre. Solo me haré cargo de lo que me compete. Mi conciencia está tranquila, la hemos tratado de la mejor forma.

—¿Y qué hará ella ahora? ¿Qué opciones le quedan? —lo enfrentó.

—Volver con su familia, si es lo que desea. Siempre tendrá lugar en nuestro castillo, si decide quedarse.

—¿Al lado tuyo, después de tu rechazo? ¿Junto a esa chica que piensas tomar como esposa ahora, Isobel? Poco conoces de orgullo si dices algo así o crees que ella lo aceptaría.

—No me confrontes, Ewan, tengo otros asuntos por los que velar ahora. Ella tiene la decisión en sus manos, es mucho más de lo que su padre le ofrecería.

—Señor...—el golpe en la entrada y el requerimiento sacudió a todos. El lacayo sacudió la cabeza, nervioso por cortar, pero debía hacerlo.

—¡No quiero ser interrumpido! — rugió Glenn.

—En el portón de entrada, señor. Lo requieren. Hay una comitiva de los MacDowell, encabezada por el hermano de la señora Kirstie.

Se miraron con sorpresa; los acontecimientos parecían ir muy rápido.

—¡Que espere! — ordenó ahora.

— ¿Qué haremos? — inquirió Ailsa—. Esto no puede ser casual.

—No lo es, nada de esto lo es. ¡Se los dije!

Su cabeza bujía con ideas, agobiada además por la sensación de estar arrinconado por la estrategia de Blair, pues sus instintos le marcaban que esto era una telaraña que se cernía sobre ellos.

—Ewan, es hora de que hables con Kirstie y le comuniques lo que está ocurriendo—señaló con decisión.

—¿Por qué yo? —se sorprendió el muchacho.

—Porque sé que te escuchará más que a mí, porque entiendo que le hablarás de otra manera.

Ewan agachó la cabeza. Había pretendido esconder lo que sentía y creía honestamente haberlo logrado, pero ahora veía que su embelesamiento había sido tan evidente que todos parecían haberlo notado.

—Debe decidir qué hacer. Su hermano está en la puerta, ha llegado el momento de terminar con nuestra farsa. Es imperioso que ella sepa todo para poder tomar una decisión, y la que sea la apoyaré. Dile tú. Mientras, yo atenderé a Ian.

Ewan accedió y se dirigió a la habitación de Kirstie, pensando cómo enfocar la conversación y presentarla lo más clara posible. Sus propios sentimientos lo obnubilaban. Por un lado, sentía la alegría de que su hermano no tuviera ningún compromiso serio, sentimental ni formal con Kirstie. Mas no era eso lo que los demás creían y romper la relación acarrearía situaciones muy complicadas que podrían en peligro a toda la familia y la propia muchacha podría salir muy herida. Era factible que no la vería nunca más.

Capítulo 18.

Glenn dio la orden de recibir a Ian, que se presentó ante él nervioso, pero decidido. Toda la situación vinculada a la extraña anciana del bosque y esa otra mujer desaparecida, que al parecer era la amante de Glenn, más el hecho de que su propia hermana estuviera en el medio, en un compromiso que desde el principio había sido nefasto, lo ponían en extremo enojado. Él era un hombre práctico y de acción, no un político. No le gustaban los engaños, al contrario de su padre. Aquí y ahora debía representar a los suyos y era imperioso sacar a Kirstie de este lugar.

—Saludos, Ian— le saludó en tono neutro. Sin embargo, notaba su impaciencia en el tamborileo sobre la mesa—. ¿En qué podemos ayudarte?

—He venido a buscar a mi hermana.

—Tu hermana, como decidió tu padre, es mi esposa ahora—contestó.

Compromiso que poco le interesaba obviamente, pero debía extraer información de lo que se gestaba a como diera lugar.

—Ha sido ella misma la que me ha detallado el tenor de tu descuido y lo mal que la has tratado.

—En este castillo o en mis tierras, no existen personas a disgusto o mal atendidas.

—Accediste al matrimonio y sin embargo no has hecho nada por cumplir tus obligaciones—contestó con nerviosidad.

—¿Cómo podrías tú saber o comprobar eso? —lo increpó, sin quitarle ojo de encima.

—Sé lo que me dice mi hermana y eso me basta. Mi padre considera que tus acciones implicaron romper el pacto, porque en realidad has incumplido el

mismo. Has dañado y humillado a mi hermana, no sólo porque vilmente te acuestas con otra, una bruja, sino porque con total alevosía le has hecho saber tu decisión de finalizar el matrimonio. Esto sólo puede significar que desprecias las órdenes de Jacobo y que te ríes de nuestro clan.

—¿A quién te refieres tú con una bruja? —de todo el largo sermón, mucho del cual era ofensivo, solo le interesaba la parte que concernía a Isobel.

—Mi padre está muy enterado de tus encuentros con otra mujer. Su abuela ha sido ya atrapada y está en nuestro castillo, es cuestión de poco tiempo para que todo se sepa.

—Están muy equivocados, en todo, y te advierto una cosa, Ian MacDowell. Quiero que trasmitas lo que te digo, palabra por palabra. Me complace decir que Kirstie tomará la decisión que desee y esa será la que yo apoye. En este momento está siendo informada de todo lo que ocurre y con total libertad, elegirá qué hacer. Si es su deseo regresar contigo esta misma tarde, así será, no la detendré. Si desea quedarse como nuestra invitada, también. Más esa pobre anciana, a la que cobardemente han atrapado, nada tiene que ver con nuestros odios y rivalidades. Deberán dejarla ir o tendrán que aceptar las consecuencias. Porque es mi deseo que sea traída aquí.

—¡Los MacDowell no recibimos amenazas!

—Yo no amenazo, lejos de ello. Le advierto a Blair que no conoce la furia de Glenn Campbell. Ahora, ¡fuera de mi castillo! Esperarás la determinación de tu hermana en el bosque. Esto no tomará más de un rato. ¡Escolten afuera a este hombre!

Ian se retiró sin oponer ninguna resistencia; estaba en territorio enemigo y no podía cometer la tontería de mostrar lo que realmente sentía, una oscura indignación y furia por el desplante. Solo restaba esperar por su hermana y rogar que esta tomara la decisión correcta.

2.

Ewan respiró profundo y tocó la puerta. Se sentía atrapado entre dos frentes, uno que le imponía ser racional y lógico, considerar todos los peligros y situaciones que los rodeaban. Por el otro, una mujer que lo sacudía emocionalmente y que le hacía perder el control. La bella Kirstie había logrado, sin ningún arma ni estrategia, colarse en su día a día hasta volverse omnipresente. «Lo único malo de ella es su familia», había pensado una y otra vez, para luego agregar «¿y esta no la define?». Desechó las ideas al ver ante sí a la muchacha, que ahora lo inquiría desde la puerta.

Ella había esperado expectante por lo que ocurriera, habida cuenta que había presenciado algo que la involucraba, a ella y a los suyos. Lo que los hermanos Campbell hubieran charlado, discutido o acordado, le incumbía y le molestaba haber sido relegada al papel de mera espectadora, como si debiera acatar sin cuestionar ni gritar. El buen tino le había hecho permanecer en su dormitorio, sin embargo. Quería respuestas y aquí estaba él para darlas. Sabía que no le correspondía, que hubiera debido ser Glenn quien las diera, pero se alegraba. No había día que no se regocijara al verlo.

—Ewan...—susurró

—Kirstie... Me temo que no tengo buenas noticias.

—Dime todo de una vez y sin ninguna dilación. ¿Esa mujer es quien creo, aquella de la que Glenn me confesó estar enamorado?

Asintió, conmovido por la entereza que demostraba. Podría haberse derrumbado, gritado o llorado y sin embargo se veía incluso más compuesta que él. Lo interrogaba para saber dónde estaba, cuál era su situación.

—Es ella.

—Pensé que tal vez tu hermano esperaba a que yo me fuera para traer a su amante aquí—. Frunció el ceño conmovida.

—No la ha traído él— lo defendió. Glenn podría tener muchos defectos, pero no la deshonestidad.

—¿Cómo se explica entonces su presencia en este castillo y que todos la rodeen, dejándome a mí de lado? Cualquiera parece tener mayor importancia y merecer mayores cuidados.

—No pienses así. Tu bienestar me desvela—la miró con intensidad y ella bajó la cabeza brevemente—. Esa mujer vino sola, desesperada. Cuenta que su hogar fue atacado y su abuela fue tomada prisionera por los soldados de tu padre. ¿Es eso posible? ¿Por qué lo haría, Kirstie?

Ella se había preguntado lo mismo, en base a lo poco que había podido escuchar y sus conclusiones no eran alentadoras. Si su hermano había transmitido sus palabras a Blair, cosa que le había pedido expresamente que no hiciera, este se habría puesto furioso. Ella le había contado algo acerca de la mujer por la que Glenn suspiraba. Era muy factible que su padre hubiera decidido tomar cartas en el asunto.

—No lo sé, Ewan, puede ser probable. Aunque yo no sabía el nombre o el lugar donde vive esa mujer, mal podría haberle informado eso a mi padre. No puede ser la forma en la que se enteraron. Ahora dime, ¿en qué posición me coloca esto a mí? Como yo lo veo, mi tiempo en este castillo ha acabado.

—No es tan sencillo— respondió Ewan.

—¿Qué quieres decir? —se sorprendió—. Nada tengo que ver con lo que ha ocurrido, diría que soy víctima de todo eso, tanto cómo lo puede ser esa mujer. ¡No pueden pensar que yo quise esto!

Lo miró con temor. ¿Qué pasaba por la cabeza de los hermanos? ¿Glenn tomaría venganza sobre ella por lo ocurrido?

—No te alarmes— la tranquilizó Ewan—. Él jamás pensaría en cobrar revancha usándote contra tu padre. Me ha encomendado que te comunique que

su decisión de disolver el matrimonio es irreversible.

—Me hace a un lado— señaló ella.

—¿No es lo que querías? —la miró con seriedad, tratando de entenderla.

—¿Importa algo lo que yo quiera? —dijo con amargura.

—A mí me importa— le tomó las manos—. Tú me importas. Desearía haberte conocido en otras circunstancias y en otro momento, desearía que nuestras familias no estuviesen tan enfrentadas, que este matrimonio jamás hubiera ocurrido. Desearía muchas cosas, pero la situación se presenta así. Tu hermano Ian ha venido a buscarte. Está ahí afuera. —Hizo una pausa, para pensar bien qué decir—. Te pregunto, Kirstie MacDowell, ¿qué quieres hacer? Si te quedas, tendrás todo nuestro apoyo, te prometo cuidarte. Si decides irte con los tuyos lo entenderé, aunque mi corazón tal vez no, ya que sería la última vez que te vería—cerró él su emocionada diatriba, mordiéndose los labios, buscando sofrenar su emoción, una que lo avergonzaba, en cierta medida.

Kirstie no podía dejar de mirarlo, atravesaba por pensamientos contradictorios. La limitaban las pocas opciones y lo difícil de la decisión que se avecinaba. Una vez que la determinación de Glenn se formalizara ante ella, su presencia en este lugar sería incómoda. Tal vez si volvía a su hogar, al castillo MacDowell, podría señalar a su padre lo incorrecto de su accionar y la necesidad de liberar a esa mujer, que según escuchó era una anciana. Podría ayudar a terminar con todos los vanos enfrentamientos que durante años habían sacudido a sus familias.

Sin embargo, no estaba segura de poder convencer a su padre. Ella sabía que la quería, mas también conocía la magnitud de su obcecación y odio. Por otro lado, tenía frente a sí la única razón por la que quedarse y sabía que era muy posible que, de irse ahora, no lo volviera a ver. Sopesó ambas situaciones y la balanza se inclinó por la que le pareció más plausible:

—Debo ir, debo volver con los míos. Debo intentar reparar las cosas,

lograr que mi padre deponga su actitud. La paz entre nosotros puede mantenerse de otras formas.

—Eso es verdad, si hubiera intención de tu padre de hacerlo.

—¿No crees que sea así?

—No sé, apenas lo conozco y no tengo la mejor imagen de él. Lo que acaba de hacer no ayuda a eso, Kirstie.

Ella asintió. Elevó la cabeza y lo miró con devoción, llevando su mano al rostro y tomando con la otra su brazo para introducirlo a la habitación. Él se dejó guiar, con renuencia, su mente clara enredada por los sentimientos que le despertaba.

—Es difícil saber qué pasará con nosotros. Quiero decirte aquí y ahora, Ewan Campbell, que tú eres el hombre que mi corazón ha elegido. Mis ojos lo presintieron apenas se posaron en ti— lo interrumpió con un dedo en su boca cuando él quiso hablar—. Lo sé tan claro como que el sol ilumina todos los días y se retira al atardecer. Sé que nunca podré olvidarte, sé que tal vez la decisión de irme sea nuestra separación definitiva. No es mi intención ni mi deseo. ¡Sería tanto más fácil quedarme a tu lado ahora! Sin embargo, no sería útil ni responsable y pospondría la inevitable charla que debo tener con mi padre.

Apoyaron sus cabezas una contra la del otro en un gesto de entendimiento y él la abrazó, provocando que ella se quebrara y se refugiara en sus brazos, desfalleciente. Estuvieron así un buen rato y entonces, con voz apenas más elevada que un susurro y sin embargo firme, ella le pidió:

—¡Tómame! ¡Tómame ahora! ¡Ámame y que no te importe arrebatarme mi pureza, pues esta solo es para ti y sólo tú tienes mi consentimiento para hacerlo! ¡Ámame para que tenga fuerzas para tolerar lo que viene y para que tu recuerdo me fortalezca! ¡Ámame para que tenga un motivo más para volver a ti!

Él no habló, su garganta atenazada por la emoción y la pasión que se proyectaba desde sus entrañas enloqueciendo su cerebro, haciéndole olvidar cualquier otra cosa que no tuviera que ver con esa mujer. Hizo el mayor esfuerzo para sobreponerse a lo que sus instintos lo empujaban. Se dio la vuelta, avanzando titubeante hacia la puerta, en la que se apoyó con un brazo bajando la cabeza.

—No puedo, Kirstie, no puedo hacerle esto a mi hermano. No podría traicionar su confianza, sea como sea tú eres su esposa y...

—¡Te equivocas! ¡Oh, cómo te equivocas! Jamás he sido su mujer, nunca lo quiso así. He sido algo tan simple como un objeto entre los líderes de dos clanes. Por mucho que mi padre diga quererme, no ha hecho sino utilizarme para sus objetivos. Por mucho que digas y defiendas la honestidad y honorabilidad de tu hermano, ha hecho lo mismo. Sólo tú has visto en mi algo más que a una persona gris qué sirve para mantener la paz.

—¡Cómo dices eso! ¡Solo podría verte como lo que eres, una hermosa mujer que me ha robado el sueño y por la que batallo día tras día en mi mente!

Se volvió a mirarla, dejando que apreciara la lucha interna que sostenía y se visualizaba en su rostro desencajado.

—No creas que es fácil para mí rechazar lo que me ofreces. Sería lo máspreciado que pudiera obtener alguna vez. Pero me debo a mi familia y te debo el respeto que te corresponde cómo mujer de mi hermano, aunque sea algo que no funcionó.

—¿Es que no me quieres? ¿Es que no harías lo que pudieras para tenerme en tus brazos? —sollozó ella enterneciéndolo y haciendo que fuera casi imposible sostener la ecuanimidad.

Se acercó y tomó su rostro con ambas manos, acariciando su cabello. La tentación de sus labios era tan fuerte que parecía atraerlo sin remedio.

—Por favor, no hagas más difícil esto. ¿No entiendes que te amo sin esperanza y sin medida desde el momento en que te vi? Ese sublime instante en el que mis ojos te vieron por primera vez, mi corazón fue tuyo. Y lo será por siempre.

La verdad sonó triste en sus labios, tan cercanos en ese momento en que le confesaba su más absoluta devoción. Supo que era verdad, que la amaba. Que le correspondía, pues ella sentía exactamente igual. Las suyas eran dos almas destinadas a volar juntas, aunque enjauladas por las circunstancias y por los hombres poderosos que los rodeaban.

Presa de un arrebató, se pegó a él y buscó su boca, sorprendiendo al hombre con la intensidad de un beso al que este se sumó sin más, arrasando las ideas que su lógica le marcaban. Solo en el sabor dulce de sus labios embebidos de lágrimas, solo en eso podía pensar. La atrajo hacia sí, profundizando el espontáneo beso, que se transformó en apasionado. Era uno que trasponía pactos, deberes y temores, como una embravecida riada que arrasaba consigo todo lo que no fuera el instante en que vivían.

—¡Tómame! Te lo ordeno. No habrá otro instante, no habrá tal vez otra oportunidad, ¡ámame! No pienses en nada más que en mí—lo incitó ella mientras con torpeza y temblorosos dedos desprendía su corsé.

En silencio y con la garganta seca, Ewan no podía sino apreciar la belleza de las formas de aquella que se desnudaba para él. Entonces no pudo más. Se acercó mientras que las delicadas ropas caían al piso, cuáles pétalos de una flor. Trémula y arrebolada, una mujer perfecta ante sus ojos. Hizo lo propio, enredándose en la camisa y desprendiendo su cinto para que el kilt cayera.

La urgencia lo consumía, la situación los apremiaba y la pasión era imparable. Se acercaron para fundirse en un abrazo cálido que supo de recorridas y caricias, que unió sus bocas y sus lenguas. Con el candor de una

virgen, Kirstie lo dejó hacer, estremecida de placer al sentir los besos en su cuello, las manos en sus pechos y luego acariciando su espalda. Por primera vez se sentía amada y segura y sabía que este momento apenas duraría unos instantes, por lo que trató de disfrutarlo. Recorrió su espalda y bajó sus manos hasta sus glúteos, firmes como rocas. Ella sentía un calor como jamás había experimentado en su bajo vientre.

—Por Dios, te amo tanto. Ewan, ¡hazme tuya!

Él la tomó en sus brazos y la depositó en su lecho, para luego arrodillarse a su lado y recorrer con un dedo toda la tersura de su piel y las montañas de sus senos y su sexo. Era tan perfecta como la había imaginado. El deseo lo cruzaba sin parar y lo impelía a tomarla, dejando atrás cualquier otra consideración. Era verdad lo que decía: era suya, sólo suya, así como él le pertenecía. Se montó sobre ella y la miró a los ojos, muy cerca.

—Debes saber que es poco probable que alguien ame tanto a otra mujer tanto como yo lo hago. No con la misma intensidad. Te deseo y te pregunto una vez más, ¿estás dispuesta realmente a entregarte a mí? ¿Pase lo que pase y traiga las consecuencias que traiga? —pudo pronunciar con los últimos resquicios de racionalidad.

—Sea lo que sea, tendré el recuerdo de nuestro amor para confrontarlo— afirmó ella.

Acarició su vientre y acercó su miembro a su sexo, introduciéndose en ella con gentileza. Lo cruzaban mil sensaciones. Empujó más buscando quebrar la fina resistencia que su virginidad le oponía. Notó su incomodidad y acarició una vez más su frente, para luego depositar besos incontables en su cuello. El ritmo adoptó cadencia y entonces, rota la fugaz muralla, empujó más y más, sintiendo que galopaba hacia la gloria. Ella se movía debajo con placer, gimiendo exultante, exhalando suspiros. Sus esbeltas piernas rodearon sus caderas y sus brazos arañaron su espalda mientras que elevaba su cuello y

su cabeza caía de lado, gimiendo más y exigiéndole ir más rápido, más adentro. Fue el momento más glorioso que alguna vez había tenido en una cama, uno cúlmine, en el que ambos se sintieron transportados al paraíso.

Apenas sí tuvieron tiempo de recomponerse cuando los golpes en la puerta frenaron las caricias del después.

—Ewan. — se escuchó la voz de Ailsa que lo cuestionaba—. ¡Sal ya!

La orden era imperiosa y Ewan sabía perfectamente cuando su madre se imponía. Se incorporó y tendió la mano a su amada, a la que volvió a besar, lenta y tiernamente, haciéndole saber una vez más que estaba con ella. La realidad los traía de vuelta. Le acercó sus ropas y la ayudó amorosamente a vestir. Él lo hizo luego, con apresuramiento, y tratando de recomponer su postura, entreabrió la puerta. El ceño fruncido de Ailsa hacía ver que sabía lo que ocurría.

—Madre...

—No digas nada, conozco suficiente de la vida. ¡Te has equivocado, hijo!

—¿Eso crees?

—Te pensé más lógico y frío.

—Yo también, ya ves. Solo soy un hombre. Nos equivocamos.

—¡No entienden que han hecho mal! Puede tener consecuencias graves.

—El amor siempre trae consecuencias.

—Vamos, no te pongas melodramático conmigo. ¿Crees que no sé de la pasión? Pero la situación es muy delicada. El amor muchas veces no es suficiente.

—Señora...—se sintió la voz de Kirstie detrás, que ahora abrió la puerta —. No lo culpe, he sido yo la que lo ha empujado. Lo amo, como nunca podría amar a Glenn. Él no me quiere.

—¿Acaso importa eso ahora? — susurró Ailsa mientras miraba a la

muchacha con cierta piedad—. Debes pensar que harás. Tu hermano está ahí afuera, esperando una respuesta.

—Me voy. En contra de mi voluntad y deseando quedarme al lado de Ewan. Debo hacer recapacitar a mi padre. Y cuando retorne, quiero hacerlo de la mano de Ewan.

—Tienes que ser consciente de que una vez que atraveses la puerta de este castillo, tu padre jamás permitirá tu retorno—señaló Ailsa.

—Espero que se equivoquen. Si compruebo que lo que dicen de mi padre es cierto, no habrá cerrojos suficientes ni caminos que no me traigan ante ti. ¿Tú me esperarás? —lo miró con súplica.

—¿Cómo no hacerlo? —tomó sus manos.

Ailsa sintió tristeza por ambos. El mundo era mucho más complejo del que esos chicos imaginaban.

Capítulo 19.

La que se presentó ante Glenn era una Kirstie decidida, a la que movía una irremediable necesidad de resolver situaciones con su padre. Había dado la orden a Meg para que empacara y preparara todo mientras ella se despedía de quienes habían sido su nueva familia, por pocas semanas.

—Glenn—dijo con firmeza y él, que miraba el horizonte, pensativo, se dio vuelta para ir hacia ella.

—Kirstie...

Percibió la mirada atormentada en sus ojos y a la vez una decisión que la preocupó. Ese hombre estaba dispuesto a ir contra su padre y hacer todo lo que fuera necesario para recuperar a la anciana. A su costado, un poco más lejos, sentada con comodidad, vio a la muchacha que había llegado y le impresionó su belleza. Su rostro claro y su cabello dorado, amén de sus ojos límpidos, le permitieron entender por qué el hombre estaba tan embelesado. Se notaba, a pesar de la timidez de su comportamiento, que había un aura muy particular en ella.

Desvió la mirada para posarla en él. No le importaba lo que hiciera con su vida, en tanto que en la suya tuviera cabida Ewan. Mucho debía pasar, sin embargo, para que ello fuera posible.

—Me voy ahora. Se me transmitió tu decisión con relación a nuestro matrimonio.

—Te ruego me perdones—Había incomodidad en él y se permitió disfrutarla; después de todo, el mayor de sus problemas tenía su causa en él—. Jamás fue mi intención hacerte daño.

—Sí —sostuvo con cierta sorna—. Así son ustedes, los grandes líderes.

Nunca saben a ciencia cierta o poco les importa el impacto que sus decisiones tienen en la vida de los demás, en especial de las mujeres, a las que usan como meros peones en sus jugadas políticas.

—Puedo asegurarte que nada de esto fue planeado.

—Puede ser. De todas formas, no importa ya. Quiero que sepas que aprecio mucho los cuidados que tu madre ha tenido conmigo, su paciencia y el cariño. Pero también deseo que tengas muy presente que amo a tu hermano Ewan.

El nombrado respingó y se sorprendió, con cierto embarazo porque ella mencionara la situación tan abiertamente ante su hermano mayor, al que miró con culpa. Glenn mantuvo la mirada y la expresión imperturbable, como si nada de eso le tocara o tuviera que ver con él. «¿Qué no tiene sangre este hombre?», se indignó ella y luego continuó:

—Y te lo digo porque mi deseo es volver aquí en algún momento, como su mujer, y no quisiera que hubiera oposición de tu parte.

Su tono era perentorio y casi intolerable, pero lo hacía desde su rabia y él lo entendió.

—En la medida en que mi hermano así lo desee, no tendré inconveniente. Aunque creo que no estás considerando que te enfrentas a un problema mayor, Kirstie.

Ella lo miró interrogante.

—Es muy probable que tu padre no te permita volver. Aun cuando lo defiendas y creas en él, tengo la firme convicción que te ha usado. O, mejor dicho, nos ha usado, a ambos. En cierta manera también ha usado la amenaza de Jacobo para crear la situación ideal para sus propósitos, que no son otros que destruir a nuestra familia. ¿Eres totalmente consciente de que tu padre desea exterminar el apellido Campbell y que jamás te permitiría una unión

matrimonial permanente con uno de nosotros?

Ella lo miró con duda y temor, que rápidamente barrió de sus pensamientos. Tenía la esperanza de que Glenn se equivocara y de poder mediar en lo que consideraba un exabrupto de su padre en su propia defensa, la captura de esa anciana de la que hablaban.

—Creo poder solucionar las cosas—sostuvo elevando la cabeza para mostrar confianza.

No le importó sentir la mirada desencantada del laird. Procuraría calmar a su padre. El tiempo y su cariño le harían entender que podían convivir y coexistir. Que el rey Jacobo en definitiva tenía razón: todos se beneficiarían de la paz. La guerra era un desperdicio de recursos y de hombres.

—Si esa es tu decisión y la tomas con cabal conocimiento de lo que sobrevendrá, te deseo lo mejor, Kirstie. No soy un ogro, nada me alegraría tanto como equivocarme. Debo decirte algo más. Haré todo lo que esté en mis manos por rescatar a Davina, la abuela de Isobel. Cueste lo que cueste.

Sólo en ese instante Isobel levantó su mirada y Kirstie pudo percibir sus lágrimas.

—Fueron ellos, los soldados de tu padre se la llevaron. Si puedes hacer algo, si está en tus manos lograr que la liberen, ¡por favor hazlo! — la voz de Isobel se elevó para impactar en Kirstie, que asintió y dio la vuelta para retirarse. No se sentía cómoda frente a ella.

Ewan la acompañó hasta las caballerizas y la ayudó a montar, tomando sus manos, las que besó, mientras ella cerraba sus ojos y procuraba tener la fortaleza para arrancarse de ese lugar, que se había convertido en un hogar cálido y amoroso.

—Ewan... Volveré, te lo prometo.

Él afirmó y miró al guardia y a Meg, que ya tenían todo listo para la

partida. La pequeña comitiva se alejó a paso lento hasta atravesar el portón y unos cientos de metros más adelante encontrarse con el resto de los MacDowell, que esperaban.

—Todo ha concluido, hermana—la saludó Ian, con un suspiro de alivio.

Había temido que no viniera; la demora lo había puesto cada vez más nervioso, pero aquí estaba. Ahora sí, el Diablo podía llevarse a esos Campbell. Ella sonrió con debilidad.

—¡Haremos pagar a esos perros los feos momentos que has debido tolerar! —sentenció él.

Ella levantó su mano y lo miró en una forma que lo volvió a inquietar.

—Solo aspiro a paz y tranquilidad. Llévame. Debo hablar con nuestro padre. ¡No debiste contarle lo de esa mujer! —le reprochó.

—¿Cómo no hacerlo? —se defendió—. Glenn te estaba humillando y con ello a todo nuestro clan, despreciándote y dejándote a un lado, como si fueras una simple mendiga. Eres una mujer noble y te debe respeto.

—No importa eso, lo que importa es que una mujer anciana sufre como consecuencia de nuestras disputas.

—Es sólo una mujer. Una bruja, además, eso dicen.

—¿Tú crees eso? —se sorprendió.

—No sé si lo creo o no, mas parece una buena oportunidad para molestar a Glenn.

—Pensé qué negociaban la paz.

—Eso es lo que quiere Jacobo. No es exactamente lo que planea nuestro padre, Kirstie.

Ella asintió y miró distraídamente hacia un costado mientras se alejaban. Era a su padre al que debía convencer.

El viaje fue rápido, impulsado por la urgencia que Kirstie sentía por llegar y resolver todo. Las palabras de Glenn sonaban una y otra vez en su mente y quería demostrarle que no era verdad lo que creía, que ella podía incidir en el comportamiento de Blair y que este había actuado en su defensa. Cuando intercediera, haciéndole ver que no había nada que castigar ni revanchas por tomar, todo se resolvería.

Su silencio empecinado fastidió a Ian, quien veía que su hermana, otrora tan cercana, no era la misma mujer que conocía y había abandonado el castillo MacDowell, apenas unas semanas atrás. La misma sensación se hizo patente en Kirstie cuando tuvo frente a sí la conocida silueta de su antiguo hogar.

No sintió la emoción de la vuelta; el lugar se le antojó gris, frío y sucio en comparación con el que había dejado atrás. Le preocupó que unas pocas semanas hubieran bastado para convertirla en forastera en el que había sido su hogar. Era inquietante, aunque atribuyó esa sensación al intenso sentimiento que experimentaba por Ewan y la necesidad de volver a sus brazos. Dedujo que ningún lugar volvería a tener color lejos de su amado.

Desmontó con cansancio, sintiendo dolor en sus músculos y huesos, amén del corazón bombeando con fuerza. Tenía temor y rogaba que las puertas que se acababan de cerrar, volvieran a abrirse para ella. Desechó miedos, habida cuenta que ella jamás podría ser prisionera en su castillo. Buscó a su padre, seguida muy de cerca por un expectante Ian, que comenzaba a sentirse más y más inquieto ante el desasosiego de su hermana.

—¡Kirstie, hija, estás de vuelta!

Blair la recibió con un abrazo y frases grandilocuentes que mostraban que realmente le gustaba que su pequeña hubiera retornado. A su juicio, ella había hecho el sacrificio necesario para el éxito de sus planes y el bienestar familiar, y el tiempo transcurrido en aquel odioso castillo enemigo bien valdría para justificar lo que se avecinaba, que sin duda les traería excelentes

resultados políticos y económicos.

—Ven aquí, siéntate a la mesa, has llegado en el momento justo. Han de estar hambrientos.

Palmeó la espalda de Ian con evidente satisfacción, el muchacho había cumplido bien su rol.

—Padre...—musitó Kirstie, deseosa de comenzar lo antes posible un diálogo que despejara dudas y temores.

—Querida...—se escuchó la voz débil de su madre del otro lado.

La miró y le dirigió una sonrisa. Parecía tan ajena, era tan diferente, de hecho, a la madre de los Campbell. Ailsa era cercana, atenta y amorosa. Se había preocupado por ella y su sentir, aun cuando nada las unía. Su madre era una mujer lejana, siempre lo había pensado, pero ahora tenía una referencia con la cual compararla y no salía bien parada.

Se sentó y observó a su padre exigir a la servidumbre los alimentos, a los que atacó de inmediato. Ella misma apenas pudo comer algo; no sentía hambre, solo necesidad de aclarar y resolver todo. Pero su padre, estaba inmerso en una diatriba anti Campbell que cada vez la puso más alerta.

—Bien, hija, lamento mucho que hayas tenido que pasar por esa situación. Sabíamos que esos Campbell eran unas bestias odiosas, ¿no es así? Se los he dicho siempre, nada bueno se puede esperar de ellos. Sin embargo, lo intentamos, hemos hecho el esfuerzo, que nos exigió el rey.

«¿Hemos?», pensó Kirstie. Estaba claro que la del esfuerzo había sido ella. Enseguida, la silueta de Ewan colándose en su mente la hizo sonreír y pensar que jamás podría considerarlo a él un sacrificio, por el contrario.

—Ahora, dado lo que has debido atravesar, tenemos las excusas necesarias para mostrarnos frente a Jacobo cómo los obedientes súbditos que han hecho cuánto está en sus manos por satisfacerlo y mantener la paz. Deberá

concluir que Glenn Campbell es un demonio que jamás permitirá que la tranquilidad reine en estas tierras y nosotros no somos corderos que nos someteremos al sacrificio. No tendrá más que apoyarnos y darnos su favor, el buen Jacobo.

—Padre—quiso interrumpirle nuevamente—. Esa mujer...

—Lo sé bien, él te ha humillado y ha llevado a otra mujer a su castillo. Ha fingido aceptar nuestro acuerdo y el matrimonio y al hacerlo, debía honrar tu presencia y tu figura. Sin embargo, optó por el destrato y por reírse en tu propia cara, ante todos nosotros. He actuado en consecuencia. Tengo en mi poder a una bruja que factiblemente ha sido usada por él en nuestra contra.

—Padre— se asombró, pues ella sabía que Blair no era muy afecto a creer cosas más allá de los Espíritus o del propio Dios—. ¿Cómo puedes decir que esa mujer es una bruja? Dicen que es una anciana.

—Los mejores disfraces se hacen con parte de verdad. Además, sé de muy buena fuente que es la abuela de la amante de Glenn. Con ella en nuestro poder, es cuestión de tiempo atrapar a la susodicha y entonces, manipularlo. Y con eso debilitará el clan, pues es sabido que ninguno de los otros Campbell podría suplantar su personalidad.

«Este es el Blair auténtico, ese que Kirstie no conoce bien. Está satisfecho y comienza a esbozar con absoluta limpieza lo que hará», pensó Ian, que miraba quieto el monólogo de su padre y los infructuosos intentos de Kirstie por frenarlo y disuadirlo.

—Padre, debes dejar eso. Es historia pasada, no me importa su actitud. Sí creo que es importante mantener la paz, creo que lo que el Rey ha ordenado es atendible. Aunque no parezca, he sido adecuadamente tratada en el castillo. No me importa que Glenn quiera a otra mujer.

—¡Qué dices, Kirstie! ¿Te ha vuelto loca? — la miró de hito en hito su padre—. Hay acciones que no deben perdonarse y lo que tú interpretas cómo

tratarte bien es una ofensa mayor. Que Glenn quiera a otra o sienta amor me tiene sin cuidado. ¿Crees que el amor importa en cuestiones de poder y tierras? ¡Te equivocas! El matrimonio era un compromiso para mantener la paz. Pero ese compromiso debía ser honrado y ese hombre lo rompió al destratarte y hacerte a un lado. Es nuestro tiempo de proceder. Debo decir que lo anhelaba—sonrió con satisfacción Blair.

Era realidad que había esperado con paciencia el paso en falso que en algún momento suponía llegaría y le satisfacía ver que sus vaticinios se cumplían.

Kirstie carraspeó, buscando articular sus palabras para no molestar a su padre y hacerlo razonar como pretendía.

—Padre, aún hay esperanza de recomponer las relaciones. No con Glenn, pero sí con algún otro de los hermanos.

La miró con hielo en sus ojos, hasta que ella bajó la cabeza. Él había estado esperando, y a la vez deseando, que lo que Ian le había contado no apareciera. Pero la locura persistía, evidentemente.

—¿Qué dices? ¿Qué interés podría tener yo en tratar con alguien más que con el laird de las tierras que ansío, las tierras que deberían ser nuestras? Nadie más puede incidir, no entiendo bien lo que buscas.

—El otro hermano...—balbuceó nerviosa, sabiendo que tanteaba terreno poco firme—. Promete cuidarme y un compromiso formal de matrimonio con él podría mantener la negociación.

La reacción de Blair fue de una violencia extrema, inesperada para ella. Tiró al piso vasos, líquidos y comida, en una explosión de carácter como Kirstie jamás había presenciado, aunque sí Ian. Este era el verdadero Blair expresándose con furia; sus ojos centelleando. Catriona instintivamente llevó sus rodillas al pecho. Ella sí había sido testigo de situaciones de esa índole; esa rabia que la había castigado en cuerpo y alma tantas veces. Se estremeció

y fue incapaz de anteponerse y frenarlo para proteger a Kirstie.

Las zancadas largas y furibundas llevaron a Blair hasta su hija, a la que abofeteó con saña, arrojándola al piso en un remolino de faldas. Kirstie gateó hacia atrás, aterrorizada por ver a su padre como nunca lo había apreciado.

—¡Jamás vuelvas a decir otra estupidez como esa, ni creas que puedes convencerme de una locura, de una insensatez semejante! Voy a suponer que tu estadía en ese castillo ha nublado tu mente y han logrado convencerte, quien sabe con qué artimañas, de cosas alocadas. ¡Tú eres una MacDowell y debes actuar como tal, con honor! ¿Crees que alguna vez pensé que este matrimonio duraría? Si acepté esa ignominia fue por imposición, pero tengo planes que me permitirán deshacerme de esa escoria humana. ¡Espero a mi familia de mi lado! — sus ojos la atravesaron—. No te puedes poner a mi frente, Kirstie, siempre detrás.

Se retiró con brusquedad y la muchacha comenzó a sollozar de rodillas. Desconocía esta persona, le parecía increíble. ¿Tan mal estaba ella?

— Kirstie, te lo dije—sentenció Ian, acercándose y ayudándola a incorporarse—. Has vivido entre almohadones y no conoces realmente a nuestro padre. Sólo has recibido de él lo mejor, porque nunca lo confrontaste. Lo que sueñes o fantasees no es posible. Debes quitarte cualquier idea extraña de la cabeza. Papá no te perdonaría otra postura que no sea la suya.

Buscó calmarse. Su cabeza bullía, todavía impactada por la violencia de lo ocurrido. Toda esperanza que pudiera haber tenido de contemporizar y de unir a las familias, se mostraba ahora una utopía. Lloró amargamente al entender que había sido una necia obviando lo que Glenn Campbell le había advertido. No contestó a Ian, que se retiró y le hizo un gesto a la madre para que se encargara de calmar a su hermana. Él no se sentía capaz y ella necesitaba una voz femenina.

—¿Qué haré ahora? Creí que podía cambiar las cosas y volver con

Ewan. Él es el hombre que amo...

—En este lugar y bajo la sombra de Blair MacDowell no se permite otra cosa que su pensamiento y sus órdenes— murmuró con amargura su madre —. Las tristezas, los dolores y las alegrías tienen que ver con sus estados de ánimo. No queda más que ajustarse a sus deseos y rogar que éstos se cumplan para no sufrir su furia.

La hiel que destilaban esas frases impactó a Kirstie. Siempre había considerado a su madre una mujer anodina y sin temperamento. Ahora veía y comprendía que había años de contención y desesperación en esa mirada y en esas palabras.

—Kirstie— le dijo—. No pretendas cambiar el curso de los acontecimientos haciendo algo loco. Debes acatar lo que tu padre piensa y considerar que es lo mejor. Lo que puedas haber vivido con los Campbell, debe quedar allí. Tu vida es con nosotros. Tu padre te va a encontrar a un hombre de estirpe con el que tendrás una buena vida.

La miró tratando de recobrar su compostura. Esos eran sin duda los planes que los hombres tenían para ella. Tal vez lo mejor era que comenzaran a creer que acataba. Debía pensar como continuar y para ello era menester comer y descansar. Luego, mañana, vería que hacer y cómo. Se recobró y en silencio se sentó nuevamente, la mirada pensativa de su madre sobre ella.

Capítulo 20.

Se encontraba en una situación muy compleja. Había pensado, había creído que podría incidir en su padre, hablando de las bondades de una paz duradera, así como de continuar con la unión entre ambos clanes, a través de su persona. El cambio era que en lugar de Glenn sería Ewan el que propiciaría la unión. La actitud de su padre y su hermano la convencían ahora de que eso había sido una fantasía producto de sus deseos y el interés profundo que tenía en que sus sentimientos hacia Ewan tuvieran esperanza.

Preocupada y sin saber qué hacer o cómo actuar, sí tuvo claro que debía ubicar a la anciana que había sido hecha prisionera. Averiguó de inmediato que estaba prisionera en las celdas, por lo que bajó las escaleras hasta las mazmorras más profundas, lugar que alguna vez había visitado de niña y que le había inspirado un miedo aterrador. Oscuras y húmedas, no eran lugar para nadie y menos para una mujer entrada en años. Le produjo la misma sensación de tristeza y soledad que en el pasado y avanzó con cuidado por las penumbras. El olor era nauseabundo, rastro de seres humanos apresados y confinados por quien sabe qué delitos, reales o ficticios. Veía ahora que la oposición era una acción que los líderes no dejaban sin castigo.

Davina se encontraba en la primera de las celdas, recostada en un camastro que a todas luces era duro e incómodo. Se acercó a la reja y no pudo evitar sentir piedad por esa viejecita que se le antojó frágil y que mal podría ser calificada como bruja, a pesar de lo que le dijeran en relación a la capacidad de ese tipo de mujeres para camuflar su condición.

—Davina—le susurró, rogando que la mujer no estuviera tan enferma o tan débil que no pudiera hablar.

Esta levantó la cabeza y la miró, intrigada de que alguien supiera su nombre o se preocupara de usarlo. Hasta ahora, «bruja maldita» o «hechicera del demonio» habían sido los epítetos con los que la habían mencionado. Le sorprendió encontrar a una muchacha tan hermosa inquiriendo por ella; sola, además, en un lugar tan hostil y lúgubre como el que la tenían encerrada. Habían sido momentos muy duros los que habían transcurrido desde que fue capturada hasta que la arrojaron de mala manera en este lugar, denostándola con exabruptos que creía olvidados, que databan de la época en la que había escapado de Aberdeen. Parecía que el pasado volvía, que no podía escapar.

Lo que más oprimía su alma era la idea de que su nieta pronto sería capturada; estaba segura que esos hombres seguirían rastreando y buscando hasta dar con ella. Rogó tanto como pudo que Isobel fuera astuta y se escapara lejos del lugar donde solían vivir. Sin embargo, la sensibilidad de la muchacha era tal que muy factiblemente se arrojara a los brazos de sus captores con tal de encontrarla y saber de ella. Su nieta era cariñosa y sensible, benditas cualidades que había tratado de pulir para protegerla, hablándole de la maldad humana, que podía ser su perdición.

—Soy Kirstie MacDowell.

«MacDowell». Sin duda era la hija del Laird del castillo. ¿Qué hacía aquí? ¿Qué buscaría de ella? La miró con interrogación y dispuesta a sumirse en el silencio más profundo si pretendía extraerle algún tipo de información. Tal vez la estrategia era convencerla de confesar algo, más que con castigos, con palabras falsas.

—Sé que no me conoce y no tiene por qué confiar en mí. Quiero decirle que su nieta está bien.

Los ojos de la anciana parpadearon con nerviosismo, aunque mantuvo su hosco mutismo.

—Hasta ayer estuve en el castillo de los Campbell. Ella llegó allí,

temerosa y huyendo, diciendo lo que había ocurrido con usted. Pero está bien, aunque muy preocupada.

¿Cómo sabía esa mujer de Isobel y su relación con ella? ¿Por qué se preocupaba o le importaba? Eran dudas que no podía solventar y la ansiedad la acometió. Anhelaba saber más de su nieta y le extrañaba sobremanera que pudiera haber llegado al castillo Campbell tan rápido. Tal vez había pensado que era la única solución: escapar hacia el otro lado. Era factible que hubiera visto que quienes la llevaron a ella eran del clan MacDowell y pensó que lo más lógico sería ir con el enemigo. Sin embargo, había escuchado que los clanes se habían unido.

—Usted es la mujer que desposó Glenn Campbell—sentenció, mirándola a los ojos—. La que ha hecho que los clanes se unan.

Kirstie asintió. Las noticias volaban, tanto que hasta una mujer que vivía tan escondida sabía de su fugaz y fallido matrimonio.

—Esa soy yo, o lo era al menos.

El tono melancólico hizo que Davina la observara con mayor curiosidad. Era en verdad una mujer muy bella; no tanto como su nieta, pero sus ojos no eran objetivos.

—Isobel...Mi nieta, ¿está bien? ¿Es verdad eso?

—Tan bien como puede estar una mujer que siente que su familia ha sido destruida. Ella llora por usted y por el destino que cree puede tener. Confía que Glenn Campbell la ayude a rescatarla.

— ¡No, no quiero que se arriesgue! Además, es iluso pensar que un laird movería sus recursos por mí, una vieja bruja al decir de muchos.

—Por lo que vi, él haría lo que fuera por su nieta. Tanto así que ha deshecho nuestro compromiso y desobedecido las órdenes del Rey Jacobo por estar con ella.

Davina no entendía. Su nieta no podía conocer a ese hombre. Aunque si lo pensaba bien, las ausencias prolongadas de las últimas semanas podrían deberse a eso. ¿Tan bien podría esconder sus sentimientos Isobel, de ella? ¿Tan distraída había estado que no había observado el cambio en su nieta? Por otro lado, ¿por qué esta mujer se presentaba ante ella, hablándole hasta con dulzura de una situación que sin duda la había afectado? Si todo lo que decía era cierto, su propia vida había sido modificada por Isobel, aunque esta fuera inocente o lo desconociera.

La mirada inquisitiva de Davina la interpelaba. Kirstie entendía a la perfección lo que podía pasar por la mente de esa mujer y trató de tranquilizarla, sin darle expectativas que no podría cumplir.

—En verdad, su nieta me ha hecho un favor. Mi compromiso era fruto de la obediencia que debía a mi padre y al Rey, pero mi corazón pertenece a otro Campbell, a su hermano Ewan. Nadie quiere más que yo la paz entre los clanes. Volví con la intención de convencer a mi padre y haré lo posible porque la libere. No le mentaré, es algo difícil. Confieso que creí poder lograrlo de inmediato, incidir en su postura. Pero él es un hombre complejo.

—Tu padre es un hombre malo—le dijo con claridad—. Gusta de la violencia y el control, jamás aceptará lo que le propones o tus deseos, pobre de mí. Es terrible y te compadezco, niña. El amor suele ser una moneda muy devaluada para los hombres que solo sueñan con el poder.

—Tengo la esperanza, aunque sea vana y fútil, de poder endulzar con mis ideas el agrio carácter de mi padre. Tal vez logre hacerle ver lo positivo de la paz y pueda entender que la mejor forma de hacerme feliz y a su vez satisfacer al Rey, es la solución que propongo.

—Yo creo que tu padre tiene otros planes, al menos así lo he oído. Los carceleros son bastante explícitos cuando me detallan mi destino, Kirstie.

Esta la observó con curiosidad, no interpretaba sus palabras.

—Me han dicho que tu padre tiene la intención de usarme en contra de los Campbell. No alcanzaba a entender cómo podría yo afectarlos, creí que tal vez pretendía usar mis supuestos poderes de bruja contra ellos. Ahora que tú me has contado todo, entiendo claramente las intenciones del laird. Me quiere como señuelo para atrapar a mi nieta y con ella, al líder de los Campbell.

La muchacha la escuchaba azorada. Si esto era así, si había todo un plan ya orquestado en contra del otro clan, no quedaba espacio ni lugar para sus intenciones. Se tomó de la reja con desesperación y su rostro se contrajo, por unos segundos perdidos los estribos, sin saber qué hacer o cómo actuar.

— ¿Qué haré, que haré? —gimió. ¡Cuánta verdad había en las palabras de Ailsa y de Ewan! —. Todos me advirtieron que sería muy difícil volverlos a ver, mas yo siempre creí poder manejar la situación y salir airosa.

—Tal vez puedas hacer algo. Pero solo si entiendes que uno de los lados no va a quedar contento.

—No le entiendo— susurró.

—Como toda jovencita inocente, crees poder cambiar el mundo y la cabeza de los hombres. Te has hecho una imagen en la que tu amor se concreta y todos quedan felices y en paz. Enemigos a muerte reconciliados por tu deseo. Eso no va a ser posible y es hora de que lo entiendas. Debes enfrentar que, si tu intención es satisfacer a tu padre, nunca volverás a ver a ese Ewan que mencionas y la confrontación volverá y la sangre correrá. Ahora, si tu amor por él es tan grande como dices, tal vez te empuje a tomar una determinación que te conducirá al conflicto con tu padre y tu hermano, con tu clan. ¿Estás dispuesta a tomar esa decisión y a enfrentar las consecuencias de la misma? Es una elección que deberás meditar y deberás hacerlo pronto.

— ¿No puede ayudarme?

Davina la miro con paciencia y ternura.

— ¿Crees que si fuera una bruja, estaría aquí encerrada? Una mujer poderosa en verdad, podría desechar estas cadenas y escapar, es más, jamás la habrían atrapado. Yo solo soy una mujer que cura, que sabe de hierbas. Pero créeme, lo que te he sugerido es algo que me brinda la experiencia. Debes pensar y debes elegir. Sin duda no es fácil. Tal vez estos días de vuelta con los tuyos te permitan mirarlos de otro modo y comprobar si son lo que quieres para tu vida. Una vez que lo hayas decidido, lo lógico será actuar en consecuencia.

Kirstie se retiró, tan confusa como había ingresado, aunque con la convicción de que la anciana tenía razón, debía pensar. Ya en su habitación, reducto obligado de los últimos días, solicitó a Meg y le dio la orden de que alimentara y llevara elementos para que la pobre anciana se pudiera asear. Si algo tenía a su alcance era la posibilidad de mejorar en parte su situación, aunque no fuera con el aprecio de su padre o de su hermano. Ellos no debían enterarse.

2.

Blair se encontraba exultante y no podía disimular su satisfacción al ver el enorme paso en falso que su enemigo había dado. Cuando accedió, a regañadientes y furioso, a entregar a su hija en ese matrimonio ridículo, no imaginó que apenas serían unas semanas las que tocaría soportar a esos Campbell y mantener la ficción de armonía. Él había planeado sus movimientos pensando que llevaría meses acusar a Glenn de falta de compromiso y mal comportamiento para con su hija. Pensó incluso que debería fingir o encontrar testigos falsos que así lo acreditaran. Pues nada, todo había resultado más fácil de lo previsto.

Él mismo se había entregado de manos atadas, al ceder a unos instintos e impulsos de una ridiculez sin par. No merecía ser líder; tan débil como se había mostrado ante los suyos y el resto, anteponiendo sus deseos a sus

responsabilidades y a sus movimientos políticos. No estaba a la altura de un Laird. Lamentaba que su hija hubiera sido manipulada de tal modo que le fuera difícil reconocerla, dispuesta a aceptar las migajas de una relación. Eso era algo que tenía arreglo; ella estaba confundida y encandilada, nunca había estado en un lugar diferente al suyo y factiblemente los Campbell la habían tratado sin violencias.

Cuando meditara a fondo, vería que no podía perdonar la forma como la habían hecho a un lado; eso solo se podía catalogar como humillación. «Es evidente que algo del carácter de su madre ha heredado, una faceta débil que no supe advertir antes. La veía tan parecida a mí, más aún que su hermano». Sin embargo, todo tenía solución, esto no alteraba un ápice los próximos movimientos. Él había dejado establecidas sus intenciones y ella debería ajustarse a sus órdenes; no gastaría energía en algo que no merecía más pensamiento. Kirstie debía acatar y callar, sin más.

Tocaba ahora hacer un movimiento político que acercara al rey Jacobo, con lujo de detalles, lo que había pasado con su orden de unión. Debía enviar a un emisario con un mensaje que describiera la forma en la que Glenn Campbell se había comportado, su destrato, cómo había sido dejada de lado su hija y sustituida por una mujer sin linaje, que además era una bruja, descendiente de una más anciana a la que había logrado capturar en su castillo. Sabía que esos dos aspectos impresionarían vivamente al monarca.

Retractarse de un pacto era una desobediencia flagrante a las órdenes reales, casi una burla a sus deseos. Glenn Campbell sería percibido como un súbdito rebelde y esto conllevaría la confiscación de sus tierras. Y entonces, ¿quién mejor que él, el leal súbdito Blair, para recibirlas? Había sido el afectado por las acciones de su enemigo. Para hacer la situación aún más delicada, la acusación de brujería pondría el debido tono dramático.

Sabía muy bien que Jacobo creía en esas tonterías y había protagonizado

años de intensa búsqueda y persecución de esas entidades malignas. El Rey tenía fama de erudito e incluso había escrito un libro en relación a eso, el *Daemonium*, detallando las distintas maneras en las que las brujas actuaban. Pues bien, él mismo tenía en sus calabozos a una muy poderosa, eso decían. Se la ofrecería en bandeja de plata.

—Padre, debo hablar contigo—escuchó en ese momento.

Había estado ensimismado en el salón de armas, contemplando su espada con placer, mientras que su cabeza hilaba las estrategias que lo llevarían a la mayor riqueza y poder. Por ello no advirtió la presencia de Kirstie hasta que ella estuvo a su lado. La miró con atención e hizo un gesto de interrogación.

—Aún creo que es posible cambiar las cosas, padre, de componer la situación.

— ¡No hay nada que arreglar! Deja de pensar en eso. Las cosas han resultado mal por decisión de Glenn Campbell y eso es bueno para nosotros.

— ¿En qué sentido? —inquirió ella.

—En el único que nos puede interesar, en uno que logra aplastar a ese clan definitivamente, nos permite quedarnos con sus tierras y con sus rebaños y los beneficios de sus arrendatarios.

—El error fue mío, padre, tal vez no me esforcé lo suficiente. No logré interesar al laird...

—Me cansas, querida—sacudió la cabeza mostrando su fastidio en un seco tono y mirada torva—. No entiendes que ya está todo listo. Jamás tuve intenciones reales de hacer la paz, ¿te queda claro?

—No entiendo entonces qué papel jugué...

—Obedecemos al Rey, cumplimos lo que mandataba, era preciso hacerlo. Yo sabía que esta situación no duraría. Por supuesto, no creí que se resolvería todo tan bien, pero así fue, para nuestro beneficio. No se hable más de este

tema, todo lo que acontezca de aquí en más, lo resolveré yo. En cuanto el capellán vuelva y pueda escribir los detalles, un mensajero partirá hacia Inglaterra, con una misiva detallada de todo lo que ha acontecido en estas semanas. Con él irá nuestro reclamo y nuestra denuncia contra los Campbell. Esto no hará más que favorecernos y provocará el declive y persecución de Glenn, dalo por seguro. Debes olvidar todos los malos tragos que pasaste. A los efectos. eres de nuevo una mujer soltera y casta, así lo sabrá el resto de los nobles. Te conseguiremos un buen esposo, hija, uno que te merezca y que acreciente y fortalezca nuestro patrimonio.

El tono era imperativo y no admitía reclamos ni discusiones, y si se había ablandado al final, no dejaba de señalar su posición de sometimiento. No había razones que su padre estuviera dispuesto a escuchar, porque tal como acababa de describir, no había estado en sus planes que el matrimonio se mantuviera. La había usado, y ahora que no tenía un rol para cumplir, la quitaba de escena. Desconocía que ella tenía intereses, deseos y era protagonista de la historia. Esto no lo comprendería ni lo avalaría su padre, estaba claro. Agachó la cabeza y con una reverencia pequeña abandonó el lugar y lo dejó solo.

Nunca debería enterarse de que la castidad ya no formaba parte de sus atributos. Su cuerpo se estremeció con el recuerdo de las manos de Ewan, sus caricias sutiles y apasionadas. Tocó sus labios a la vez que cerraba sus ojos y se recostaba contra una de las aberturas, mirando al horizonte, mucho más claro que sus pensamientos, dolorosos y sublimes a la vez. Dolorosos por la ausencia y la poca esperanza de volver a encontrarse; dichosos por contar con la memoria. Su piel no olvidaba, cada tramo, cada palmo de su cuerpo y de su mente lo invocaban. «Ewan, amor mío, has sellado mi destino con tus labios. Mi cuerpo y mis pensamientos son solo tuyos. Podrán pasar años y hombres y, aun así, solo podría pensarte a ti en mí».

Las palabras de Davina volvieron a resonar en su cerebro y se dio cuenta que era verdad, que la mujer la empujaba por el camino correcto. Debía tomar una decisión y tenía que ser rápido, si quería evitar el colapso de los Campbell.

Capítulo 21.

Isobel lavó sus manos utilizando el aguamanil que habían dispuesto para ella en esa habitación, tan bella y cómoda, como no había visto antes. Ailsa era una mujer dulce, de mirada y palabra que generaba tranquilidad. La había recibido de una forma que no hubiera imaginado, considerando lo humilde de su origen y el hecho de que era una total desconocida para el clan. Incluso había aceptado sin un pero el darle el tratamiento especial que Glenn ordenó dispensarle.

A ella le costó varias horas recuperar la cordura y algo de tranquilidad en su espíritu. Todos sus pensamientos se dirigían hacia su abuela. «¿Qué sería de ella en este momento? ¿Cómo la estarían tratando? Probablemente de la peor forma, considerando los insultos terribles que le adjudicaban». Trató de calmar la oleada de desesperación que la sacudió, respirando de la manera en la que siempre le había dicho Davina que se tranquilizaba el alma: con los ojos cerrados, lenta y profunda aspiración, poniendo en cada espacio del cuerpo el aire que ingresaba y limpiaba. No se podía pensar cuando las inquietudes y los pensamientos negros invadían la cabeza.

Eran ya varios días de silencio y eso no presagiaba nada bueno. Desde el momento en que supo que aquella mujer tan bonita, Kirstie, iría al lugar adonde estaba prisionera su abuela, una pequeña esperanza se había alojado en su pecho. Ni siquiera la convicción de que aquella no tenía por qué hacer algo bueno por Davina o por ella, que en definitiva le había arrebatado a su esposo, habían impedido que su expectativa muriera. Había leído bondad en aquella muchacha. Se notaba cuan enamorada estaba de Ewan, situación que les quedó clara a todos cuando se tomaron las manos y sus miradas se hicieron promesas.

Lamentaba que todo fuera tan difícil. Una vez más la sabiduría de su abuela explicaba todo. Siempre había sido así, desde pequeña la había instruido en el mundo y sus problemas: «No lo olvides, ve con cuidado. Evita vincularte mucho a los demás. Así como hay gente buena, son más los hombres que suelen enredar lo que la Naturaleza quiere o dispone». Esto la había detenido de vivir con la sociedad y cuando quiso comenzar a hacerlo, todo se derrumbaba y se veía en el medio de una lucha sin cuartel, que por lo que escuchaba, solo tenía que ver con tierras y poderes.

«¿Cómo puede ser que se peleen por algo que es solo transitorio? ¿Qué felicidad puede haber en lo efímero de poseer lo que no garantiza ni la felicidad ni la vida eterna?». Esto era lo que atravesaba a ese terrible laird, Blair MacDowell, el culpable de derrumbar su mundo, un hombre de una oscuridad peligrosa. La sola mención de su nombre le hacía erizar la piel y ponerla en alerta, todos sus instintos disparados. No se necesitaba ser alguien sensible a los espíritus para percibirlo, lo que se escuchaba de él y lo que le había hecho a su abuela eran prueba suficiente.

El suave golpe en la puerta anunció una presencia, por lo que acudió presurosa a entreabrirla. Glenn le sonrió y le hizo un gesto de saludo. Sus ojos siempre la acariciaban, no importaba si estaban solos o rodeados de gente, su mirada se dulcificaba al posarse en ella y el gesto hosco de su boca se trastocaba en una sonrisa. La misma Ailsa se lo había dicho. «Mi hijo es un hombre muy especial, fiel y noble como ninguno, aunque suele ser bastante agrio con el resto del mundo. Debo confesar que hasta el momento sólo había visto qué depusiera esa actitud ante mí. Tú has logrado que su rostro afloje tensiones y que su boca esboce una sonrisa cada vez que te ve».

Escuchar esas palabras la habían emocionado y estremecido, pero hubo más: «Estoy convencida de que te ama, y que perderte traería a su pecho una angustia tan honda que lo destrozaría, y eso me preocupa. Si tu sientes igual,

cuídalo mucho y no dejes que cometa tonterías o arrebatos en tu nombre. Tan fuerte como es su brazo y precisa su espada, su corazón se rompe fácil».

En principio, solo había podido sacudir la cabeza en señal de entendimiento, llevándose la mano al pecho para expresar la intensidad con la que correspondía a ese amor, pero luego se atrevió a hablar: «Conozco poco del mundo, mi señora. He pasado la mayor parte de mi vida con mi abuela, alejada de todo. Ella lo hizo para protegerme y a pesar de sus esfuerzos, el mundo exterior me alcanzó. Agradezco infinitamente que haya sido a través de su hijo, al que amo. Mis palabras no alcanzan, me temo, para expresar la profundidad e intensidad de mis sentimientos hacia él». Ailsa había asentido y se había retirado. Verlo aquí y ahora, en la entrada, mirándola con fervor, renovó su convicción de que sería su hombre de aquí al fin de los tiempos, ocurriera lo que ocurriera.

—Isobel, ¿cómo te encuentras? —le inquirió mientras tomaba sus manos, hablándole con dulzura.

—Estoy muy bien, me siento muy feliz de estar entre los tuyos. De estar contigo. Temo que no puedo dejar de pensar en mi abuela. ¿No hay novedades de ningún tipo?

El sacudió la cabeza en forma negativa. Entendía que Isobel confiaba en que el retorno de Kirstie al castillo de su padre arreglara las cosas, de que aquella podría convencer a Blair de liberar a Davina. Él estaba muy lejos de creer que eso podría ocurrir, aunque no dudara de la buena intención de la muchacha. Estaba convencido de que era necesario hacer algo ya, aunque lo hostigaba la duda. «¿Qué hacer? ¿Qué sería mejor? ¿Elaborar una estrategia de ataque o enviar una misión negociadora que le permitiera tener una idea más exacta de la situación?».

De lo que estaba seguro era que, tal como le había prometido a Isobel, haría todo lo que estuviera en sus manos para rescatar a la anciana Davina. No

podía, empero, cometer el desatino de atacar sin ton ni son, sin pensar, arriesgando a los suyos en una misión irresponsable y suicida.

—Isobel, ten fe en mí. Mis hermanos y yo vamos a pensar una estrategia que nos permita rescatar a tu abuela.

—Sé que lo harás— le respondió con sencillez, mirándolo con confianza absoluta.

Estaba arrebatadora. Ya lo había percibido con sus ropas raídas y grises, pero los atuendos que Ailsa le había suministrado, como este vestido celeste, envolvían sus formas y resaltaban una belleza de la que estaría envidiosa cualquier dama de noble estirpe. Se reprochó que su cabeza comenzara a imaginar escenas acaloradas y sus ojos resbalaran rebeldes por los pechos turgentes y blancos que asomaban por el escote, altivos e inocentes a la vez.

¡Cuánto daría por estrechar ese cuerpo contra sí y tomarla como su esposa, de hecho y de derecho! La soñaba todas las noches, desnuda y en su propio lecho, disfrutando de la tibieza de su sexo. La deseaba tan fuertemente que su pecho golpeaba como un tambor y su miembro dolía de lo tieso. Trató por todos los medios que ella no descubriera su inquietud y su urgencia, por lo cual giró, dispuesto a retirarse.

—No podré jamás agradecerte todo lo que haces por mí y lamento en el alma traerte tantos problemas—le dijo ella, con una mano en su espalda.

— ¿Tu, problemas? —volvió a mirarla—. ¡Jamás pienses eso, tú has traído la intensidad del amor y la ternura a mi vida!

Tomó su rostro con ambas manos y en la faz pequeña, ceñida por las manos grandes del laird, destacaba como una rosa la boca carnosa, que no pudo evitar besar. Fue primero apenas con un roce, pero al percibir que ella abría sus labios en entrega dulce, la unión se hizo más fuerte, abrazando su espalda con una mano y tomando su cabellera con la otra. Intenso, largo, de una pasión furibunda y compartida fue ese beso, que sólo se cortó cuando la

mano femenina se posó sobre su pecho, pidiéndole aire. Él se retiró jadeante y ella enrojecida y ruborizada lo miró, procurando transmitir cómo le había movilizad.

—Isobel, Isobel... ¡No tienes ni tendrás medida de la forma en que te deseo! No tengas miedo de mi pasión y perdona si mis maneras se asemejan a las de un bellaco. Ven— le tendió la mano y la invitó a salir.

La condujo por los pasillos, desde la torre de los homenajes por las escaleras hasta la capilla del castillo. Una vez adentro, la tomó por la cintura y le manifestó:

— Te juro hoy, aquí y frente a lo más sagrado, que te amo como no he amado a nadie. Te juro que usaré todas las fuerzas de mi cuerpo y de mi alma para hacerte feliz. Cuando el momento llegue, te haré mía. Cuando estés preparada, cuando ambos creamos que es necesario. Tú sabes que ese matrimonio al que tuve que ceder y que hoy está desecho, para los demás dura un año y un día. Es una atadura ficticia, pero para mantener las formas, apenas haya pasado ese plazo, si lo deseas tanto como yo, haremos los arreglos para consolidar un matrimonio de los de verdad. Tú y yo. Ese es mi deseo y mi propósito. ¿Quieres lo mismo?

—Sí, sí—contestó ruborizada, procurando que su tono ansioso se hiciera alto—. No podría querer otra cosa que estar a tu lado.

Tomaron sus manos, ambos emocionados por lo poderoso del momento. Todo estaba dicho, el amor era fuerte, y era más que evidente que debería sobrellevar varias dificultades para concretarse.

2.

El tiempo pasaba lento e inexorable y Kirstie cada vez se encontraba más intranquila. Abandonada la idea de poder incidir en la conducta y los planes de su padre, había acudido a su hermano Ian. Pretendía hacerle ver que involucrar al Rey implicaba comenzar un conflicto innecesario que podía resolverse con la buena voluntad y a través de la negociación entre ambos lairds de la comarca. Para su dolor, había encontrado indiferencia.

—Te involucras en algo que no te corresponde, Kirstie— le había dicho él con acritud, molesto por la insistente manera en la que defendía a los Campbell.

— ¿Que no me incumbe, dices? Tal vez podrías haberme dicho esto algunas semanas atrás, que no conocía nada de lo que pasaba. Pero me casé por pedido de nuestro padre, viví con ellos. ¿Quién más involucrado? —dijo con énfasis.

— ¿Crees que eso te habilita algo? ¡Te recuerdo que fuiste expulsada!

— ¡No es así!

—Llámale como quieras. Glenn Campbell te humilló y te destrató al hacerte a un lado y eres tan terca y poco inteligente que todavía defiendes a esa familia, que tantos quebraderos de cabeza nos ha traído.

— ¡No defiendes a nadie y tu descripción no es acertada! Y sí lo fuese, no me importa. Insisto en qué es una cuestión de inteligencia y economía negociar más que pelear.

—Voy a tomar tus palabras como las de una mujer que va perdiendo la razón— señaló con frío tono Ian—. Tal vez solo piensas en ti y tus deseos, y ese tal Ewan al que dices querer. O tal vez es verdad lo que dicen sobre las brujas y esa mujer, que obnubiló la razón de Glenn, opacó también la tuya. Te

debes a los tuyos, a nosotros. ¡Debes apoyar lo que padre elige y dice!

—No creo que...

— ¡Ya basta, hermana! Hasta aquí escucharé tus palabras. Mi lealtad y apoyo total es para los MacDowell y para nuestro padre. Nunca haría nada que nos expusiera, lo que tú planteas es una locura.

Furibunda por sentirse inútil y sola, el único consuelo que encontraba era visitar a Davina, una mujer que fue descubriendo sabia y amable y cuyas palabras parecían derramar medicina sanadora en sus heridas. Cada vez se alejaba más de su familia, tenía razón Ian. Tanto como se reprochaba no poder pensar igual que ellos, extrañaba la presencia de Ewan a su lado. «¿Es que soy una mujer de tan poca fe? ¿Una traidora a mi familia?», se reprochaba. «¿Por qué no puedo simplemente apoyarlos y olvidar esas semanas que pasé con los Campbell? ¿Por qué no puedo dejar de lado la imagen de Ewan, olvidar que he visto otro mundo y que me han marcado para siempre sus labios?».

Tanto como tenía de sensible, tenía de inteligente y despreciaba ese mundo de hombres que creía que la política era su terreno exclusivo. Si al comienzo le había costado asumir la idea del Rey Jacobo porque la involucraba, ahora entendía que la paz duradera en las regiones implicaba mejoras en la economía, eliminaba los dolores a las familias. «¿Cuántos hijos y padres deben morir? ¿Cuánto tiempo más habrán de saquear y afectarse mutuamente? ¿Por qué no aceptar que hay otra salida posible?».

La respuesta era muy simple y tan sencilla como sonaba, era también dolorosa. El único escollo era su padre. Su odio y su ansiedad de poder y de tierras lo llevaban al conflicto. Ella no tenía forma de cumplir lo prometido en el castillo Campbell y debía hacérselos saber. Era obvio que no le permitirían salir sola y sin escolta, se veía vigilada, no solo por Ian, sino por dos o tres guardias que habían comenzado a rondarla. Evidentemente, su padre desconfiaba de ella.

La única posibilidad en la que podía pensar era en enviar a alguien de su confianza, cosa nada sencilla por el temor que suscitaba Blair entre los suyos. Nadie se atrevería a ingresar al territorio Campbell e ir al castillo con un mensaje que implicaba traición. La única que haría lo que fuera por ella era su fiel Meg, y aunque no quería exponerla, la desesperación la empujó.

—Meg, debo pedirte algo. Estás en todo tu derecho a negarte, conlleva peligro evidente y lo entenderé si me dices que no.

La mujer la miró y le sonrió.

—¿Cómo podría decirte que no, mi adorada?

—Estoy en una situación muy difícil. Tú sabes que mi corazón quedó prendado en el castillo de los Campbell. Creí poder volver a ellos, pero me he dado cuenta que eso es imposible.

—Claro que es imposible, mi niña. Sólo tú pudiste pensar que tu padre te autorizaría—Las palabras de Meg destilaban desdén, que era lo que le inspiraba Blair.

Ella había ingresado al servicio de la familia cuando era muy jovencita y había sufrido en carne propia el destrato y los abusos, aunque no se lo haría saber a su niña. Por su culpa y sus ansias de poder, había perdido a su esposo y había debido criar a su hijo sola.

Conocía de primera mano las humillaciones y golpizas que ejercía periódicamente sobre Catriona, a la que había visto reducirse casi a un mero objeto decorativo en el castillo. Era cuestión de tiempo que la rebeldía de Kirstie le jugara en contra. Si aún no había habido una actitud más severa de Blair era porque su hija era la única con la cual había tenido gestos de cariño en toda su vida. Pero su paciencia se apagaría si Kirstie persistía en su rebeldía.

—Tú has visto a esa mujer, Davina. Es una pobre vieja que se debilita en

esa celda. Es de suma crueldad someterla de esa manera.

«Claro que lo es», pensó Meg. Había logrado llevarle alimento y mejorar un poco sus condiciones, pero los guardias entorpecían la labor y no siempre podía hacerlo.

—Tenemos que ayudarla y evitar que mi padre haga una locura que lamentemos todos. Necesito enviar un mensaje a Ewan y sólo confío en ti.

— Yo seré tu mensajera, sin ninguna duda.

— ¿Estás segura?

—Dalo por hecho. Mañana mismo iré a visitar a mi familia en el poblado. Después de todo, hace mucho que no los veo. Una vez allí, le pediré a mi hijo que me traslade hasta el castillo de esos hermanos. Lo haré bien, nadie sospechará.

—Ellos deben saber que mi padre enviará un emisario al rey Jacobo para contarle que el matrimonio se ha disuelto, que los Campbell me han abandonado y humillado, qué han provocado a mi familia con sus acciones y, por lo tanto, Blair exigirá resarcimiento. Además, acusará a Isobel, así como a Davina, de brujería. Dirá que esta ha confesado su condición de hechicera y un supuesto plan para liquidarnos. Esto equivaldrá al fin de la paz y probablemente el Rey tomará sanciones severas e impensables contra todos ellos.

—¡Eso es terrible, y tan falso! No se preocupe, llevaré su mensaje y lo transmitiré palabra por palabra.

—Meg...—ella se sonrojó, pero no evitó manifestar lo que le quemaba la garganta— Dile también a Ewan que mi amor no se ha agotado. No es por falta de voluntad que no he vuelto a él. Dale esto en señal de mi amor—le entregó un pañuelo de fina tela, con el que solía sostener su cabello.

—Muy bien, niña. Confía en mí.

Meg se preparó con decisión, no sin antes acudir a Blair con total sumisión para solicitar autorización para visitar a su hijo. Al laird le gustaba estar informado de todo lo que ocurría y hasta minucias como lidiar con el personal pasaban por su mando, en una tarea que hubiera debido hacer Catriona, pero ella estaba anulada hasta en eso. Él estaba tan distraído con sus planes, que desechó su presencia, autorizándola sin pensar.

Tomó algunos enseres y se dirigió caminando a la aldea, que estaba bastante cerca. Una vez allí, ubicó a su hijo que trabajaba trasladando los sacos de harina. No tuvo que convencerlo de nada, su palabra era ley para el muchacho, un joven sencillo y fuerte que sabía que su madre no haría nada sin pensarlo y sin medir consecuencias. Si tuvo algún reparo en ir al castillo Campbell, no lo dejó traslucir.

Era vital tomar precauciones para que nadie los viera y transmitiera su extrañeza a Blair, pero a la vez debían apurarse. El emisario partiría en cualquier momento; la misma Meg había escuchado que Blair se quejaba con fastidio por la ausencia del capellán que era el encargado de poner por escrito las ideas y pensamientos de su líder. En pocas horas el sacerdote volvería de sus tareas en el monasterio, lo cual significaba que era cuestión de poco tiempo que el emisario se pusiera en marcha.

Varias horas de lento traqueteo la dejaron frente al castillo Campbell y al ser inquirida la razón de su presencia, solicitó ser recibida por Ewan, entregando un paquete que contenía el pañuelo de Kirstie. El muchacho apareció de inmediato, apurado y nervioso, dejando traslucir su alegría al ver a Meg, mas también cierta desazón. Tal vez por algún momento había tenido la esperanza que su amor había vuelto.

—¡Meg! ¡Cuánto me alegra verte! Ven, sígueme, hablaremos adentro.

La condujo hacia el interior del castillo y ella le solicitó que la escuchara ya, sin más ceremonias ni demoras, para lo cual le pidió que se sentaran en un

banco, el mismo en el que Kirstie solía observarlo practicar con su espada. Con prisa y claridad le transmitió el mensaje, haciéndole saber la inquietud que envolvía a la muchacha, así como la imposibilidad de volver.

—Pronto saldrá ese mensajero y traerá complicaciones importantes. Davina está bien, por el momento, aunque cada día se la ve un poco más débil.

— ¿Y Kirstie?

—Triste y suspirando por usted, debo decirle. No sé qué hará con esta información que le traigo. Si el amor que usted siente por ella es verdadero y sus intenciones serias, tiene que pensar un plan que permita sacarla de ese castillo maldito.

—La amo sin medida, Meg—le contestó con sencillez y sin aspavientos—. Me desespera pensar que está pasando mal y no puedo hacer nada. Transmitiré lo que me contaste a Glenn y pensaremos cómo actuar. Es grave y urgente tomar decisiones para rescatar a ambas. No veo ahora una solución clara, aunque de seguro la habrá. Agradezco infinitamente que te arriesgaras a traer esta noticia. Para nosotros es vital y tú te has expuesto. Te prometo que haré todo lo que pueda y más para tener a Kirstie a mi lado.

Capítulo 22.

El relato de Ewan puso en alerta a toda la familia. Las implicancias de lo acontecido habían sido meras elucubraciones y supuestos, hasta ese momento. La decisión de Blair de ir con el monarca con una serie de denuncias serias, algunas con poco fundamento en la realidad pero que serían consideradas, hacía que todo tomara visos de gravedad.

— ¿Qué haremos? — inquirió Lyle, inquieto al ver los rostros circunspectos de sus mayores.

Glenn estaba sentado a la cabecera de la gran mesa, sus dedos entrecruzados y el mentón apoyado en los mismos, pensando. Comenzaba a desatarse algo que podía ser muy grave para los suyos; tenía que meditar con cuidado que convenía hacer.

—Tenemos que ser astutos y calcular bien cómo movernos—señaló con frialdad Ewan—. Acá no podemos considerar más que los hechos y datos objetivos.

Hizo un gesto señalando a Isobel, que estaba en un rincón como una pequeña niña, mirando a todos lados y probablemente pensando que la situación era toda su responsabilidad.

—Tú no eres el más indicado para hablar de objetividad en este caso—gruñó Glenn.

—Lo tengo claro, despreocúpate. Justamente porque sé que mi desesperación solo puede distorsionar mi pensamiento, es que te invito a que conversemos y pensemos posibilidades.

— ¿Este es un tema de hombres? —inquirió Ailsa acercándose, levantando una ceja.

Sus hijos sabían exactamente qué pasaba por su cabeza; no podrían sacarla del salón con argumentos de ningún tipo. Ella siempre había sido la cabeza pensante de la familia, asesorando a su esposo Gordon y luego a sus hijos, con astucia y sagacidad.

—Madre, no se nos ocurriría alguien más competente que tú—sonrió con debilidad Glenn.

—Me alegro que lo creas. Coincido con Ewan en que el plan de Blair está bien definido y va a tener llegada en el Rey. Por un lado, es verdad que se ha roto el pacto matrimonial que el mismo Jacobo incentivó. Eso puede considerarse traición. Blair tiene buenos argumentos y su resarcimiento va a ser apoyado.

—Eso lo sabíamos desde que tomaste tu decisión. Dijiste que estabas dispuesto a afrontar las consecuencias—agregó Ewan.

—Lo sostengo. No contaba, sin embargo, con que se sumarían a eso acusaciones de otra índole, como brujería. Me preocupan.

— ¡No pueden tener cabida, no hay fundamentos que las sostengan! — chilló Lyle.

— ¿Cuándo hay fundamentos para eso? A pesar de ello, han prosperado a lo largo de los años. Todos tenemos muy claro que Jacobo cree a pies juntillas en la hechicería y las brujas.

—Eso es extraño—se escuchó la voz de Isobel, un tanto baja.

— ¿Por qué lo dices?

—Un Rey... Cualquiera pensaría que está por encima de nosotros y sabe más. Soy una muchacha sencilla y hasta torpe, pueden pensarlo así. Creo que la magia existe, sin dudas. Está en la Naturaleza y es bondadosa; nos envuelve con sus dones, nos provee y nos guía a través de seres mágicos invisibles. Pensar que los hombres y sobre todo mujeres como mi abuela y yo, tan

ordinarias, tenemos poderes y causamos mal, es solo desconocimiento.

—Dices muy bien, querida—sonrió con dulzura Ailsa—. No importa cuán encumbrado pueda ser una persona; si sus miedos y experiencias los llevan a pensar por el camino de la superstición, esta lo dominará. Jacobo ha dado muestras más que suficientes del temor y la obsesión con este tema. Lo dejó claro desde que se casó y en su viaje por mar con la esposa, de vuelta a estas tierras, la tormenta casi hizo naufragar su barco. Lo que otros considerarían el destino, él lo creyó maldiciones paganas. Desde entonces, todo aquel que manifieste tener algún don, poder de curación o conocimiento de hierbas, ha sido perseguido. Incluso escribió un libro en el cual categoriza a los demonios.

—Sé bien de eso, de persecuciones. Mi abuela Davina debió huir de Aberdeen cuando yo era una bebé. Cargó conmigo, pues mi madre acababa de morir y muchas mujeres estaban siendo quemadas en la hoguera. Ella misma apenas pudo escapar cuando se decidieron a atraparla. Y ahora, tantos años después, cuando parecía que habíamos evadido la maldad, otra vez estamos inmersas en el dolor—se quebró en llanto Isobel.

Todos escucharon conmovidos su relato. Esa historia explicaba por qué nadie las conocía en la región.

— ¡Querida, es tan duro lo que han vivido! Tu abuela te ha protegido siempre. Tanto, que te escondió del mundo para evitarte dolores, ¿no es así?

Isobel asintió, continuaba sacudida por los sollozos.

—Mi abuela es una buena mujer, una sanadora. Conoce las hierbas y sus efectos. Es algo que heredó de su madre. Me ha enseñado a mí. Nunca ha hecho más que ayudar a quienes tienen un dolor o necesitan un empujón en el amor. Es triste cómo se la pisotea y desconoce, lo mal que se paga tanta bondad que ha esparcido.

—Isobel—se escuchó alta y fuerte la voz de Glenn—. No llores.

Haremos todo lo que esté en nuestro poder para devolverte a tu abuela y para protegerte. Debemos calmarnos y pensar cómo actuar. La información que ha enviado Kirstie es clave.

—Ella se ha arriesgado mucho al desafiar la cólera de su padre. Si Blair se entera de lo que ha hecho, no dudará en castigarla de maneras que no quiero imaginar—sostuvo Ewan—. Isobel, la mensajera de Kirstie, Meg, me ha dicho que han procurado aliviar las condiciones de encarcelamiento de tu abuela. Ella se encuentra algo débil, pero aún vive y se preocupa por ti.

—Muy bien, hijos, volvamos al tema. Pensemos qué podemos hacer— la voz de Ailsa se dirigía especialmente a Ewan, que era quien tenía cualidades de estratega.

Glenn era el hombre de la acción, valiente y fuerte, y ya le llegaría el turno. Ewan asintió, entendiendo lo que su madre pretendía de él.

—Veamos lo siguiente. El problema que tenemos es ese enviado que pronto dejará el castillo MacDowell para dirigirse al sur, hacia la Corte del Rey. Debemos detenerlo, evitar que el mensaje trasponga las Tierras Altas.

—Pero si ese emisario no llega, enviarán otro y luego otro. No los podemos detener por siempre— señaló Lyle.

—No, es verdad. Mas podemos ganar tiempo para solucionar los otros asuntos, y el tiempo es vital. Hay dos o tres lugares por donde el emisario puede viajar. Coloquemos guardias apostados vigilando los pasos y procuremos neutralizarlo. Eso, para empezar. Por otro lado, tenemos que rescatar a Davina y a Kirstie.

— ¿Estás seguro de que ella desea ser rescatada? —dijo Glenn con voz grave.

—No habría enviado el mensaje de no ser así. Meg me ha confiado que está triste y en estos momentos es casi una prisionera de su propio padre.

— ¿Qué sugieres? Un ataque frontal sería muy complicado y no podríamos superar las murallas del castillo sin perder hombres y derramar mucha sangre—señaló Glenn.

—Debe ser algo más concreto y astuto. Algo que nos permita ingresar al castillo MacDowell de manera inadvertida para sus guardias, una acción rápida en la que logremos ubicar a las dos mujeres y sacarlas del lugar.

—No imagino cómo podrían hacer eso—sostuvo inquieta Ailsa.

—Necesitamos ayuda interna.

—Contamos con Meg y Kirstie—expuso Ewan—. Estoy seguro de que pueden hacerlo.

— ¿Cómo podrían dos mujeres evitar que los guardias vigilen, controlen y nos detengan al instante? Les das demasiado crédito— Glenn hizo un chasquido con la lengua, fastidiado.

Ewan no le hizo caso y prestó toda su atención a Isobel. Su cabeza elucubraba una idea y tenía que saber si disponía de los elementos para concretarla.

—Isobel, dices que conoces de hierbas, que tu abuela te ha enseñado sus poderes y misterios. ¿Conoces alguna que permita dormir a los guardias? ¿Que se pueda mezclar con el vino o la cerveza sin que levante sospechas por su mal sabor?

La joven pensó unos momentos y asintió, recordando.

—Sí, se pueden combinar varias y obtener un líquido con un efecto de adormecimiento profundo, sin consecuencias para quienes lo consumen. Yo podría ir al bosque y conseguir las.

La posibilidad de ayudar la animó y le generó rápida expectativa; al menos no se sentiría tan inútil o culpable frente a los Campbell.

—Tendría que ser ya, sin pensarlo más. Meg debe regresar al castillo. Su

permiso es breve y podría llevar el preparado. Ella misma debería mezclarlo en la bebida de los centinelas. Debemos asegurarnos el acceso por el portón central y luego a los calabozos. Tenemos que movernos en la noche, cuando Blair descansa y no controla de cerca a sus guardias. Es un demonio astuto y probablemente podría darse cuenta con rapidez si algo extraño sucede cerca suyo.

—No podemos ingresar a pleno día por eso mismo, ni siquiera disfrazados.

—Cómo lo estoy imaginando—argumentó Ewan—, lo mejor sería lo siguiente: que Meg vuelva mañana en la tarde al castillo. Tal vez cuando ya está comenzando a bajar el sol. Deberá ir en el carro de su hijo, que fue la forma en la que llegó aquí. De seguro hay productos para transportar, ella me ha dicho que su hijo lleva mercadería al castillo en forma muy asidua. Podríamos escondernos en el carro, entre las bolsas y las lonas. Así esperaríamos a la noche.

—Eso es muy riesgoso—gritó Ailsa—. Cualquiera puede verlos o revisar el carro.

—Todo lo que haremos lo será—le contestó Glenn.

—Lo fundamental es el sigilo—agregó Ewan—. A la vez, Meg se las arreglaría para preparar bebidas a los guardias y alertar a Kirstie de lo que ocurrirá. Una vez que la noche ha caído y el preparado comienza a hacer efecto, ella puede ubicar las llaves. Entonces entramos en acción. Nos desplazamos con cuidado y total sigilo. Buscamos a las mujeres. Tiene que ser algo rápido y no podemos ser más de dos o tres personas. Mientras dos de nosotros van por Kirstie y Davina, el otro se asegura de que los guardias que controlan la reja de la puerta y que caminan por los adarves estén dormidos. Después, es cuestión de subir la reja y bajar la puerta. Ustedes—señaló a Ailsa y a Lyle—deben asegurarse de que nuestros guerreros nos tengan

caballos dispuestos en el bosque cercano. La huida a toda carrera es fundamental.

Glenn había escuchado con extrema atención, sopesando los aspectos positivos y negativos del plan. Ewan era muy competente y astuto. Tenía razón, no había otra posibilidad. El riesgo era grande y no lo podían delegar en nadie más.

—Estoy de acuerdo—respondió—. Es un buen plan y es lo que haremos.

— ¡Es todo tan peligroso! —la madre se mordió los labios—. ¿Y si ese demonio los atrapa? No pueden esperar más que dolor y tortura de él, acabaría con ustedes poco a poco hasta que lo único que podrían suplicar es la muerte.

Sus ojos enrojecidos mostraban su miedo a perder a los suyos.

— ¡Debemos tener confianza! Somos fuertes y no nos entregaremos tan fácil. Lo esencial es que esa poción funcione—miró Ewan a Isobel, que asintió.

—Blair jamás imaginaría que podemos hacer una acción de este tipo. Tenemos el factor sorpresa de nuestro lado. No tiene idea de que podemos llegar a ser tan osados. No nos conoce, ¿no es así, hermanos? —Glenn animó a los otros con una sonrisa confiada y feroz.

— ¡Claro que no conoce a los Campbell cuando están enojados! — enfatizó Ewan.

Capítulo 23.

Glenn se apresuró a ir hasta las dotaciones de guardias y seleccionó a seis de ellos, a los cuales dividió en grupos. Les explicó con claridad que debían apostarse en los tres pasos principales que permitían el acceso de los MacDowell hacia las Tierras Bajas. Era imperioso que detuvieran a cualquiera de sus enemigos que transitara por allí. Era esencial el sigilo y no dar a conocer que buscaban; si el detenido no era portador de un mensaje, lo mejor era saquearlo y dejarlo ir. Debía pensar que estaba siendo expoliado por sus enemigos. En caso de ser el emisario y encontrar la misiva con los sellos correspondientes, debía ser tomado prisionero y llevado al castillo Campbell. Esa era la primera parte del plan.

Lo otro y urgente, era conseguir las plantas que darían origen al preciado potaje que haría su magia al incapacitar a los guardias. De inmediato hizo preparar su caballo y fue en busca de Isobel, que lo esperaba lista en el patio. La acompañaría al bosque en procura de las hierbas. La muchacha no montaba, así que lo más rápido sería que fuera a horcajadas. Belcebú tenía el poderío suficiente para sostenerlos a ambos. La ayudó a subir y con un rápido movimiento se posicionó detrás. Con un golpe de su mano en el anca, el caballo partió a toda velocidad, sorprendiendo y asustando a la muchacha. La sostuvo contra su pecho mientras trasponía la puerta a todo galope, rumbo al bosque.

—Debemos ir rápido. No te asustes, Belcebú es el mejor caballo de la región, poderoso y rápido como el viento. No te caerás, te tengo muy atrapada.

En verdad sus cuerpos parecían uno de tan unidos. La cabalgata fue en silencio, cada uno sumido en sus preocupaciones. Al llegar al bosque, Glenn desmontó y tomó a la chica por la cintura, y la posó con cuidado sobre la

hierba.

—Glenn..—lo miró desde su posición, una cabeza más baja que el hombre—. No sé cómo agradecerte. Tampoco sé cómo disculparme. Poner a tu familia en esta situación.

—Ni disculpas ni agradecimientos—Él elevó su mentón con un dedo, para que lo mirara, pues había agachado la cabeza—. Tú eres una Campbell ahora, eres mi mujer. Haré todo lo que sea necesario para protegerte y con ello a tu familia. Además, Ewan también tiene especial interés en que esto salga bien. Vamos, busquemos esas plantas.

Ella asintió, reconfortada por sus palabras, dichas con una pasión especial. Trató de recomponerse al impacto emocional de escucharle decir que era su mujer. Tanto como la conmovía, sabía que este no era momento para tonterías. Debía focalizarse, todo el plan dependía de su conocimiento. El bienestar de Glenn, de su abuela y los demás estaban en sus manos. Sus ojos recorrieron los arbustos y sus manos fueron separando el follaje en busca de las hojas que recordaba de memoria.

Le parecía escuchar la voz de su abuela cuando ella, sentada a su lado en la mesa de las pociones, le inquiría: «¿Qué hierba es esa, abuela?», a lo cual Davina respondía: «Si mezclamos esta con esta, la mente se calma, el espíritu se tranquiliza y llega el sopor que adormece. Un sueño bonito y largo te produce, para descansar. Así, mira. Mezclamos estas hojas machacadas con el jugo de estas otras, un poco de agua pura. Y listo». Cada hoja tenía forma, olor y textura diferente, muchas veces no recordaba su nombre, pero sí sus propiedades.

— ¡Allí! —señaló y cayó de rodillas sobre el pasto, separando y eligiendo las mejores hojas—. Y allá—dijo luego, buscando unas flores amarillas que puso en una bolsa, en el que también incorporó unos hongos pequeños. Apenas minutos había demorado en cosechar lo necesario.

— ¿Listo? —sonrió él—. ¿Ya está? Fue sencillo.

—Esto es simple. Me he dedicado por años a recolectar las hierbas que mi abuela necesitaba. Lo difícil vendrá después. ¡Tengo tanto miedo por ustedes! A veces tengo imágenes o presentimientos que me indican lo que va a ocurrir, mas nada se presenta ahora, estoy ciega—murmuró con abatimiento.

— ¿Sueles tener imágenes? —se sorprendió él.

—Cuando algo malo va a ocurrir, lo presiento.

—Pues si no ves nada ahora, quiere decir que todo estará bien—la tranquilizó—. No te inquietes.

Acarició su mejilla y la atrajo hacia su pecho. El aroma de su cabello, alborotado por la loca carrera de Belcebú, lo enervó. La apretó más y le tomó la boca, en un beso pospuesto y deseado, uno que devoró sus labios. Ella cerró sus ojos entregándose por completo, colgándose de su cuello con fervor. Más hondo, cada vez más y más apretado el abrazo, las caricias que comenzaron tibias y de exploración, se transformaron en conquistadoras de espacios corporales y se matizaron de deseo mutuo.

—Ah, Isobel— él la soltó de pronto y dio vuelta sobre sí mismo, procurando ganar auto control, sin lograrlo—. ¡Cuánto te deseo, cuánto quiero recorrer tu cuerpo y hacerte mía! —volvió a tomar su talle para buscar sus labios nuevamente.

Ella suspiró sin oponer resistencia, dejándole hacer, dándole rienda libre para que la amara. El suave pasto era una invitación y con dulzura él se agachó y la extendió, tendiéndose a su lado, recorriendo con un dedo la línea de su cuello que llevaba al escote seductor. En él hundió sus dedos, sintiendo una tibieza mayúscula. Con algo de torpeza desenredó las cintas que ajustaban el corsé y eso abrió paso a sus pechos redondos, blancos y de pezones rosa, enhiestos, que lo enloquecieron. Los acarició con ambas manos, sopesándolos y luego besándolos, lamiendo y succionando, henchido de placer.

Isobel respiraba agitada, con asombro por la respuesta de su cuerpo a las caricias de su amante. Tomó su cabeza y la hundió en el canal de sus senos, recorriendo su espalda, subiendo su camisa, ya un estorbo, que él quitó con celeridad, único freno de unos segundos. Luego, él se sumergió entre el mar de sus faldas y enaguas, doblándolas hasta la cadera para dejar expuestos pubis y muslos. La erección elevaba el kilt y sentía el corazón latiendo con fuerza en su garganta. No había razonamiento que detuviera los deseos. Sobre ella, empujó con su miembro para abrir la flor que habilitaba al placer, que lo dejó ingresar sin trabas, lubricada por la previa apasionada. Con el último atisbo de realidad, le preguntó:

—Isobel, ¿estás lista para mí?

Ella asintió y él no esperó más; la poseyó con una urgencia como no había sentido nunca y él sabía de placeres y sexo. Isobel cerró los ojos; era su primera vez, y sentía un calor intenso, que la quemaba por dentro, como un fuego bello, sagrado y de un disfrute extremo. Podía morir en ese momento y lo haría feliz entre los brazos de Glenn, conectada del modo más profundo con su hombre.

— ¡Quiero ser tuya! — lo incitó—. ¡No he querido tanto algo en mi vida!

Con cuidado, él profundizó la penetración, iniciando una serie de movimientos rítmicos sin dejar de acariciar y besarle el cuello, los senos, la boca. Quería que estuviera tranquila, abierta para él. Sentía la humedad de sus fluidos y esto le hacía cada vez más difícil contenerse. Era un momento mágico; la pasión de los amantes contenida cuál burbuja en un lugar que para Isobel era sagrado, rodeados de lo más bello de la naturaleza. La explosión de placer del orgasmo la alcanzó y la llevó al éxtasis, sacudida por sus propios espasmos y por los empujes de Glenn, que terminó el acto con un grito de triunfo enloquecido. Este era su combate más bendito y el que más atesoraría, el de los cuerpos fundidos en la batalla de amor.

—Glenn—jadeó ella, aún estremecida—. Nunca había sentido algo tan especial.

—Isobel, eso es amor a nivel físico— le sonrió—. No te haces una idea como imaginé este momento, tú y yo. Aunque fue mucho más sublime, mil veces mejor de lo que esperé.

—Este lugar es nuestro secreto. Aquí nos conocimos; aquí nos conectamos. Las hadas transitan por él— susurró ella.

Él ya estaba en pie acomodando su ropa y la ayudó a incorporarse, a la par que la vestía con gentileza, acariciando su rostro y besando sus labios. La ternura de sus ojos y de sus manos la convencían del amor que los unía.

—Desde el momento en que te vi supe que eras mi hechicera particular. No dejes de lanzar tu magia en mí, Isobel de mi corazón.

—No dejes de amarme—respondió.

—Jamás. No sería posible—Trató de recomponerse y hacerse responsable de lo que se aproximaba—. Es hora de irnos. Es hora de enfrentar nuestro destino.

2.

Ewan esperaba el regreso de Isobel; acceder a las hierbas y elaborar la poción era la parte más vital del plan que había estructurado. Lo consumían la ansiedad y los nervios, así como la expectativa de poder cumplir su promesa de cuidar a Kirstie y tenerla otra vez a su lado. Sentía que los días transcurridos sin ella le habían quitado color a la vida y tan melodramático como sonaba en su cabeza, no hubiera tenido ningún temor de repetirlo en alta voz a quien lo interpelara.

Desde lo alto de una de las almenas, un centinela gritó que el laird estaba de regreso. Su figura imponente ingresó, con Isobel bien sostenida por la mano protectora que impedía que se pudiera caer de la montura. Siempre era gentil

con los suyos, pero el gesto de posesión y el rostro concentrado en ella, así como el cuidado que tuvo para bajarla como si fuera una suave flor, pusieron de manifiesto y enfatizaron a todos quienes miraban el amor que sentía por esa mujer, lo que volvía inútil cualquier recelo hacia ella. Él laird bebía los vientos por la muchacha de ojos claros.

Ewan tenía sus dudas sobre ella: nadie la conocía, no había registros de ella y de sus antepasados. Mas esto no tenía vuelta atrás y la palabra de su hermano bastaba para convertirla en la nueva señora del castillo y del clan. Era algo que Ailsa había aceptado y que él también asumiría, no importaba las reservas que pudiera tener. Estas eran mera curiosidad de su mente un tanto obsesiva por los detalles.

Le habían intrigado sobremanera sus conocimientos y su relación con una mujer que había sido acusada de bruja y esto no porque fuera un hombre proclive a sostener esas creencias, sino más bien porque consideraba que normalmente detrás de ese tipo de mujeres había inteligencia superior y pensamiento estratégico. ¿Qué tal si no era tan sincera o ingenua como parecía? ¿Qué tal si los traicionaba? Eran preguntas que dejaría pasar; debía apostar al buen tino y al instinto de su hermano.

— ¿Las obtuvieron?

— Así es—contestó Glenn—. Todo en orden, ella irá ahora a preparar la poción. Yo me encargaré de elegir a alguien más para que nos acompañe.

—Considera que no habrá demasiado lugar en ese carro.

—Es por eso que el Pequeño Patrick es la elección indicada.

Sonrió. Así le llamaban a un hombre de talla bastante disminuida, que por sus facciones y miembros parecía más un chico. Era, sin embargo, un guerrero temible que manejaba el cuchillo de manera envidiable y cuya estatura le permitía colarse con facilidad en cualquier hueco. Todo estaba en marcha. Ewan ya había puesto sobre aviso a Meg y su hijo de lo que se llevaría

adelante.

Su asentimiento era fundamental, dado que tendrían la tarea de trasladarlos e ingresarlos al castillo. Eran su llave de entrada, además de que sería Meg la que debería encargarse de distribuir las bebidas con el aditamento preparado por Isobel. Ewan estuvo mucho más confiado en su plan cuando lo diseñó que al presentarlo frente a Meg. En verdad, le pedía demasiado, traicionar a su clan y exponerse.

—Entenderé si no quieres y tienes temor. Te necesitamos, pero tú decides.

La mujer no dudó un instante y ni pestañeó al escuchar la idea, musitando al instante, con fervor:

— ¡Debemos sacar a mi niña de allí a como dé lugar! Temo por su integridad. Y esa pobre mujer anciana, morirá a menos que hagamos algo pronto. Estoy dispuesta a realizar todo eso sin falla y mi hijo nos acompañará —determinó categórica.

El nombrado asintió, sin que su expresión se modificara un ápice; claramente se alineaba detrás de las palabras de su madre. Lo único que dijo fue:

—Deberíamos ir por el pueblo primero. Es verdad que tengo algunas bolsas para trasladar al castillo. Pensaba hacerlo dentro de algunos días, pero no levantará sospechas que vaya antes. El lugar es limitado, deberán acomodarse muy bien entre las lonas y las mismas.

Esa noche la cena fue en silencio; cada uno de los presentes reconcentrado y preocupado por cumplir con el rol que le tocaba y a la vez presagiando que lo que vendría ponía en riesgo a los dos Campbell más grandes y los llevaría a la boca del lobo.

—Hijos— señaló Ailsa—. Oremos, no habrá mejor momento para

hacerlo. Porque el Señor les de valor, energía y astucia para sobrellevar lo que vendrá. Confío plenamente en ustedes, a pesar del miedo que me provoca toda esta situación.

Los demás asintieron y la oración se elevó dejando fuera a Isobel, poco imbuida en el Dios cristiano. Eso la hizo sentir un tanto avergonzada y a la vez desprotegida, por lo cual internamente elevó su propio cántico a los Espíritus para que protegieran a su amado y que pudieran cumplir la misión de traer a su abuela a salvo con ellos.

La noche fue intranquila, en especial para Glenn, que no podía conciliar el sueño. Le hubiera gustado tener el calor de Isobel a su lado y contra su cuerpo, arropados por las pieles, pero era algo que a Ailsa no permitiría y en eso su palabra era ley. No era el miedo lo que le carcomía el cerebro; estaba acostumbrado a las luchas y al combate. Hacía pocas semanas su espada había dado cuenta de algunos Campbell y había herido de gravedad en una pierna a Blair. El olor de la sangre, el cruce de los metales, los gritos de hombres y bufidos de caballos enfrentándose, eran moneda corriente entre los clanes y lo había sido para él desde niño. Su padre lo había aleccionado bien y tenía mucha experiencia, y eso también corría para Ewan.

Lo que iniciarían mañana era algo diferente; una acción que requería más que nada astucia, silencio, preparación y que los tiempos y las personas coincidieran a la perfección. Había varios aspectos que no dependían de él y eso le inquietaba. Mucho estaba en manos de esa mujer, Meg, una sencilla campesina. ¿Podría ella sobrellevar la situación sin que el miedo la acometiera? ¿Podría su hijo conducirlos hacia el interior del castillo MacDowell sin verse asediado por el temor? Sería algo perfectamente comprensible para personas comunes y corrientes, dedicadas al trabajo y alejadas de la guerra y el quehacer de un guerrero. Como fuera, debían confiar en ellos pues no quedaban otras opciones plausibles a las que apostar.

La mañana llegó pronto y fue de preparativos intensos. Tocaba salir temprano para que el viaje fuera sin accidentes. Harían dos grupos, Meg y su hijo en el carro llegarían hasta el poblado y desde ahí al castillo. Cerca, en el bosque, los estarían esperando Glenn, Ewan y el Pequeño Patrick. Allí se encontrarían y procederían a esconderse en el carro, que entonces tomaría rumbo al hogar de Kirstie.

El carro partió un buen rato antes; debían darle tiempo para hacer su trayecto. Cuando los hermanos estaban casi preparados para marcharse, arribaron a la carrera dos de los hombres a los que Glenn había comisionado para apostarse en los caminos hacia las Tierras Bajas. Las novedades eran importantes: el éxito de la misión se confirmó apenas el más veterano esgrimió un sobre sellado.

— ¡Lo lograron, el emisario fue detenido! —gritó Lyle, que observaba todo, ansioso

—Nos costó, milord. Era un hombre rudo y desconfiado, astuto. Apenas pudimos sorprenderlo. Estuvimos en riesgo de que escapara y de que toda la misión se echara a perder. Por fortuna, mi caballo es uno de los mejores de la región, exceptuando el suyo, por supuesto.

—Lo detuvieron, eso es lo importante—dijo Glenn.

—Debimos matarlo. Se resistió y no tuvimos otra forma.

Glenn asintió. Lamentablemente para los intereses del hombre que había sido elegido como mensajero, si no hubiera muerto a manos de los Campbell, lo habría eliminado el mismo Blair si le hubiera llevado la novedad de que había perdido la carta. El pobre había sido un alma condenada desde el momento en que fue comisionado para enviar esa misiva al Rey. No había acción sin riesgo de morir, él mismo lo tenía claro.

—Muy bien, la primera parte fue efectuada y tuvo éxito. Es nuestro turno de hacer las cosas bien, marchemos.

La orden puso en marcha a los dos hermanos, que montaron con rapidez y salieron antes de que el día avanzara más. Cabalgaron a buen ritmo por varias horas, procurando esquivar los lugares transitados o aquellos por los que de seguro encontrarían gente que se extrañara de verlos de salida de sus tierras y en camino a las de su enemigo. El día se presentaba bastante gris y un viento intenso les hacía arrebujarse en los plaid. No se detuvieron hasta que alcanzaron el abrigo del bosque más cercano al castillo enemigo, y solo allí desmontaron para comer algo de pan y guisado. Temprano en la tarde estaban en la posición acordada, a la espera de vislumbrar el carro, que de seguro demoraría bastante más.

El Pequeño Patrick los dejó para dar una recorrida y conocer los alrededores. El castillo se visualizaba como una mole negra, una estructura maciza que emergía de la misma roca, inexpugnable por los lados, erizados de piedras desperejadas y aguas pantanosas.

— ¿Qué piensas, Ewan? ¿Confías plenamente en Meg y su hijo? ¿Crees que tendrán el temple suficiente para hacer aquello que les ha sido confiado? Por instantes temo que es demasiada responsabilidad para darle a gente que apenas si conocemos. Y les estamos confiando nuestra vida, nada menos.

Ewan asintió, mordisqueando una brizna de pasto, recostado sobre un árbol. Experimentaba la misma disyuntiva, el mismo temor, pero no había vuelta atrás.

—Ella hizo un largo trayecto y ya se expuso al traer el mensaje de Kirstie. Alimentó a la anciana, desafiando la furia de Blair. Lo odia, me lo ha dicho. Lo considera el culpable de la muerte de su esposo. Ha alimentado con ese mismo rencor a su hijo. Él habla muy poco, es muy serio como para que escapen comentarios inconvenientes de su boca.

—Son varias tareas que se deben ejecutar con precisión.

—Lo sé, Glenn, lo sé. Debemos confiar ahora.

—Ha sido todo un embrollo desde el comienzo. Si no hubiera habido la presión de Jacobo, nada de esto hubiera ocurrido.

— ¿Eso es un lamento? Glenn Campbell, laird magnífico de nuestras tierras, ¿se queja? —se burló Ewan—. Desde donde yo lo veo, cosas buenas han resultado de esa orden.

—Si, para ti sin duda—le señaló Glenn—. Me has birlado a mi esposa.

—Nunca fue tu mujer, hermano—dijo a la defensiva—. No hubiera osado ponerme en tu camino de ser así.

— ¿En verdad? —lo miró de hito en hito, para luego reír, haciendo atrás la cabeza—. Bromeo, confío en ti como en nadie.

—A veces lo dudo. Ya que estás de reflexiones, déjame decirte que no estaríamos aquí si tú no hubieras perdido esa cabeza floja que tienes por una bruja que nos manda al lugar más peligroso que podríamos pensar en este momento.

— ¡Isobel no es una bruja!

—No, se parece más a un hada con ese pelo amarillo que tanto acaricias. Como sea, también bromeo. No ha de ser coincidencia que el destino haya cruzado en nuestros caminos mujeres como no hay otras. No podemos más que seguir adelante y defender lo que sentimos.

—Deja de hablar como una vieja, somos guerreros. Piensa adelante, concéntrate—rezongó.

—Vamos, habla de lo que sientes frente a tu hermano—soltó una risotada Ewan—. La cara de corderito que traías hoy con Isobel adelante tuyo no parecía precisamente la de un guerrero, eras un tímido gatito entre sus manos.

—Deja eso, necesito pensar en lo que viene. Nos vamos a exponer, Ewan. Debemos ser conscientes de que probablemente no vamos a evitar el enfrentamiento con algunos de los hombres de Blair. En el mejor de los casos,

Meg se las arreglará para dejar fuera del camino a aquellos cercanos a las mujeres, pero sus guerreros son muchos.

—Lo tengo claro, Glenn. Evitemos afligirnos con anterioridad.

—Mal me conoces si crees que puedo sentir aflicción.

—Me refiero a que hemos hecho lo que se puede. Tenemos un plan, tenemos cómplices, hasta una poción mágica. Y una misión y un objetivo que de cumplirse nos tranquilizará y traerá a nuestro lado a los seres que queremos.

—También atraerá hacia nosotros la furia y las ansias de venganza, eso hay que tenerlo en cuenta.

—Ese es el después, Glenn. Vamos paso a paso, luego veremos qué hacer. Indefectiblemente llegará el momento en que deberás responder ante Jacobo.

—Mira, ahí están—le interrumpió Glenn.

El carronato se acercaba bamboleándose, las dos figuras firmes. Los hombres se pusieron en movimiento; el Pequeño Patrick ató sus caballos, asegurándose que estuvieran a cubierto, con agua y pasto cerca, de modo que estuvieran tranquilos. Allí deberían apostarse Lyle y los otros que vendrían a esperarlos y auxiliarlos, en caso de necesitar apoyo. La visión que tendrían del castillo era buena y a la vez segura, era la mejor posición.

Se acomodaron en el carro, apretados y Meg extendió sobre ellos una lona. Parecía una posición tan precaria que se miraron intentando darse ánimos. A su favor tenían que los sacos eran altos y pesados. Hasta que estuvieron en las cercanías del castillo, procuraron estar lo más cómodos posible, pero luego se arrebujaron, procurando evitar los movimientos. Meg les describía en voz alta que debían esperar encontrar, la estructura del lugar, mientras ellos eran sacudidos por el traqueteo que ya comenzaba a molestar

sus huesos.

—Ahora, lord—Meg se dirigía a Glenn—, estamos llegando. Silencio y quietud es esencial.

A los pocos minutos se escuchó la voz de alto, a la que sucedió la de Meg, que gruñía exigiendo pasar, pues venía cansada y su hijo traía harina para la cocina. Traspasaron la reja sin novedades.

—Vamos hacia un lado, la cocina está cerca de las caballerizas. Colocaremos el carro cerca de las escaleras de acceso. Deberán esperar. Queda poco tiempo de sol. Por favor, no se muevan ni murmuren. Hay poco movimiento hoy, pero de todos modos cualquiera puede verlos. Y arruinaríamos todo.

Los nervios atenazaban la garganta de Meg, pero haber llegado sin novedad y estar más cerca de la meta la hizo volver a su tono habitual. No le pesaba la responsabilidad que estaban poniendo sobre sus hombros, tenía todas las intenciones de cumplir al pie de la letra aquello a lo que se había comprometido, aunque era inevitable que la ansiedad la carcomiera.

Trató de moverse de la forma más rutinaria posible y su primera acción implicó subir morosamente las escaleras que conducían a la torre de los homenajes, a la habitación de Kirstie. Fue un suplicio, de haber podido hubiera corrido como el viento por los escalones para avisar a su protegida lo que se avecinaba. Golpeó con suavidad y se anunció, siendo recibida con alegría y expectación por la muchacha.

— ¡Meg, esperaba con ansias tu retorno! Cierra ya. ¿Cómo te fue? ¿Viste a Ewan? ¿Le has dicho palabra por palabra lo que te indiqué, tienen claro el peligro que los rodea?

—Mi niña— sonrió.

Estaba más ansiosa que ella y aún no sabía lo que ocurriría esa misma

noche.

—Dime ya, no resisto más. Temo lo que puede llegar a ocurrir.

—Niña, ese joven en verdad te ama.

— ¿Te lo dijo? — se sonrojó, aunque no le importó; necesitaba como agua reafirmar que su pasión era correspondida.

— ¿Si me lo dijo? Ha hecho mucho más. Está ahí abajo, vino por ti.

La confusión cubrió el rostro de Kirstie y luego se asustó.

— ¡Mi padre lo va a matar! ¿Cómo has podido permitirle que venga? ¡Sabes que Blair es un hombre implacable!

—Tranquila, está escondido. ¿Crees que habría podido frenar el ímpetu apasionado de ese joven? Apenas se enteraron de lo que ocurría, él y su hermano, el laird, hicieron los arreglos para que esta misma noche se pueda recuperar a Davina.

—Ah, vienen por ella—dijo Kirstie confundida.

—Vienen por ambas, lady. Pero es una acción compleja y son solo ellos.

—¿Ellos? ¿Sin fuerzas? —la angustia le estrujó la garganta y restregó sus manos con ansiedad—. ¿Cómo podrían atravesar las murallas y las espadas de los guardias? Oh, creo que los he conducido a una muerte segura—sollozó.

—Está todo pensado y planeado. Lo único que tienes que hacer es esperar aquí esta noche, atenta y lista. Vendrán por ti.

— ¿Cómo lo harán?

—No importa él cómo, solo déjame decirte que me toca un papel importante.

Kirstie tomó las manos de la mujer.

— ¡No quiero que te arriesgues, no podría vivir con la idea de que te he llevado por un camino que no tiene vuelta! Si algo te ocurriera, me culparía

por siempre.

—Los caminos los designa Dios. Y hay decisiones que tomamos nosotros. Fue mi idea aceptar el participar en una acción que te liberara y contigo, a esa pobre mujer en los calabozos. ¡Hay tanta injusticia en este castillo! Tanto rencor y ambiciones encerrados en las paredes. Temo que esto penetre por tus poros, vaya agriando tu carácter y te arruine la vida. Debes irte, debes irte sin demora y sin pensarlo, sin mirar atrás.

Meg temía que, llegado el momento, Kirstie no se atreviera a abandonar a su padre y a traicionar a su hermano, por eso sus palabras apuntaban a resaltar lo importante de la mente decidida y la decisión serena.

—No te inquietes, mi querida amiga. Mi corazón tiene elegido lo que desea y mis pies no vacilarán a la hora de caminar o correr hacia el hombre que amo y con él, hacia una nueva vida. Lo que más me duele es saber que mi hermano no me lo va a perdonar. Pero, ¿qué caso tiene vivir en un lugar que es una cárcel, en el cual sé que no podré ser feliz jamás?

—Es así y me alegra tanto que te des cuenta de ello antes que te afecte. Este lugar fue la cárcel que marchitó lentamente a tu madre. No digo más. Cuando la luna esté alta en el cielo, todo se pondrá en movimiento. Es esencial actuar con normalidad. Vístete con ropas oscuras. La noche tiene que ser amparo. Cuando todo esté listo, tocaré tres veces a tu puerta. Deberás estar lista.

La mujer se deslizó fuera, dejando una Kirstie conmovida y sacudida por las emociones y la expectativa de poder volver a los brazos de Ewan. Rogó en silencio por el éxito y preparó su ropa. Se presentó al salón a la hora de comer y apenas sí pudo picotear alimentos, abstraída, una actitud que tenía ya varios días y a la que Blair no prestó atención. Se incorporó luego de un rato y argumentó malestar para retirarse. Y se sentó a esperar.

Mientras la familia finalizaba la cena, Meg ofreció su ayuda a la

cocinera; argumentó estar entumecida por las horas de carromato. Se encargó de alcanzar a los guardias potes de comida y bebida, en la que diluyó sin problemas una buena cantidad de poción, más de lo que Isobel le había aconsejado. Quería asegurarse que nada fallara.

Los tres guardias que recorrían los adarves de las murallas, vigilando desde lo alto, más el que controlaba la reja de la puerta recibieron con palabrotas de agradecimiento lo que la mujer les brindó. Luego, preparó una bandeja con algunos elementos para Davina, unos mendrugos de pan y algo de agua, junto a la copa de madera llena de vino para el carcelero que controlaba las llaves de los calabozos. El soborno fue bien recibido e hizo que la dejara pasar. Se acercó lentamente hacia el calabozo donde la anciana elevaba su plegaria, arrodillada. La miró y se compadeció: estaba cada vez más pálida.

—Davina—susurró—. Te he traído algo de pan y agua.

La mujer le sonrió. Meg se acercó a la reja e hizo una seña a la anciana para que se acercara, lo que realizó con esfuerzo.

—Esta noche deberás estar preparada—vigiló con sigilo que el guardia no se acercara—. Han venido por ti, Davina.

Esta se sorprendió.

— ¿Quién podría venir por mí?

Temía que Isobel hubiera cometido una imprudencia que la precipitara a los brazos de ese hombre maldito.

—Tranquila, está todo listo. Espera. Cuando el guerrero venga, permite que te ayude. No te alteres ni pienses nada extraño.

Davina afirmó y luego se esforzó para comer el pan y tomar el agua, a pesar de las protestas de su estómago, siendo consciente de que tenía que arrancar a su cuerpo las fuerzas que menguaban. No quería ser un peso muerto ahora que una luz, un atisbo de esperanza iluminaba su mente.

Meg retornó a la cocina donde incentivó a la encargada a retirarse, bromeando que solo sería esa noche que la suplantaría, que tomara ventaja pues luego regresaría a su rol. No era algo inusual, de tanto en tanto ofrecía sus servicios pues sabía que la tarea de alimentar a Blair y su ejército era algo agotador en extremo. Su oferta fue bien recibida por la cocinera, quien aprovechó para retirarse, agradecida.

2.

El tiempo transcurrió lento mientras lavaba los trastos; los nervios la atenazaban. Después de terminar, se asomó por la pequeña puerta trasera y le alivió no ver al guardia que solía apostarse en la almena sur. Nadie circulaba por el patio central, la noche se había cerrado y las antorchas iluminaban pequeños círculos del gran espacio, la luz arrinconada por la niebla que se levantaba. Tomó aire con profundidad y decidió que ya era tiempo. Se acercó al carronato y al pasar murmuró:

—Está hecho. Es la hora.

Apenas fueron pronunciadas las palabras, las lonas se movieron con rapidez para descubrir a los tres hombres que pusieron pie a tierra, y estiraron sus miembros, para de inmediato, espadas ya en mano, dispersarse por los lugares que Meg señalaba. El Pequeño Patrick se dirigió hacia el portón central de ingreso, escurriéndose contra los muros. Verificó que el correspondiente guardia dormía, despatarrado al lado de la gran cadena y las poleas que levantaban la reja y abrían las puertas. Luego, subió con agilidad las escaleras de piedra, escondiéndose en las salientes de piedra de los adarves. Desde allí se dominaba todo el patio: todos los guardias estaban bien dormidos. La poción tenía un efecto poderoso. Imitó el sonido de un pájaro nocturno para indicarle a Glenn y Ewan que esa parte del plan funcionaba.

Los hermanos ingresaron por la cocina y Meg les indicó hacia dónde avanzar en busca de los calabozos y las habitaciones de la torre de homenajes.

Esta última tarea la tomó Ewan, como habían acordado. Con sigilo y con una mortecina luz de vela circuló por el pasillo, contando las habitaciones hasta llegar a la que tenía al frente unos pétalos, que Meg había dejado caer en forma de señal. Golpeó tres veces y de inmediato la puerta de madera se entreabrió, haciendo ver que Kirstie aguardaba la señal.

Ella se llevó las manos a la boca al verlo, procurando contener el nombre y se arrojó a sus brazos. El la calmó, poniendo su dedo sobre los benditos labios: era vital el silencio. Estaba vestida con ropas de hombre, oscuras y toscas, que no lograban opacar su belleza. Miró sus pies y sonrió. Estaba descalza, de seguro no tenía zapatos que no hicieran ruido sobre las piedras. Le hizo un gesto y tomados de la mano avanzaron rumbo a la cocina, pegados a los muros, conscientes ambos del peligro que corrían.

Mientras tanto, Glenn había bajado las escaleras para atisbar el lugar donde estaba el carcelero. Yacía con la mitad del cuerpo sobre la mesa de madera, el vaso en el piso y unos ronquidos que hubieran despertado a un muerto. Se mostró despreocupado y tomó las llaves, con las que recorrió el pasillo húmedo con presteza, mirando las celdas hasta encontrar la figura delgada, que estaba esperándolo. La miró y le hizo un gesto de aprobación, mientras abría la celda y le daba la mano para que avanzara. Davina se movió con dificultad y él sin pensarlo, la tomó en sus brazos para cargarla. Era frágil y liviana.

—Señora, iremos más rápido así.

Ella asintió sin emitir más palabra. Recorrió el camino de regreso a la cocina, donde ya lo esperaba Ewan con Kirstie. Los hermanos cruzaron miradas de aprobación y satisfacción por la forma en la que todo iba saliendo. Meg miró otra vez hacia fuera y vio que estaba aún desierto, por lo que dio la indicación para que salieran. Glenn tendió a Davina sobre las lonas, pidiendo en un susurro que soportara estar acostada, a la vez que Ewan le pedía lo

mismo a Kirstie

—No deben elevar la cabeza. Estamos en el momento crítico, ahora es cuando debemos irnos.

Ewan silbó para poner sobre aviso al Pequeño Patrick para que comenzara a elevar la reja y bajar la puerta. Ewan tomó las riendas, pero entonces el hijo de Meg apareció con dos caballos. Los había estado esperando con paciencia en la caballeriza, tiempo que usó para preparar dos corceles. Los hermanos habían pensado que el carro sería suficiente, pero él necesitaba sacar a su madre de allí. Cuando Blair se diera cuenta de todo, ataría cabos y Meg estaría en peligro extremo.

— ¡Lord! —llamó la atención de Glenn, que asintió, indicándole que tomara control del carro a la vez que Meg subía ante la indicación de su hijo y también se tendía sobre el piso del carronato, que comenzó a moverse con lentitud.

El ruido de la reja al elevarse, mal mantenida y poco engrasada, a la vez que la puerta al caer, parecieron truenos en la noche silenciosa. Se apreció movimiento en las habitaciones de los guardias y cuando ya jinetes y carros se aproximaban al portón, alguien dio un grito de alarma que puso en marcha, con torpeza, a los guerreros.

El griterío alertó a Blair, que aún no dormía y se tiró del lecho con premura. Apenas vestido y con su espada lista se precipitó escaleras abajo, con una velocidad que hacía olvidar que estaba herido. Al salir al gran patio, el desbarajuste de gritos sin concierto lo hizo dudar, pero su mirada se dirigió hacia donde le indicaban y vio que un carro y caballos estaban saliendo por la puerta de acceso.

— ¿Qué es esto? —aulló—. ¿Quién se va, quien autorizó la salida a esta hora de la noche?

— ¡Son los Campbell, señor, están en el castillo!

Blair no creía lo que escuchaba.

— ¿Aquí? ¿Cómo entraron? —despotricó sin dejar de correr hacia la entrada, entendiendo que habían venido por la anciana—. ¡Hay que detenerlos!

Glenn golpeó los caballos que tiraban del carromato para incentivar su marcha, a la vez que, ya cruzado el portón, desmontaba y con el Pequeño Patrick a su lado esperaban la llegada de los primeros guardias, liderados por un enloquecido Blair, que le bufaba:

— ¡Glenn, no te atrevas a huir como una comadreja, maldito cobarde!

Ahí enfrente estaba el matador de su padre, al alcance de su espada y a punto de enfrentarlo. Una bruma gris de furia cruzó a Glenn, que se lanzó de lleno hacia adelante, chocando su espada con el otro laird, comenzando un duelo singular. Pequeño Patrick y Ewan se pusieron a sus lados y aguantaron el ataque de los demás guardias, pocos y que no eran rivales para sus armas, listas y despiertas. La sorpresa aún jugaba a favor de los invasores.

Blair sufría el impacto de haber bebido en demasía en la cena y la herida de la pierna le pasaba factura; pero esto no era óbice para sus ataques. Su fuerza era la de un animal herido, arremetiendo con poca certeza. Con habilidad, Glenn le quitó su espada en cuatro movimientos que hicieron saltar chispas a las armas, luego de cortar y herir profundamente la otra pierna. Con su rodilla en tierra y al parecer vencido, Blair volvió a elevarse, blandiendo un cuchillo que un guardia le alcanzó. Glenn esperó y esquivó el ataque.

— ¡Debemos irnos! —gritó Ewan; todo se complicaba y cada vez aparecían más guerreros.

Glenn aguardó el nuevo ataque, que volvió a fallar, y asestó una estocada mortal, hundiendo su espada Claymore en el pecho de Blair, quitándole la vida a su enemigo de años, con el arma de su padre. «La justicia o la venganza, tardó, pero aquí está», pensó. Los guardias los rodeaban, mas la sorpresa por

ver a Blair herido de muerte y la fiereza del ataque de Ewan y Pequeño Patrick desde los caballos, dieron tiempo a que montara detrás de su hermano y se retiraran a la carrera, siguiendo al carromato que iba tan rápido como podía, ya cientos de metros más adelante.

Ian apenas si pudo ver la última parte del enfrentamiento, dado que esa noche había dormido en el otro extremo del castillo, en brazos de la mujer de turno. Eso y el sopor provocado por un exceso de cerveza, hicieron que sus reflejos fueran lentos y al arribar encontró el pandemonio: su padre muerto, los guardias sin saber qué hacer y los enemigos escapando. Corrió por el largo camino gritando su furia y jurando venganza.

La noche era oscura y la luz de la luna estaba opacada por las nubes. Nada pudo ver. Regresó, procurando organizar a todos; la mañana debía llegar pronto y estarían preparados. No tenía caso salir en la oscuridad de la noche a exponerse aún más. El furor le hizo despertar a todos y llamó a los gritos a su madre y a Kirstie. Debían saber, no entendía como no habían bajado.

— ¡Padre ha muerto! —le espetó a Catriona, quién recibió la noticia con el rostro sin expresión, dudando entre el estupor, el miedo y la alegría—. Fueron los Campbell, estuvieron aquí. ¡Kirstie, Kirstie, ven aquí!

Subió las escaleras corriendo como un poseído y golpeó la puerta, abriéndola luego con estrépito ante la falta de respuesta, solo para encontrar la habitación vacía y el lecho intocado. La confusión lo rodeó y la idea tardó en corporizarse, intentando negarla. Buscó por todos lados, llamando a Meg. Bajó a trompicones las escaleras que conducían a los calabozos, previendo que nada encontraría. El odio transformaba su rostro, el frío rodeando su corazón, y entonces aulló de dolor. Su padre estaba muerto y su hermana se había ido, traicionando a los suyos.

La noticia de que los guardias estaban dormidos y no había quien los despertara solo lo confirmó. Los habían traicionado. Estaba solo.

Capítulo 24.

El carro avanzaba a los tumbos, impelido por la fuerza de los caballos azuzados al extremo; las mujeres saltaban y debían tomarse entre sí y de los bordes para evitar caer; el precio de la libertad era la huida inmediata. Alcanzaron el bosque y Pequeño Patrick detuvo el vehículo, ordenando a las damas que bajaran y desenganchando los caballos. El carromato había dejado de ser útil y había que abandonarlo. Mientras se organizaban, llegaron Lyle y otros con la caballada, provocando la reacción de miedo, inmediatamente disuelta al comprobar que era el auxilio.

—Hace algunas horas que esperamos—señaló Lyle con excitación, abrazando a sus hermanos—. Vimos movimientos y escuchamos los gritos.

—Todo ha salido bien—asintió Glenn con gravedad, agotado por el esfuerzo y conmovido por la lucha con Blair.

Ewan afirmó y golpeó en la espalda al más pequeño e hizo un gesto de entendimiento al mayor, mostrando su alivio. Por un momento había temido perder a su hermano ante Blair, y la muerte de este lo llenó de júbilo. Era el matador de su padre y había sido eliminado con la espada heredada por su hermano. No era una venganza que hubieran buscado expresamente, se daba como un pago del destino y bien que la recibían.

Moderó sus emociones al mirar de soslayo a Kirstie. Su rostro pálido estaba cubierto por un silencioso llanto que lo movilizó. Lo que a él le provocaba alegría, a ella la conmovía hasta el tuétano. Se acercó y la tomó en sus brazos y ella enterró su rostro en el hombro. No podía llorar en voz alta y no sería un escollo para la huida, alguien a quien tendrían que consolar como si fuera una frágil princesa. Su alma penaba; había tenido la esperanza de salir

ilesa y que con el tiempo su padre entendiera todo. Ahora él estaba muerto. Había visto su rostro desfigurado por la furia y el odio, como nunca antes. Tendría que lidiar con ello de ahí en más.

La cabalgata fue intensa, procuraban avanzar amparados en las sombras, iluminados por una luna que aparecía de tanto en tanto. No podían quedarse en las tierras MacDowell, en ese mismo momento Ian debía estar organizando a su tropa para perseguirlos. Era vital que hubieran traspuesto las fronteras de sus tierras al amanecer. El ritmo se mantuvo vivo a pesar del cansancio y el éxito coronó finalmente el plan, al entrar en territorio conocido y propio, cuando el sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte. Recién entonces Glenn suspiró con alivio. Miró a Davina y le hizo saber que estaban a salvo. Ella iba a horcajadas de un caballo, sostenida por una protectora Meg. Estaba hecho, lo habían logrado.

En su mano y en su espada aún estaba la sangre de su enemigo y un júbilo oscuro lo recorrió como una corriente que abría puertas cerradas en su cabeza. Mucho tiempo había esperado para que su metal se cobrara en especie la muerte a traición de su padre. Sentía placer, además de la alegría del deber cumplido. Hoy el mundo tenía un maldito menos, el sol iba a calentar con mayor fuerza.

A su lado, Ewan se desplazaba en silencio, consolando a Kirstie, que no le dirigió la mirada ni una vez. Esperaba, por el bien de su hermano, que ésta no tuviera odio ni rencor en su corazón, que le envenenara el alma y pudriera el amor que se tenían. Él había hecho lo que había tenido que hacer, Ewan había participado para salvarla. Para darle la libertad y regalarle la oportunidad de ser feliz, así lo debería asumir. Él sólo quería descansar y contemplar el rostro de su amada Isobel cuando volviera a reunirse con su abuela y lo mirara con esos ojos intensos que prometían tantas maravillas.

2.

La llegada de los jinetes fue anunciada por el vigía, que los reconoció desde lejos y dio aviso de inmediato. Tanto Ailsa como Isobel corrieron hacia la parte alta de la muralla, en el adarve sobre la puerta central, con los rostros tensos y las bocas contraídas, procurando distinguir entre quienes se acercaban. Ailsa, todavía en silencio, rogó que sus hijos estuvieran bien y un suspiro de alivio la recorrió al visualizar la figura potente de Glenn, luego a Ewan y a Lyle. «Mis tres hijos están bien, alabado sea Dios», agradeció en silencio. Isobel suspiró y un sollozo la quebró al reconocer a su abuela, tan diminuta y frágil. Lo habían logrado, la habían liberado; no cabía en sí de gozo.

— ¡Todos están bien! Ahí viene también Kirstie—dijo Ailsa—. ¡Abran las puertas! — gritó con júbilo—. ¡El laird se aproxima, mis hijos están aquí!

Bajaron con rapidez para recibir a los jinetes, que desmontaron dando muestras de su agotamiento. La mayor abrazó a sus hijos, llorando y riendo a la vez. Isobel corrió hacia Davina y esperó que Glenn la tomara con cuidado y la posara en el suelo para abrazarla.

— ¡Oh, abuela cuánto te he extrañado! ¡Tenía tanto miedo por ti, de no poder volver a verte más! ¡Ha sido terrible, agradezco que estés aquí sana y salva!

— ¡Mi pequeña, querida Isobel! —sollozó la anciana, angustiada por lo vivido, pero feliz de ver a su nieta.

—Y tú—Isobel giró su mirada hacia Glenn, aun abrazada a Davina, tendiendo su mano, que él tomó con cuidado.

Sus ojos transmitieron el intenso amor que le tenía y él lo recibió con agradecimiento inclinando la cabeza. Estaba muy cansado y esa sonrisa clara más la mirada franca y amorosa, eran toda la recompensa que necesitaba.

— ¡Hay que descansar, luego nos contaran todo! —ordenó Ailsa, mientras se preocupaba porque caballos y hombres fueran atendidos.

Había algunas heridas menores que curar, entre ellas una de Glenn en un costado, un roce de espada que ardía y sangraba, pero no comprometía para nada su vida. No le había prestado atención hasta ahora.

— ¡Estás herido! —chilló Isobel con susto, precipitándose a mirar.

—No es de cuidado, querida—sonrió él—. Tus instintos se dispararon por una herida pequeña, vas a tener que mejorarlos—le guiñó el ojo.

Ella agachó la cabeza y agradeció que estuviera bien. La había tenido con el alma en un hilo, esperando la peor de las noticias.

La más afectada era Kirstie, que no podía despegarse del brazo de Ewan y solo quería estar sola para llorar su dolor. Ailsa, enterada brevemente de lo ocurrido por descripción de Lyle, se acercó y la tomó con ambas manos en el rostro y le dio un beso en la mejilla. Leyó el dolor en su mirada y supo con claridad que ella se debatía entre la pena por el deceso y el sentimiento de traición a los suyos.

—Pequeña, has elegido y has elegido el amor.

Para Ailsa, la muerte de Blair era la mayor alegría, pero no lo demostraría frente a esa niña que sufría. Fuera lo que fuera Blair MacDowell y sin duda ella creía que era un demonio, para una hija todo padre era digno de respeto. La tomó por un brazo con suavidad y la condujo hasta la que había sido su habitación hasta hacía poco tiempo. La atendió en forma personal, procurando que descansara.

Mientras hacía esto, Ewan apareció y le pidió que los dejara solos. No lo hubiera permitido de habitual, no le gustaban las relaciones sucias o fuera de forma, pero la situación era de dolor. Esa niña necesitaba ser consolada y solo Ewan podía tener las palabras para hacerlo, él era el único al que escucharía.

Asintió y se marchó, cerrando tras de sí.

—Kirstie, lamento que debas pasar por esto. Nadie es culpable, ten en cuenta que tu padre eligió su camino al enfrentarse en espada con mi hermano. Por favor, te pido que no odies a Glenn. Él hizo lo que debía, protegernos, a ti, a Davina y a los demás.

—No lo culpo, Ewan—contestó con los ojos tristes—. Te amo. Agradezco infinitamente que hayas ido por mí, sé lo arriesgado que fue todo y cómo expusieron sus vidas. Siento un dolor intenso porque, pese a todo lo que pudo haber hecho, era mi padre. En cierta forma lo traicioné al elegirte. Sé que mi hermano lo va a pensar de esta manera.

—Deja eso ahora, debes descansar.

—No puedo dejar de imaginar a Ian. Vi su rostro cuando nos alejábamos. El odio lo trastocaba—señaló con tristeza—. Él fue siempre mi fortaleza y mi bastón, como buenos hermanos. Ahora, estamos partidos.

—No puedes incidir en él. Siempre sostuvo la postura de tu padre. Ahora le tocará tomar decisiones. Es el nuevo laird, tendrá que pensar en los suyos. No quiero que te castigues más, tendremos suficiente en qué pensar los próximos días. Duerme.

— ¿Cómo podría?

—Tiéndete— le susurró—. Yo velaré tu sueño.

Ella suspiró, cerrando tus ojos. Por más triste que se sintiera, saberlo a su lado era consuelo. Tomó su mano y la apretó, mientras él besaba su frente y sus labios con calidez.

—Duerme, bella Kirstie—. No me iré.

2.

Davina fue alojada junto a Isobel. La cama era lo suficientemente grande para ambas y más. La joven no podía dejar de abrazar a su abuela. Le trajeron

bebidas y alimentos, pero ella solo quería descansar sus huesos adoloridos.

—Abuela... Espero puedas perdonarme, en gran parte todo esto ha sido mi responsabilidad—le dijo con abatimiento.

— ¿Cómo podría serlo? —se asombró—. Tú no puedes hacerte responsable por la conducta de los demás. La decisión de atraparme y usarme para sus trampas fue de Blair MacDowell.

—Pero si yo no hubiera conocido a Glenn, nada de esto habría ocurrido.

—Si no hubieras hecho esto o lo otro. ¿Crees que manejar el destino está en nuestras manos? Va más allá de nosotros. Podemos evadirlo un tiempo, tomar decisiones que lo impulsen o retrasen, pero al final, siempre nos termina alcanzando.

—Nunca podré terminar de agradecer a Glenn por haberte salvado.

—Ese hombre, sí. ¿Lo amas? —el tono se volvió de preocupación.

Isobel la miró y afirmó.

—No me cabe en el pecho el amor que siento por él.

—Me lo temía—murmuró Davina.

—¡Es un hombre bueno, abuela! Lo ha demostrado con creces. ¿Qué otro hubiera arriesgado su propia vida y a su familia por mí o por ti, mujeres sencillas?

Davina pensó que había verdad en eso, pero era tan mala la experiencia que tenía en lo que concernía a los romances entre mujeres sencillas y nobles. Su hija, Rhona, la madre de Isobel, había pagado con su vida el amor hacia un hombre poderoso. Rogaba que no se repitiera la historia.

—Reconozco que gracias a él estoy contigo nuevamente. Vi honestidad en su mirada.

Eso era verdad, cada vez que lo había mirado a los ojos, estos habían respondido con nobleza. Pero había tantos aspectos a tener en cuenta: las

personas a su alrededor con las que había que lidiar, familiares que tal vez no aceptaran la condición de Isobel. Podía haber trampas o tal vez, que el corazón del hombre fuera veleidoso y que hiciera a un lado a su niña una vez saciara su sed.

Esto la atemorizaba, aunque no tenía el poder de incidir. Isobel había roto las suaves cadenas de protección con las que la había rodeado y ahora era una mujer hecha y derecha, tomaba sus decisiones y elegía sus pasiones. Sólo podía rogar porque fueran las correctas.

Unas horas más tarde, los Campbell se reunieron en la sala central y dieron cuenta en detalle de la acción de la noche anterior, procurando satisfacer el interés de todos.

— ¡Ese maldito está bien muerto. Lo lamento por Kirstie, Ewan, pero es lo que siento. ¡Merecía estar bajo tierra! —dijo Ailsa, con pasión.

—Es algo que sentimos todos, madre—asintió Ewan—. Claro que ella está triste y también muy afectada y preocupada por la reacción de Ian, tanto por la muerte de su padre como por su huida.

—Lo de anoche funcionó bien— señaló Glenn, saliendo de su mutismo—. Sin embargo, debemos ser conscientes que nos esperan tiempos complejos. No podremos detener los enviados de Ian al palacio real. La noticia de la muerte de Blair en enfrentamiento conmigo y el matrimonio deshecho con Kirstie correrán como el viento por la Corte. Ian va a exigir ser resarcido y es probable que Jacobo actúe de acuerdo y que envíe sus tropas contra nosotros.

—¡No debería ser así! Si su objetivo es la paz, el Rey no puede interceder en un asunto entre clanes.

—Madre, él dirá que lo hace por el bien mayor. Y desde su perspectiva, los perpetradores seremos nosotros.

—Pues debemos enviar nuestros propios emisarios—argumentó Ewan—.

Nuestra voz se debe hacer oír y no podemos perder tiempo.

— ¿Qué diremos? Es verdad lo del compromiso, también que nos metimos en el castillo MacDowell. Eso tendrá poco de pacífico, a sus ojos.

—Diremos que fuimos provocados. Diremos que Kirstie MacDowell está dispuesta a continuar su unión con nosotros y es la garantía de la paz. Diremos que hubo provocación y que la muerte de Blair fue en una contienda que él incitó. Esa es toda la verdad.

—La verdad no siempre es argumento sólido—señaló Ailsa.

—Lo sé, madre. Por eso también debemos hacer movimientos en otra dirección.

— ¿A qué te refieres?

—Tenemos que mover nuestras piezas con los otros líderes de los clanes cercanos. Ir con los McPherson, los McDonald, los Edwards, y pedirles su apoyo. Todos ellos tuvieron sus problemas con Blair y es probable que vean su muerte como algo natural, dada la forma en que encaraba todo contacto con los otros. Todos ellos reconocerán la verdad de nuestros reclamos. Hay que convencerlos de que vale la pena estar de nuestro lado. Varios de ellos discrepan con la postura de Jacobo, la opresión es poderosa y los resabios de rebeldía aún se mantienen.

— ¿Estás pensando en una guerra contra el Rey? Eso es algo loco y muy peligroso.

—Estoy pensando en tener apoyos suficientes de nuestro lado para que las cosas sean más justas. Yo no tengo dudas de que Ian va a solicitar auxilio de tropas para venir contra nosotros. Debemos estar preparados, necesitamos contar con fuerzas. Lyle—se dio vuelta ahora para encarar al menor—. Deberás ir con los lairds de la zona y les llevarás nuestros respetos y pedidos. Les contaremos de primera mano lo ocurrido y les pediremos formalmente

ayuda.

— ¡Es apenas un niño!

—No, madre, ¡no lo soy! ¡Puedo y quiero hacerlo! Glenn debe quedarse aquí a organizar la defensa. Ewan es vital, debe estar con Kirstie y asegurarse de que sea nuestra aliada. Sólo quedo yo.

—Kirstie lo ha perdido todo. ¡Claro que está con nosotros! —protestó Ewan, que no quería exponer a la mujer.

—Asegúrate que su amor hacia ti sea suficiente y que la culpa no la carcoma hasta el punto de volver con su hermano. Sería desastroso—sostuvo Ailsa.

—No será así—la miró fijo Ewan—. Tengo plena confianza en su amor.

Le molestaban las objeciones y dudas, aunque su mente objetiva entendía la postura de su familia.

—Yo mismo aleccionaré a Lyle sobre qué responder a cada cuestionamiento— le dijo a Glenn—. ¿Qué podemos ofrecer a los clanes si argumentan que no es su guerra?

—Que si no defendemos nuestra postura y nos plantamos firmes, será cuestión de poco tiempo que todos seamos meros títeres de Jacobo. Podemos propender a la paz dejando claro que somos fuertes. Pactamos porque somos fuertes, no al revés. Hay que apelar al orgullo y también al miedo a ser despojados de todo.

Todos asintieron. Se avecinaban tiempos difíciles y era vital estar unidos. Glenn se dirigió a la habitación de Isobel y golpeó con suavidad. Se recostó en el umbral cuando ella abrió y le indicó con una sonrisa que pasara. Davina se encontraba sentada en un sillón junto a una ventana. Lo miró con gravedad.

—Espero que se encuentre cómoda—le indicó con respeto.

Davina apreció una vez más la imponente de su aspecto. Entendía

perfectamente que su nieta estuviera obnubilada por ese hombre, que además de apostura física tenía un aura de poder incontrastable.

—Gracias por lo que ha hecho por mí—contestó.

—No sólo ha sido por usted, señora, aunque estoy seguro que lo merecía. Lo hice también por Isobel.

— ¿Cuáles son sus intenciones con mi nieta? —lo confrontó con total franqueza, sin quitar la vista de él, que le sonrió y desvió la mirada.

Le gustaba el estilo de esa anciana, desvalida en apariencia, pero con una evidente fuerza interior.

—Que no le preocupe, señora.

—Pues fíjese que me preocupa y mucho. Mi nieta es una mujer inocente y pura, no merece dolores ni traiciones.

—Eso es algo en lo que estamos absolutamente de acuerdo. Puedo asegurarle que sólo obtendrá amor y respeto de mí. Apenas transcurra un tiempo prudencial, el que establecen las formalidades, será mi esposa. No lo dude.

—Mi familia no ha tenido buenas experiencias en su contacto con los nobles.

—Tal vez su familia tuvo contacto con un laird deshonesto, que falló a su deber. Su nieta será mi esposa ante los ojos de Dios y de los hombres, téngalo usted por seguro.

—Abuela—dijo Isobel con vergüenza—. Glenn te salvó.

—Déjala, Isobel. Está preocupada por ti y me parece que hace su tarea. Le vuelvo a asegurar que amo a su nieta y lo haré hasta el fin de mis días. Sus hijos serán míos, será mi legado. Estará sentada a mi lado cada instante que la vida nos dé. Ahora, iré a descansar.

Glenn se retiró, dejando a ambas mujeres un poco atribuladas por la

intensidad de sus palabras.

—Es un hombre muy seguro—reflexionó Davina—. Creo que has elegido bien, Isobel.

—Creo que él ha elegido, abuela. Y no puedo más que dar gracias que sea a mí.

Capítulo 25.

Ian se paseaba presa del furor, incapaz de reflexionar con claridad. La muerte de Blair era una eventualidad en la que nunca había pensado. Su fuerza, su energía y su ansiedad por guerras y tierras era tal que lo hacían parecer inmortal. Ahora, yacía inerte y ensangrentado. Había dado la orden de acicalarlo y darle el entierro propio de un guerrero. Sólo él había asistido, además de los guardias.

Su madre Catriona se había negado y no hubo fuerza humana que la pudiera sacar de su habitación. Parecía que la desaparición física de su esposo había disuelto la abulia que la caracterizaba, deshaciendo su obediencia. Era factible que viera su muerte con alivio, como una liberación, y eso lo rebelaba más.

— ¿Es que sólo yo siento dolor por la muerte de mi padre? —había gritado a solas en su habitación, agobiado por la pena.

A la situación, de por sí mala, se agregaba la huida de Kirstie. Esa idea era un cuchillo en su corazón. Su hermana, con la que siempre había conectado, a la que amaba como ninguna, lo había dejado solo, para sumarse a las huestes del enemigo. «¿Tanto poder podía tener un hombre? ¿Tanta traición podía haber en el nombre del amor?».

Le pesaba la responsabilidad que acababa de caer sobre sus hombros. Varios caminos se abrían ante él y cada uno de ellos acarreaba consecuencias de un peso significativo. Lo que más lo apremiaba era la venganza, que quería fuera cruel e inmediata. La mañana posterior al asalto, apenas amaneció, había guiado a sus guerreros, que no eran pocos, hasta la frontera de sus tierras en procura de alcanzar a los Campbell, pero se habían escurrido.

No avanzó más porque sabía sus límites. Necesitaba apoyo para llegar a las tierras del enemigo y lo encontraría. No cejaría hasta alcanzar a Glenn Campbell y clavarle su cuchillo en ese maldito corazón hasta que dejara de latir. Pensar en ir solo con sus soldados, era un desperdicio de fuerzas y energías, dado que la posición de los Campbell era sólida.

Otra posibilidad era dejar que todo transcurriera, olvidar la venganza y convertirse en el líder de sus tierras, consolidándose como el laird que siempre había querido ser. Pero entendía que un hombre forjaba su nombre desde el respeto y nunca se quitaría el estigma de cobarde que tendría frente a sus hombres si dejaba las ofensas sin castigo. Los enemigos habían venido al castillo y habían pisoteado lo más caro de los MacDowell. Debía haber revancha.

Se sentó con estrépito y trató de enfriar su cabeza. Su padre había enviado a alguien a la Corte real, haciendo saber que Glenn había roto el pacto matrimonial. Lo que había ocurrido se sumaba y era aún más grave, una torpeza: una invasión a su territorio, equiparable a una declaración de guerra. Esto debía transmitirse de forma inmediata y sin demora, el Rey debía saber lo ocurrido.

Se había traspasado las fronteras de lo permisible y sin duda Jacobo querría dar respuesta a la rebeldía de los Campbell. Después de todo, eso podía ser sólo el primer paso, un mal ejemplo que llevara a que otros lairds se envalentonaran y se sintieran lo suficientemente fuertes para controlar a los otros clanes de la región. Eso era lo que deberían escuchar esos ingleses y escoceses alejados de las tierras.

Ordenó que se presentara frente a él el jefe de la guardia. Las explicaciones de lo ocurrido estaban demoradas. Los hombres que habían estado vigilando el perímetro del castillo la noche del asalto fueron traídos a empellones. No hubo forma de que aclararan mucho, no podían dar cuenta de

nada, solo recordaban la noche de luna y la normalidad reinante.

— ¿Cómo pudieron dormirse? —gritó con furia.

—No era un sueño normal, lord—señaló el jefe—. Tuvimos que echar varias cubetas sobre estos bellacos para que volvieran en sí, su cabeza todavía no razona con claridad. Es obvio que algo les hicieron.

Ian lo miró con severidad. No permitiría ni por un segundo que se esparciera la idea de un hechizo. Todos sabían que los Campbell habían venido por Davina y la importancia que Glenn, así como Blair, aunque por otra razón, le adjudicaban a esa mujer.

—Esto fue algo más terrenal. ¿Bebieron?

Con vergüenza, dos de ellos asintieron. Las órdenes eran que no se bebía al momento del vigilar.

— ¿Quién les alcanzó la bebida?

Todos señalaron a Meg, que también había desaparecido del castillo.

— ¡Esto está muy claro! Fue una trampa, traición interna, es lo único que explica que hayan podido ingresar y salir sin que nos percatáramos.

—Lord, ¿qué haremos?

— ¡Tomaremos nuestra venganza! —enfaticó, procurando que su mirada reflejara frialdad y seguridad, no podía dar pasos en falso en sus primeras horas como líder—. La obtendremos y nos sentaremos a disfrutarla. ¡Deberán pagar su osadía con sangre! Tiene que ser de una manera tan incontrastable que no haya posibilidad de duda. Envíame uno de los guerreros, el mejor jinete. El Rey Jacobo debe saber lo que ocurrió, y entonces contaremos con el apoyo de su ejército.

El otro fue veloz a cumplir la orden. Fue cuestión de poco tiempo para que un jinete con dos caballos comenzara a atravesar las llanuras a velocidad inusitada, con mandato de no detenerse hasta entregar el mensaje en las manos

del propio Rey. Mientras esto ocurría, Ian se preocupó por recorrer personalmente todos los sitios donde hubiera guerreros, dentro y fuera del castillo, insuflando en sus oídos que la guerra se acercaba. Vestiría campesinos de guerreros de ser necesario.

—¡Han de tener sus armas listas y sus caballos dispuestos! Marcharemos a la guerra apenas tengamos respuesta positiva del Rey. ¡Aplastaremos a esos perros!

—Lord... ¿Es verdad que su hermana fue con ellos? —uno de los hombres verbalizó lo que era rumor entre las tropas.

Ian asintió, no tenía caso negarlo.

—Así es, esos malditos tomaron a mi hermana.

No dejaría entrever qué creía firmemente que Kirstie había sido una de las promotoras de la traición. Iría a encargarse en persona de su hermana, aunque no tenía claro cómo reaccionaría cuando la volviera a ver. Era probable que la perdonara si ella reconocía su locura, pero estaría custodiada para siempre y no podría recuperar la confianza en ella.

La respuesta del monarca se hizo esperar y en el ínterin, Ian decidió tomar contacto con algunos otros líderes de la región. Encontró resistencia e indiferencia en ellos, lo que hizo su postura más rencorosa e irreductible. La mayoría había sufrido, en hombres, tierras y animales, el acoso y despojo por parte de Blair. No ignoraba que su padre era un hombre cruel, mas a la hora de su muerte, se engrandecía ante sus ojos y perdía sus aristas más oscuras.

—Los Campbell deben pagar por lo que han hecho—les señaló, procurando alertarlos—. Tomaron lo nuestro sin remordimiento; ¿cómo es que podrían confiar en hombres así?

Solo pudo convencer a uno de los clanes menores, que tenía deudas con los MacDowell y poco sumaban. Una alianza condicional, incluso, bajo el

argumento de que lo seguirían de ser necesario y de comprobarse que el Rey lo apoyaba. El resto permanecía expectante, aunque era claro que se inclinaban más por seguir a Glenn.

También habían recibido la visita de Lyle, quien estrenó una oratoria muy elocuente para su corta edad, adecuadamente aleccionado por su hermano Ewan, que además había escrito notas en las que azuzaba al resto de los clanes a sumarse y a defender su postura: Sus palabras y razonamiento fueron mas convincentes que los de Ian.

«Defender en esta ocasión a los Campbell no es de capricho. Implica defender la libertad y la independencia que los clanes, algo que hemos sostenido a lo largo de los años. No es rebeldía absurda e impensada contra el Rey, que también es un escocés. Hay argumentos y razones en nuestra unión. Somos súbditos orgullosos, no meros monigotes de un monarca, que nos diga qué hacer y qué soportar.

>Estos años no hubo demostraciones de rigor para con Blair y su constante política de expansión y sometimiento a sus iguales. Antes bien, se lo protegió. Hasta que fue demasiado lejos con nosotros y debimos actuar, ante su desafío y para defender la vida de los nuestros. Doblegarse sin más, no es negociar. Es aceptar que nos pongan el pie encima, que nos castiguen sin razón. Al cabo de un tiempo no seremos dueños de nada.

>Esperemos la respuesta del monarca, aguardemos por su justicia, pero sí como imaginamos los Campbell, su postura es a favor de los MacDowell, todo estará dicho. Les pedimos que nos sigan, que nos apoyen. Hoy somos nosotros, mañana puede ser cualquiera de ustedes».

Uno a uno los cuatro líderes más importantes de la región dieron su aval a Lyle, que recorrió con rapidez todas las zonas devorando kilómetros para llegar a su hogar al cabo de unos días, con promesas de apoyo que tranquilizaron en parte a Glenn.

—Hay espías dispuestos por todas las tierras. Si Ian y su gente se mueven, si el ejército del Rey llega, lo sabremos con rapidez. Y nuestros aliados también y vendrán con nosotros. En eso confiamos—les dijo a todos.

2.

La tranquilidad aparente que rodeó las tierras por unos días, se quebró una mañana cuando los hombres que vigilaban los alrededores aparecieron al galope, anunciando que un gran ejército se acercaba. Los hermanos los inquirieron con inquietud:

— ¿Quién viene? ¿Qué ejército es el que marcha?

—Son muchos, tal vez doscientos. Una parte está conformada por los MacDowell, guiados por Ian. El ejército del Rey Jacobo está aquí. Avanza con rapidez. Se unieron hace cuestión de unas horas. Llegarán en poco tiempo.

Glenn reunió de inmediato a sus principales guardias y los aleccionó para que comenzaran las tareas de organizar a las tropas. Habían dispuesto suficiente alimento y tenían bien vigilado el murallón que llevaba el río para el abastecimiento de agua. Todo estaba pensado de antemano ante la eventualidad de un sitio. No podían salir a combatir a campo abierto, estaban en inferioridad de condiciones. Debían resistir en el castillo y esperar la llegada de los aliados. Varios hombres fueron comisionados para que fueran a poner sobre aviso a los lairds vecinos, aunque suponían que ya debían estar enterándose por sus espías.

Glenn comunicó lo que ocurría a toda la familia, los tres hermanos ya listos con sus armas, escudos y cotas de malla dispuestas. La preocupación hacía mella en Ailsa y el resto de las mujeres había enmudecido, cada una inmersa en sus propios pensamientos y miedos.

Kirstie apenas había emitido palabra en los últimos días, refugiada en la protección que había encontrado en Davina, buscando en su ternura aliviar la pena que sentía por su padre y su hermano. Las lágrimas de amargura habían

sido enjugadas cada noche por los besos y caricias de Ewan. En sus brazos, transida de amor y pasión, lograba olvidar, por momentos, que su familia ya no existía, pues había elegido otra. Estaba convencida, pero dolía.

Isobel tenía varios días preocupada. A la alegría de recuperar a su abuela y la infinita gratitud y amor que sentía por Glenn, la opacaba una sensación extraña. Ese instinto maldito que le anunciaba que alguien moriría la tenía perturbada. Trató de advertir de manera discreta a Glenn, pero este cerró sus labios a besos, obviando cualquier advertencia:

—Glenn, amor, escúchame.

—No puedo escucharte, Isobel. Lo que venga, será consecuencia directa de las acciones que hemos tomado. Lo que presientas puede ser real o no. No te inquietes, me cuidaré, vaya si me cuidaré. Debo luchar, no puedo esconderme. Debemos resistir. Hay que tener confianza en que las alianzas que hemos tejido van a funcionar. Siempre termina siendo un balance de fuerzas. Hemos hecho lo que hemos podido y actuado con inteligencia. Deja tu preocupación.

Ahora, lo miraba con ansiedad. No era tiempo de hostigarlo ni de lloros, no podía llenarlo de preocupación cuando tan alto peligro los circundaba.

— ¡Mujeres! — señaló Ailsa, reuniéndolas y mirándolas a todas con energía—. No haremos nada con quejarnos ni llorar. ¡Qué la comida esté dispuesta, que haya armas listas, que los hombres estén lo más cómodos posible! Ayudaremos alcanzando lo que sea necesario, curando, cargando cuchillos y espadas. ¡El castillo Campbell resistirá!

La confianza que mostraba no era tanta en su corazón y sabía que no había salida más que ser valiente y mirar adelante. A primera hora de la tarde, un ejército compacto y abigarrado se mostró al frente, a pocos cientos de metros. El primer movimiento lo efectuó un emisario del Rey que, con bandera de parlamento, solicitó ser recibido, por lo cual se abrieron las puertas. Glenn lo

recibió en silencio y lo instó a que hablara.

—Esta es una orden real. Jacobo mandata la entrega inmediata y la rendición total. El castillo debe abrir sus puertas y deponer sus armas. De no ser así, todos serán juzgados por los delitos de rebeldía, invasión y quiebre de la paz.

—Eso no es algo aceptable. Soy un líder y merezco ser tratado con respeto. ¡Justicia del Rey es lo que exigimos!

—De no pactar la rendición inmediata, atacaremos sin cuartel. Y los recursos del Rey son ilimitados.

—Resistiremos. Lo que nos ofrecen no es aceptable.

Apenas el mensajero volvió y dio el mensaje, una lluvia de flechas asedió al castillo, que mas que eliminar o provocar bajas, que algunas hubo, buscaba amedrentar. El número enemigo era netamente superior.

—Son más, pero tenemos la ventaja de estar a cubierto. Tenemos la razón de nuestro lado y a Dios como testigo—rugía Glenn recorriendo las líneas de defensa, buscando contagiarlos de valor para resistir—. Vendrán en nuestro apoyo, así fue prometido.

Los ataques se sucedieron durante toda la tarde. La noche fue tranquila, aunque todos estaban en vigilia, aguardando. A la mañana del día siguiente, una parte del ejército rival avanzó con grandes troncos sobre la puerta, para intentar derribarla. El asedio comenzó. El portón era fuerte y aguantaría el ataque primario, pero era necesario evitar que cediera por desgaste.

La sangre corría, los hombres y los enemigos morían bajo las flechas de los Campbell y eran suplantados por otros. Eso era desgastante y la moral en el castillo comenzó a medrar. Ewan y Glenn corrían de un lado al otro, procurando dar ánimos e impulsar la resistencia, pero comenzaban a desesperar.

Entonces, el sonido de un tambor y gaitas pintaron la esperanza y detrás de los enemigos se posicionó un ejército multicolor, formado por los kilts de cada clan, que se presentaban unidos para la lucha. La furia de Ian, que se creía victorioso y ya saboreaba la venganza entre sus manos, hizo que diera la orden de acometer a la retaguardia, lo que fue un error logístico importante y por ello el ejército de Jacobo no lo siguió. Lo que hubo fue un enfrentamiento vacío, espadas enterrándose con facilidad en los MacDowell, hasta que Ian, agobiado, solicitó la retirada.

La salida triunfante de Glenn a la cabeza de su ejército implicó que los enemigos estuvieran totalmente rodeados y en inferioridad de condiciones. Los generales del Rey, que habían presenciado todo el despliegue con cautela, pautaron la tregua y exigieron negociación. Los lairds comisionaron a Glenn con ese objetivo. La algarabía sacudía a los hombres, muchos de ellos mal armados y con poca experiencia o menos preparación para la guerra, mas con mayor ardor y motivación.

2.

Glenn avanzó hacia la gran tienda dispuesta cerca del bosque, en la parte más protegida del terreno. Los enviados del Rey habían observado de lejos la batalla y la matanza, evaluando con ojo certero primero el triunfo y una vez rodeados por los clanes, la necesidad de la negociación. Eran hombres habituados a los ataques y a los conflictos, estudiosos de los mismos. «Ellos pactan sin ensuciarse las manos con sangre. Poco les importa la verdad o la justicia», pensó Glenn mientras miraba a su alrededor, flanqueado por Ewan, que lo seguía muy de cerca.

Se le dio paso y al ingresar le sorprendió la suntuosidad desplegada en tan poco tiempo. No parecía pertenecer a un campo de batalla, lo que reafirmó que estos eran «generales de mentira». Las ropas los denunciaban: eran cortesanos, veedores y espectadores.

No se engañó, sabía que, a pesar de ello, eran quiénes tomaban las decisiones. A ellos debía convencer y su victoria tenía que ser no sólo en el campo de batalla, como había resultado recién, sino también a nivel del discurso. Si no era cauteloso y audaz, si no aprovechaba la ventaja que le daba el triunfo inesperado y sorpresivo, todo podía perderse con nuevas huestes enviadas por un monarca que podía considerar que la desobediencia debía pagarse con sangre y muerte, sin importar costos.

También estaba Ian, en un costado de la tienda. Su rostro, que mostraba el desgaste por el conflicto, se iluminó por la rabia al verlo, echando mano a su espada. De no haber mediado la seca voz de uno de los generales, podía haberse desencadenado una situación muy compleja.

—Estamos en un ámbito de paz, señores. No permitiremos que se siga derramando sangre— ordenó con sequedad el que parecía llevar el liderazgo, un hombre alto y delgado, que vestía finas ropas, además de una pesada cruz de oro que lo anunciaba como una autoridad religiosa importante.

—Estamos aquí para finalizar el conflicto, en el nombre de Jacobo. Déjeme decirle—miró ahora a Glenn desde su asiento— que no se ha visto de buena manera su desobediencia y su desprecio hacia la Corona, sagrado símbolo que representa todo lo que es digno y bueno.

—Espero que mis palabras y mis acciones frente a ustedes dejen claro que mi lucha no es contra el Rey ni contra la monarquía. Respeto la figura de Jacobo y entiendo sus intenciones de mantener sus dominios en paz y seguros, lo digo con la humildad de un súbdito.

—No es lo que hemos visto y escuchado—dijo cáusticamente otro.

—Las circunstancias se han encadenado para provocar derramamientos de sangre que no hubiésemos deseado. Es verdad que acepté un matrimonio que no quería, acuerdo que me vi obligado a romper para no lastimar la fe y el destino de la mujer que tomé como esposa, y a mí mismo. Ella no lo consideró

un deshonor y así lo transmitió a su padre. A pesar de ello, éste quiso tomar ventaja de la posición y exponerme frente a la Corte, buscando quedarse con mis tierras.

— ¡Viles patrañas! —gritó Ian, que, aunque a la interna reconocía la verdad de esas palabras, no podía exponer su posición.

— ¡No permitiré que se dude de mi palabra! Aunque podría, no traeré a su presencia a Kirstie MacDowell, quien vive en este momento en mi castillo. Fue rescatada por mi hermano aquí presente. Ella lo ama y se unirán en matrimonio, apenas se disuelvan los problemas. Ellos dos son una muestra clara de nuestra intención de mantener la paz. Esa decisión fue deshonrada cuando Blair atrapó a una anciana vinculada a los míos, buscando hacerme daño, afectar a mi familia y desafiarme. Lo que debimos hacer no fue más que un acto de justicia.

—Los hombres ahí afuera, ese ejército reunido por usted, en nombre de algo ambiguo y poco claro, como su relato, son bastante inquietantes para la paz— lo miró el hombre mientras sorbía un trago de su bebida.

No parecía preocupado ni apurado y Glenn adoptó la misma actitud. Entendía que jugaba y buscaba la mejor posición para él y su Monarca.

—Los lairds nos apoyamos en razones de interés general. Este no es un levantamiento contra el Rey, queremos que quede muy claro. Implica una posición de defensa. La justicia debe prevalecer para que la unión vuelva a reinar y todos nos regocijemos ante los logros del monarca al que reconocemos como nuestro líder.

El otro asintió y dejó nuevamente la copa de un lado mientras parecía cavilar.

—Supongamos que el Rey desea ser magnánimo. ¿Qué es lo que desean?

—Paz. Que nuestras tierras y familias no sean castigadas por ninguna

decisión de la Corte. Que no haya quitas ni expoliación. Que se permita y avale la unión de mi hermano, Ewan Campbell con Kirstie MacDowell, previa disolución de mi matrimonio a prueba.

— ¿Y la acusación de que mató a Blair MacDowell?

—Es fundada. Claro que lo hice; pero fue un acto de defensa y una lucha de igual a igual, mal puede ser algo objeto de un juicio.

— ¿Usted estaría dispuesto a comprometer su palabra de que no volverá a empuñar sus armas contra el Rey?

—Si toma las decisiones de justicia que hemos expuesto, mi obediencia permanece intacta y así lo haré saber al resto de los clanes.

—Muy bien—accedió con un gesto—. Así será aceptado. Ahora, nuestras condiciones. El clan MacDowell no deberá ser molestado. El matrimonio de Kirstie, hermana del presente Ian, laird legítimo, no incidirá en futuras intenciones de expansión hacia sus dominios.

—No es nuestra intención ni lo necesitamos— señaló Glenn.

—Que así sea. Tengo la autorización del monarca para tomar las disposiciones que sean necesarias y lógicas para hacer prevalecer la paz entre los súbditos obedientes a su palabra y a la de Dios. Bastará cualquier cambio en estas circunstancias, cualquier engaño o traición, para que yo mismo le aconseje al Rey que envíe toda su fuerza contra ustedes— lo miró con frialdad. Era evidentemente un hombre implacable.

—No tenemos otra intención.

El gesto de aquiescencia fue seguido de la invitación para retirarse. Ewan y Glenn apenas pudieron hablar hasta que se alejaron varios cientos de metros del lugar.

— ¡Lo lograste, Glenn, lo lograste! —trató de medir su efusividad y algarabía—. Nuestro clan se ha salvado. Hemos perdido algunos hombres,

pero nuestro honor, nuestras tierras y nuestra familia se mantienen. ¡Hemos ganado algo importantísimo hoy, lo hicimos! Respeto y reconocimiento.

—Lo hicimos, sin dudas—asintió con satisfacción y cansancio Glenn—. Toca ahora informar la decisión al resto de los lairds. Es un día de alegría para todos.

—Excepto para Ian.

—No sale mal parado. Con la derrota que sufrió, los otros podían haberlo despedazado. Sin embargo, ha quedado con su territorio intacto y se le ha dado una inmunidad que no merece.

—No—acordó Ewan—, pero me alegra. Sé que Kirstie considerará eso un alivio y atemperará su dolor.

—Deberemos recomponer heridas, dedicarnos a la paz y a la familia. Es una enseñanza que Ian debería tomar.

—Por la familia —señaló con fervor Ewan, mientras elevaba su espada y gritaba de forma ensordecedora su alegría, que se contagió al resto, que levantaron un cántico que llenó el aire de fervor.

Capítulo final.

La retirada fue lenta y dolorosa para Ian, que se preocupó de no dejar a nadie atrás, incluso los heridos más graves. Ya vería de darles la mayor asistencia posible. Esa debía ser ahora su tarea más inmediata a la que se abocaría: recomponer sus fuerzas, consolidar su liderazgo y encajar la derrota sufrida. Derrota que era física y también moral y que lo colocaba como un paria en la región, frente al resto de los líderes. Lo único que tenía era el compromiso de que su libertad y sus tierras debían permanecer intocadas.

Miró hacia atrás y no pudo evitar la tristeza al pensar que su hermana quedaba ahí y que no volvería a verla. No podría, para él estaba muerta. Había optado por el enemigo, propiciando la muerte de su propio padre. Lo había dejado de lado, sabiendo cómo sufría por la muerte de Blair y por su abandono. Todo eso era muestra de lo poco que él le importaba. No tenía familia ahora; incluso su madre se había ido hacia las Tierras Bajas. Había aprovechado su marcha a la guerra para hacerlo. Debía reconocer que el castillo parecía más oscuro y menos amigable desde entonces.

La misma sensación de dolor quedó en Kirstie, una espina que la molestaría todos los días y le impediría ser feliz totalmente. La conexión que siempre había sentido con Ian le permitía entender que, salvo que mediaran situaciones en extremo extrañas, no lo volvería a ver. Su hermano, su compañero de juegos, su confidente; lo había perdido. Sabía que era inevitable y no por eso dolía menos.

Trataba de esconder ese dolor a Ewan, él no merecía verse asediado por tristezas, cuando lo único que le brindaba era amor. Un amor que le entregaba a manos llenas, venerándola con una pasión a la que respondía sin tregua ni medida.

—Tiempo, niña, tiempo—le dijo un día Davina.

Era una mujer sabia y se había convertido en una tutela inseparable.

— ¿Se va alguna vez el dolor por la familia que no está? — susurró ella.

—Claro que no, pero se hace menos urgente, más llevadero y termina convirtiéndose en una compañía. Si te sirven de consuelo las palabras de esta vieja, considera que tu hermano salvó la vida y mantuvo sus tierras, eso es lo que debe importarte. El destino es tan impredecible que, en alguna vuelta de la vida, cuando menos lo esperes, puede ser que lo encuentres. Un poco más viejos, con la memoria más ajada y los corazones más dispuestos a perdonar, todo puede pasar. Concéntrate en tu vida ahora, concéntrate en Ewan. Ese hombre te ama y haría lo que fuera por ti. Es lo que mereces, niña, por los sacrificios que hiciste.

Glenn consolidó su posición como líder entre los lairds, transformándose en un hombre de consulta y de consejo en el que los demás confiaban. Eso le valió el respeto de Jacobo. El Rey era un hombre práctico y podía dejar pasar ciertas desobediencias insustanciales en favor de una paz duradera que ampliara su poderío a largo plazo.

La llegada del buen clima trajo también ceremonias. Los dos hermanos no encontraron mejor momento que el mismo día para formalizar su amor y para tomar a sus mujeres como esposas legítimas. Fueron días de festejos, de bailes, música y comida con desenfreno.

Meg y Davina, sentadas juntas, no hacían sino dar gracias por la infinita compasión del Dios y los espíritus. Les rogaban a sustancias diferentes, pero coincidían en las razones. Meg veía a Kirstie feliz y Davina comprendía que el mundo que había alcanzado a Isobel era uno de felicidad y compromiso. El destino que tanto había temido llegaba para entregar sus dones a su pequeña niña, ya toda una mujer.

Glenn no podía despegar los ojos de su hechicera particular y no pudo resistir la tentación de robarle al resto de los invitados su presencia tan

encantadora. La levantó en andas, besando su rostro palmo a palmo, hasta que, al colocarla sobre el lecho, le quitó con delicadeza la corona de brezo blanco que ella había elaborado con tanto cuidado. Lo miraba con embeleso y fue ella la que anticipó el beso largo, hondo, dulce y pasional.

—Isobel, ¡has traído tanto a mi vida!

—No tanto como tú a la mía— susurró ella, acariciando su cabello—. Quiero que me ames una y otra vez, que no dejes de acariciarme y de envolverse con tu calor. Quiero que sacies tu ser en mí y que nos hagamos uno de aquí a la eternidad. Voy a vivir cada día sabiendo que te amo y que me correspondes.

Él se sentó en la cama, ya desnudo y recorrió su fino cuerpo, quitando sus ropas una a una, disfrutando de la visión de la belleza de sus curvas y de la tersura de su piel. Acarició sus pechos hasta que sus pezones se volvieron una rosa prieta y hundió sus manos en busca de su sexo, haciéndola arquear de pasión y placer, con lentitud hasta que la urgencia propia lo llevó a cabalgarla. Con deseo y cuidado a la vez, como si Isobel fuera una fina porcelana.

—¡Quiero un hijo, quiero muchos hijos contigo! Muchos Campbell a quienes enseñes a cabalgar, algunas niñas a las que devele los secretos de la Naturaleza.

—Los tendrás. Pero por un tiempo será sólo mía, ya vendrá el momento de dividir tu amor. ¡Déjame disfrutarte, déjame ser egoísta!

Sonrió, iluminando a Glenn con su felicidad y él entendió dónde estaba el origen del hechizo que lo había hecho sucumbir desde el instante en que la había descubierto en el claro del bosque. Era suyo, el amor de la hechicera era suyo.

FIN

Querido lector,

Gracias por acompañarme en este viaje literario. Me encantaría me hicieras saber tu opinión a través de una reseña en Amazon o Goodreads. Tus comentarios alimentan mi proceso de escritura.

Si deseas leer otras obras mías, puedes visitar este vínculo:

amazon.com/author/isabellaabad



Si deseas suscribirte a mis novedades:

[http://blogspot.us15.list—manage.com/subscribe?
u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920](http://blogspot.us15.list-manage.com/subscribe?u=c0ead815f31a08dd99abdb2c4&id=f002193920)